

**LAS MUJERES DE LOS TERRENOS GANADOS AL MAR NO NECESITAN QUE
LES TIENDAN LA MANO, LO QUE NECESITAN ES QUE LES QUITEN LOS
PIES DE LA CABEZA**

Daniela Prias Rodríguez

Trabajo de grado para optar por el título de:
Antropóloga

Tutora:
María Catalina García

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
AREA: PROCESOS SOCIALES, TERRITORIO Y MEDIO AMBIENTE

Bogotá
2020

Índice

Agradecimientos:	3
Consideraciones:	5
Introducción	6
Capítulo 1: Aprendiendo a ser y a estar en Buenaventura y en los <i>Terrenos ganados al mar</i> .	15
Por primera vez en los <i>Terrenos Ganados al Mar</i>:	20
Buscando caminos posibles:	27
Volviendo al territorio	45
Capítulo 2: La gente de Buenaventura necesita que le quiten los pies de la cabeza	61
Construyendo el puerto y desbaratando la ciudad	61
Situación Política y social de Buenaventura desde una historia reciente	68
Capítulo 3: Son negras, son pobres, son habitantes de los Terrenos ganados al mar	94
Los cuerpos que “no importan”	100
Las que sobrevivieron	110
In conclusiones:	118
Referencias	125

Agradecimientos:

A quienes desde un principio inspiraron este trabajo, a quienes con sus historias y experiencias me fueron mostrando que un mundo en libertad y derechos era posible sólo para algunos y que por ello debía responsabilizarme e intentar revertir la situación.

A mis padres, que se han mostrado siempre en contra de lo injusto y que desde distintos escenarios buscan hacer evidentes las arbitrariedades.

A las preocupaciones, consejos y cuidados de mi madre que me hicieron mucho más responsable y atenta en campo. A ella también por enseñarme a escribir y a desenredar todas mis contradicciones y malestares en un papel; a los diarios de campo no llegué por la antropología, sino por ella, buscándonos prácticas para sanar y liberar.

Agradezco a mi padre por su insistencia en lo poético, en buscar la belleza de las cosas y quererlas capturar, le agradezco hacerme ver la vida más allá de las cifras. Por sus palabras acertadas, su escucha atenta y dudosa, sus consejos y cada una de las preguntas por las que pasó este trabajo.

A mis hermanas por insistirme con sus vidas y experiencias a preguntarme por las mujeres, por “nosotras” y por las “otras” que tienen otros mecanismos para (sobre) vivir. A Linda la menor, que es la dosis de inspiración diaria; para quién sueño un mundo posible en igualdad de condiciones, en dónde ser mujer no signifique estar en riesgo, o una amenaza. A Camila, la hermana mayor quien nunca se ha cansado de intentar reparar lo que parece completamente destruido, por ejemplo, de convicción por su oficio, por nunca abandonar su sueño de niña y hacerme parte de él. Por ser guía de la mayoría de mis pasos y hacer imagen

de lo que significa el respeto, el cuidado, y el compromiso en el trabajo en colectivo y en comunidad. Por ser mi compañera imprescindible.

Un agradecimiento para mis amigas, a Laura Marín que me acompañó a ese primer acercamiento a campo, por sus chistes y ocurrencias que hicieron de este un bonito recuerdo, a Isabel Silva por su generosa lectura, sus comentarios y por las hermosas ilustraciones con las que logró plasmar todo eso que me imaginaba de Buenaventura y bajamar, a Daniela Acosta y a Paula Moreno por siempre estar presentes y ser esas amigas y compañeras fundamentales para alentar el proceso de investigación y escritura. A la vida y la antropología por haberme presentado a estas cuatro compañeras de viajes y aventuras.

Para la profesora María Catalina García, por ser la tutora, consejera y crítica clave en este primer trabajo de investigación; para cada una de las profesoras y profesores que pasaron por este texto con sus reflexiones, por brindarme herramientas para enfrentar el campo, y por enseñarnos a acoger las nuevas metodologías de la gente. También me siento agradecida con cada uno de mis compañeros y compañeras de antropología, sus aportes fueron primordiales para algunas de las reflexiones condensadas acá.

Finalmente, agradezco de manera especial a Oscar y a Mariela por acogerme desde el principio, por los cuidados y acompañamientos; a Pilar por haberme dejado incomodarla unos días, por recibirme y haber confiado en mí, a Doña María por la charla, la comida y la atención prestada; a Victoria, Ana, Natalia, Milena, Andrés, Johan e Iván, por haber compartido conmigo una tarde, una historia y momentos para intentar darle suelo a “eso” que buscaba averiguar. Gracias a don Jancito, por la generosidad de sus palabras, por su tiempo y su historia. A cada una de las personas con quienes conversé y compartí, gracias por haber hecho esto posible.

Consideraciones:

1. El título de este trabajo de grado viene de una frase que escuché en una charla sobre derechos en Buenaventura, una mujer mayor se para e interviene diciendo en voz alta: *“La gente de Buenaventura no necesita que le tiendan la mano, lo que necesita es que le quiten los pies de la cabeza”*. Allá muchos conocen de derechos, y tienen claro que no gozan de todos los que deberían, saben que la falta de agua no es porque no haya ríos o estén en tierras secas, sino por la insuficiencia en el sistema de acueducto, allá ya no quieren tanta asistencia episódica, sino que realmente les dejen ser y no los hundan más.

Ahora con las mujeres las dificultades son distintas y deben ser tratadas con otras dimensiones, por ello el título de este trabajo; a las mujeres de esta parte de la ciudad se les ha negado una vida en libertad y derechos, y a pesar de que no se les ha tendido la mano ellas están buscando todas las formas de esquivar los obstáculos y esos pies pesados sobre su cabeza que no las dejan emerger.

2. En muchas ocasiones por motivos de seguridad o atemporalidad no me fue posible tomar fotografías, por eso a lo largo del texto hay tres ilustraciones realizadas por mi amiga y compañera Isabel Silva, que con su talento logro plasmar esas imágenes que no había podido capturar, pero que tenía muy frescas en la cabeza. La ilustración #1 es lo que entiendo del recuerdo y del imaginario colectivo sobre un velorio a escondidas, la #2 es la casa de Pilar, el lugar de mi última aproximación a campo y de muchas reflexiones y acontecimientos importantes y la ilustración #3 son los barrios de la inmaculada y Santa Fé separados por el puerto de TCBUEN, el cual llegó y rompió el vínculo e interacción de estos dos barrios.

Introducción

En un país lleno de historias trágicas mucho se ha escrito sobre esta violencia que quizás parece absurda a ojos de ignorantes, indiferentes o de aquellos que no comprendemos todas sus razones, que son entre otras cosas tan viscerales. Muchas personas han tratado de explicar o de dar lugar a las víctimas, a los responsables, dolientes, reclamantes, y a todos esos cuerpos que volvieron con la marea y fueron dolidos a escondidas para que no se sumaran más. A pesar de todas estas letras, el panorama no ha cambiado mucho y se viene recrudesciendo en estos tiempos en los que el “posacuerdo” deja un número de víctimas tan alarmante como en los tiempos de guerra.¹

La mayoría de informes o diagnósticos institucionales que retratan la crudeza del conflicto, lo enuncian a partir de cifras y porcentajes; volcar la mirada hacia las minorías, las mujeres, a las gentes en las fronteras, o a la comunidad que queda en medio de los bandos, en apariencia contradictorios, resulta un escenario utópico para quienes buscamos analizar la multiplicidad de formas en que se expresan los conflictos asociados al control y propiedad de las tierras.

La intención de este trabajo es problematizar la vida que han construido los y las habitantes de Buenaventura a razón del conflicto y la disputa territorial que está latente en esta región de Colombia, así mismo la investigación nace con la pretensión de arrojar

¹ Desde la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno y las FARC-EP, ha habido un sinfín de noticias relacionadas con asesinatos y amenazas a líderes sociales, incumplimiento de los acuerdos en algunas regiones, o para algunos sectores de la sociedad, afectando “causas indígenas, campesinas y sindicales”. Según el Instituto de Estudios Para el Desarrollo y la Paz (Indepaz) el 2019 cerró con una cifra de 250 líderes sociales asesinados. Información tomada de: González, L. (30 de diciembre de 2019). Con 250 asesinatos, termina un difícil año para los líderes sociales. El Tiempo. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/cifra-de-lideres-sociales-asesinados-en-el-2019-447954>

herramientas que convoquen a la denuncia y acción por parte de un sector de la sociedad que ha sido históricamente ignorado y puesto en condiciones de desigualdad: las mujeres ² y sus posibilidades de habitar y actuar en los *Terrenos ganados al mar* o los mal llamados barrios bajamar en la ciudad de Buenaventura, Colombia. Digo pretensión porque como es de esperarse, la complejidad de la problemática enunciada tiene que superar cualquier disposición investigativa, aún más, siendo la primera que se realiza con seriedad. Sin embargo, el hecho de poder situar este contexto resulta un trabajo muy importante para mí, siendo una mujer de la capital que ha habitado desde otros contextos el país, pero que luego también termina encontrándose y cuestionándose en estos terrenos.

Los *Terrenos ganados al mar* son unos barrios que se encuentran en toda la línea costera de la ciudad y entorpecen los proyectos de expansión del principal puerto de Colombia y así mismo sirven como un lugar estratégico para los actores armados ilegales, por su cercanía al mar facilitan el “escape” hacia otros lugares del municipio para seguir transitando en la ilegalidad.

Ahora, el interés por analizar las experiencias de las mujeres en este territorio no es un asunto circunstancial o una necesidad meramente burocrática para acotar “el sujeto” de investigación; por el contrario, responde a un contexto en el que las mujeres son particularmente vulneradas y violentadas. Buenaventura es uno de los territorios que más se ha visto atravesado por el conflicto armado interno en Colombia y, teniendo en cuenta que la infraestructura portuaria figura como el eje articulador de la ciudad desde su origen, la

² Decir “las mujeres” es poner a todas las mujeres bajo una misma situación que las atraviesa a todas por igual, sin tener en cuenta sus agencias y contextos particulares que las han hecho experimentar la violencia de muy distintas maneras, y que por eso también son afectadas de maneras específicas. Por eso en el tercer capítulo se caracteriza concretamente cuáles mujeres o que perfiles de mujeres están en mayor riesgo en los *Terrenos ganados al mar*”.

mayoría de acciones están ligadas a su expansión, y las comunidades asentadas alrededor en los *Terrenos ganados al mar* representan una amenaza para estas intenciones, así mismo perjudican la ejecución de actividades ilícitas por parte de los actores armados.

Entonces, esos terrenos están en una constante amenaza por parte de diferentes actores, que encuentran en las mujeres un instrumento para alertar, controlar y amedrantar a la comunidad de Buenaventura en general, y exigirles bien sea su desplazamiento o su cooperación. Además, la construcción de estos terrenos tiene que ver con dinámicas de desplazamiento forzado y ancestralidad; por la condición de terrenos baldíos, los habitantes figuran como “invasores”, siendo este un argumento fuerte para su despojo o control; por esto, el análisis de las formas de regulación social y control territorial que afectan la vida y construcción de territorio de las mujeres de “bajamar” es la principal preocupación por desarrollar en este trabajo.

Ahora bien, es importante aclarar que pensar que estas actuaciones en contra de las mujeres son principalmente causadas por “grupos armados ilegales” es un lugar común en los medios de comunicación masivos, por eso resulta necesario caracterizar a todos los actores que pueden utilizar a “la mujer” como método de control social y territorial, pues de acuerdo con el informe del Centro de Memoria Histórica (2015) , “Buenaventura: un puerto sin comunidad”, los pequeños empresarios detrás de esas tierras y los actores portuarios que buscan la expansión también ven la figura de la mujer una manera de llegarle a la comunidad y exigirle el desalojo. Así mismo, resulta necesario preguntarse a qué mujeres son las que “atacan” o buscan, si son mujeres con un rol específico en la comunidad o afectan a cualquier mujer que sea habitante de los *Terrenos ganados al mar*.

Evidentemente problemáticas que atañen a las mujeres han sido la principal preocupación del feminismo, pero ahora gracias a los debates y reflexiones sobre la opresión patriarcal, han surgido otras posturas que no sólo reconocen la opresión del “hombre” y lo “masculino” sobre la “mujer” y lo “femenino”, sino que también asumen la necesidad de posicionar el contexto y circunstancias de las mujeres y por supuesto las decisiones que toman en estas situaciones.

Mara Viveros ha desarrollado el interseccionalismo como un enfoque teórico-metodológico y político del feminismo, en el cual se busca cruzar diferentes relaciones de dominación;[;] la antropóloga asume que las condiciones que oprimen a las mujeres no sólo se encuentran atravesadas por el género, sino también por la raza y la clase, *“toda dominación es, por definición, una dominación de clase, de sexo y de raza, y en este sentido es en sí misma interseccional, ya que el género no puede disociarse coherentemente de la raza y de la clase.”* (Viveros, 2016, pág. 7) lo interseccional implica

“...que tanto las mujeres blancas y ricas como las mujeres pobres y negras son producidas por las relaciones de género, raza y clase; la dificultad para asumirlo de esta manera reside en que las primeras, al gozar de privilegios de clase y color, no perciben ni experimentan las relaciones imbricadas de clase, raza y sexo que las producen, mientras que las segundas sí lo hacen.” (Viveros, 2016, pág. 8) .

Esta postura será el corazón para comprender las relaciones que existen o no entre el campo y lo teórico,[;] en razón a lo que sucede en bajamar, pero sobre todo para poder aproximarnos de alguna manera a estos territorios, a las dinámicas que operan y todo lo que atraviesa y es atravesado por las mujeres habitantes de allí. Es importante aclarar desde este momento que Viveros no será la única autora que entrará en diálogo, Rita Segato y Teresa

Torns también serán de gran aporte para conversar con las experiencias de las personas con quienes interactué allá en Buenaventura.

Ahora, teniendo en cuenta que lo interseccional está atravesando a todas las mujeres de la ciudad, es importante también ahondar en las nociones de raza y lo que implica ser negro y negra en un territorio que, primero, los necesitó como mano de obra para “el desarrollo” y luego los pretende “expulsar”. El autor Achille Mbembe (2016) en el texto “Crítica a la razón negra”, utiliza el término de “excedente” para referirse a esos cuerpos que no pueden ni deben gozar del pretendido “desarrollo”, cuestionando la construcción de una “matriz negra” que define las maneras de actuar de las personas “racializadas”.

Los términos entre comillas logran situar las condiciones y contextos en los que los habitantes de Buenaventura y, sobre todo de bajamar, deben estar todo el tiempo legitimando su habitar y pertenencia. El ser negro, en un territorio marginado, pobre y conflictivo los pone en una posición problemática; ahora imaginemos el ser negra y cargar con toda la “matriz” que eso significa en estos territorios.

Quisiera introducir lo que corresponde al primer capítulo, contando mi proceso metodológico, las circunstancias y decisiones que tomé en él. Podría adelantarme un poco diciendo que el interés de iniciarme en el proceso investigativo analizando las formas de regulación social y control territorial en Buenaventura, surge desde los primeros semestres cursando antropología. La universidad, en el 2015, preparó una salida de campo al Pacífico colombiano, una de las paradas imprescindibles fue Buenaventura. Después de este primer acercamiento fui por segunda vez a visitar a mi hermana, que estaba realizando sus prácticas de psicología en esta ciudad; logré acompañarla a uno de los proyectos de los que hacía parte, así me di cuenta que en Buenaventura la carencia se expresaba en lo más básico, no había

agua, no habían servicios, no había infraestructura, ni empleos, ni garantías. A cambio, vi delincuencia, muchos trabajos informales y comunitarios, *ambiente* y ánimos de sobra; la gente resiste y lucha cada día por lo que carecen y por superar otros actos que por su brutalidad a veces se hacen innombrables.

Luego tuve otros tres acercamientos que tenían como objetivo darle lugar a las preocupaciones que había planteado en el proyecto de investigación; a cada uno de estos tres acercamientos los titulé como “zambullidas esporádicas” haciendo referencia a Malinowsky, cuándo señala a esas experiencias de campo que no alcanzaban a develar profundidades frente a lo que hace la gente en contextos específicos; zambullidas o chapuzones como nombro al último campo porque, debido al contexto de análisis, las situaciones que presenté y demás eventos que complejizaron mis estadías en campo, no permitieron que lograra sumergirme de lleno.

Así que, en total, realicé tres acercamientos a campo, el primero en diciembre del 2017. Para ese entonces mi interés estaba guiado a conseguir contactos, más no a realizar preguntas o levantar información. Conocí a Oscar y Mariela de la fundación CEPAC, Centro de Pastoral Afrocolombiana, y por medio de ellos llegué a cuatro barrios de bajamar, acompañándolos a unas novenas itinerantes afro, me relacioné con varios miembros de la fundación, entre ellos con Pilar, quien me hospedó en la última vez que estuve en Buenaventura.

El segundo fue en septiembre del 2018, estuve en la ciudad durante tres semanas realizando entrevistas y cartografías sociales a habitantes de los Terrenos ganados al mar: Mira Mar, Viento libre, Puente Nayero y Santa fé. En total, realicé nueve entrevistas, tres de ellas a hombres que han ejercido liderazgo en Buenaventura y las otras seis a mujeres que también se han caracterizado por tener experiencias de liderazgo comunitario; a todas estas

personas llegué gracias a la fundación CEPAC y al SJR, Servicio Jesuita de Refugiados, fundación donde mi hermana realizó sus prácticas. El tercer acercamiento fue durante 10 días en julio del 2019; me hospedé en la casa de Pilar, con ella realicé una historia de vida y múltiples entrevistas que me ayudaron a entender un poco más las problemáticas de la ciudad; también realicé dos entrevistas a Natalia, habitante del barrio La Inmaculada, con el fin de alimentar las situaciones adversas que atraviesan a las mujeres de esta región del país.

En el segundo capítulo abordaré todo el contexto que contempla la situación de las mujeres en “bajamar”³; considero importante comenzar por las intenciones que hicieron surgir a Buenaventura como una “Ciudad-Puerto”, y todo lo que se consolidó alrededor de este.

Aquí el concepto de “territorio” y todas sus variantes o sinónimos serán preponderantes, se analizarán las relaciones que se gestan en el lugar y como éstas han interpelado la acción de las mujeres y de las personas habitantes de los *Terrenos ganados al mar*. Así mismo situaré a los actores que hacen parte de la problemática, sus demandas, necesidades, intereses, reclamos y cómo se relacionan o divergen entre ellos.

En el tercer capítulo desarrollo parte de las actuaciones de los habitantes en medio del conflicto en dónde las voces de las mujeres de estos territorios de Buenaventura serán las protagonistas. Cuestiono el ser mujer negra en medio de un contexto como el del puerto en Buenaventura, en donde las mujeres son las principales sobrevivientes y experimentan a diario varias situaciones conflictivas que desafían su derecho a vivir con dignidad.

³ Bajamar es un concepto institucional para referirse a los territorios “que se encuentran cubiertos por la máxima mar y quedan descubiertos cuando está baja” artículo 167 del Decreto Ley 2324 de 1984. Sin embargo, la gente prefiere referirse a estos como “los terrenos ganados al Mar”.

Finalmente, el cuarto capítulo nos lleva a las (in)conclusiones que quedan de campo y de la investigación, los alcances y nuevos retos académicos que implican vincular lo teórico a la práctica y sobre todo a la práctica social que es todo menos estática y absoluta.

Ahora bien, esperaría que la contribución de este texto se traduzca en herramientas para comprender lo que pasa con las mujeres en Buenaventura, sobre todo en los Terrenos ganados al mar, pues es indudable pensar que estos territorios han sido negados a una comunidad que los ha construido y configurado, tampoco se puede negar que la preocupación nacional por esta región ha sido limitada y direccionada al potencial extractivo; entonces, el objetivo de este trabajo no es más que develar parte de lo que significa vivir en territorios disputados siendo mujer, negra y pobre, para que quienes residimos en la capital bajo condiciones que nos permiten vivir dignamente, cuestionemos lo injusto que puede ser el habitar en ciertos lugares de Colombia donde por su posición, están condenados a la marginalidad, la explotación y la opresión desde distintas dimensiones.

Antes de continuar con la lectura quisiera hacer unas últimas salvedades. Este trabajo pretende invitar a una lectura crítica en términos de género principalmente; por lo tanto, la escritura también debería ser crítica en este aspecto. Sin embargo, encuentro un tanto difícil esta mediación; muchas veces hablo de trabajadores, empresarios, pobladores, actores armados, tenderos, jóvenes, y todos estos llevan un carácter masculino, lo cual no es gratuito. Las mujeres aquí no han configurado historia, no son nombradas en los textos que recogí, solamente para enunciar las experiencias que han vivido en medio del conflicto. Por lo tanto, este texto responde también a esa invisibilización que debe ser superada. Sin embargo, en algunos momentos podría ser obviada sin ser esa la intención. La otra salvedad responde a la utilización indiscriminada de los términos: Terrenos ganados al mar y barrios bajamar, si

bien el primero es un concepto que denota un significado reivindicatorio de la gente y el otro es un concepto institucional que se contrapone a las nociones de los pobladores, en algunas partes de este texto se utiliza sin tener en cuenta esta distinción.

Capítulo 1: Aprendiendo a ser y a estar en Buenaventura y en los *Terrenos ganados al mar*.

Eran casi las siete de la mañana y acabábamos de cruzar el puente El Piñal, a mi hermana siempre le habían dicho que después de ese puente la cosa se ponía un poco dura, que cada barrio tiene sus reglas y lo mejor es llegar con gente conocida. Íbamos seis personas repartidas en dos taxis, los únicos que eran de la ciudad de Buenaventura eran los conductores; apenas llegamos al lugar de encuentro con la empresa turística que nos llevaría a ver ballenas, la situación se puso tensa, los hombres que estaban por la entrada del barrio siguieron los carros hasta percatarse que efectivamente ninguno, a excepción de los taxistas, éramos de ahí. En medio de esto, el taxista con el que yo iba hizo un amague rápido para devolverse y esperar afuera. Mientras dábamos la vuelta dos hombres fueron a la entrada del barrio y la cerraron con una cadena, no iban a dejarnos salir hasta que pudieran “sacarnos algo”. Finalmente, los hombres que evidentemente estaban borrachos hicieron tregua con el conductor y nos “dieron puerta” por dos mil pesos a cada uno de los taxis.

Esa fue la segunda vez que había estado en Buenaventura, fue en el 2015 visitando a mi hermana mayor que hacía sus prácticas de psicología en la fundación Servicio Jesuita de Refugiados, SJR. Todas mis visitas a Buenaventura han sido motivadas por un asunto académico, la primera vez fue por una salida de campo de la universidad en el 2014. Supongo que es raro que alguien ajeno al territorio del Pacífico colombiano llegue a esta ciudad de vacaciones o por conocer; hay quienes llegan por situaciones de trabajo o comerciantes “paisas” que tienen sus negocios en el bulevar; pero los visitantes llegan más bien de paso, para conocer otras playas del Pacífico o ver ballenas en la temporada de agosto a septiembre.

Esta ciudad está algo lejos de ser turística, lo turístico es el malecón Bahía de la Cruz, como algunos dicen esa es la parte más “gomela”, donde están los restaurantes, supermercados, los hoteles lujosos y los más sencillos, bares, negocios, tiendas de ropa y calzado, bancos y la biblioteca pública del banco de la República; de ahí hacia el interior del país, aparentemente es una ciudad como cualquier otra, con edificios, casas, iglesias y colegios; pero donde el panorama cambia radicalmente, es hacia la línea costera de la ciudad, dónde están los denominados *Terrenos ganados al mar*, viviendas palafíticas⁴ que han sido construidas ancestralmente por habitantes de la región.

Por ahora no me detendré en describir estos terrenos, pues de ellos hablaré con mayor detalle en el siguiente capítulo; el objetivo de este primer capítulo es contar los procesos que me llevaron a enunciar esta tesis de investigación, hablar desde mi experiencia los caminos andados y las decisiones tomadas, que al final terminaron siendo más reveladoras que los mismos resultados o conclusiones de la “investigación”. Entonces, lo que busco es justificar por que no llegué a cumplir con el objetivo inicial del proyecto y cómo este se fue transformando a la realidad de las personas a las que me acerqué y con las que tuve oportunidad de compartir en más de una ocasión.

Esta reflexión metodológica en principio parece obvia, pues desde que en la facultad se comienzan a plantear de proyectos investigación, se advierte que los objetivos y metodologías cambian constantemente a la luz del campo. Sin embargo, a la hora de plantear el proyecto de tesis, las maneras de abordar la investigación pueden volverse un poco estáticas; después de aprobado el proyecto, yo pretendía acercarme lo más posible a mis

⁴Construcción que se alza en la orilla del mar, dentro de un lago o en terrenos anegables, sobre estacas o pies derechos.RA
E

objetivos y a la pregunta problema, más a sabiendas que ésta había nacido de esa situación narrada en donde nos cerraron el paso con cadena, es por ello que desde mi experiencia consideraba que ese hecho y todo lo leído sobre el lugar aseguraban que no estaba mal parada en el proceso de investigación.

Donde evidentemente sí estábamos mal parados (mi familia y las otras personas con las que íbamos) era en ese barrio o a esas horas, este hecho que desató discusiones entre nosotros fue lo que motivó el lugar de esta tesis. Cuando estábamos en el taxi tratando de sortear la situación, mi papá soltaba frases ingenuas, pero por ingenuas muy imprudentes. Apenas nos cerraron el paso, yo me helé y comencé a sudar frío. Llevaba dos días acompañando a mi hermana y a su compañera a trabajo de campo; a los barrios teníamos que llegar con chalecos de la Fundación que eran como una especie de chalecos “salvavidas”, además, entrábamos y salíamos de los barrios con Carlos un taxista conocido. Nunca nos pasó nada extraño; sin embargo, con tanto protocolo y todo lo que se escuchaba del peligro en la ciudad, el temor y el sentirnos en peligro estaban latentes.

Por eso, en ese momento de tensión dentro del taxi, todos pensamos - ¡ay juepucha ¿y ahora? - mi papá reaccionó indignado diciendo que éramos turistas y que *“cómo iban a tratar al turista así”*, que sólo íbamos a ver ballenas. Sus comentarios me dieron miedo porque tengo la sensación de que eso fue lo que más ofendió a aquellos sujetos, en ese momento todos se timbraron y fue cuando se acercaron al taxi, pero después que vimos que no pasó nada grave y que cada carro entregó dos mil pesos para poder esperar afuera, pensamos que ya no había mayor peligro. Sin embargo, a mí esa situación me quedó sonando y los comentarios de mi familia también.

Cuando ya estábamos embarcados, mi mamá dijo algo así como, *es que era mejor dejarlo a él* [el taxista] *porque él es de acá y sabe cómo son las cosas*; este comentario y la palabra turista me llevaron a pensar en “esos” límites entre “ellos” y “nosotros”, en lo ajenos que éramos como para no entender ciertas dinámicas que, en Bogotá y en ciertas zonas no parecen peligrosas, pero que en otros lugares sí. O pensar esas “fronteras invisibles” que están entre “lo mío” y “lo de otros”; esto entendiéndolo como lo que pasa aquí y no en la otra zona, entre lo que yo controlo, manejo y conozco y otros no, porque no son de acá.

Malinowski (1986) llamó “*zambullidas esporádicas*” a esas visitas ocasionales al lugar de campo, en donde “la vida del etnógrafo” aún no alcanza a entrar en armonía y a penetrar “la vida que le rodea”. (Restrepo, 2016, pág. 19) Pensé en este término de zambullidas, como el elemento que guiaría la discusión enunciada en este capítulo, pues en dos o tres semanas difícilmente lograría comprender lo que lo que significa habitar bajamar siendo mujer y fueron esporádicas debido a que mis viajes tuvieron un distanciamiento de un año; viajé en vacaciones, cuando podía y me alcanzaba el dinero; Ahora bien, cada una de las “zambullidas” resultaron siendo unas experiencias lo bastante azarosas y problemáticas como para dejarlas en hasta noción. Cada entrada al campo implicó un esfuerzo y compromiso de mi parte y de las personas que me acogieron por cuidar y velar por la seguridad, por esto en este capítulo lo que pretendo es enunciar estas experiencias según los trayectos y decisiones que tomé.

“Por primera vez en los *Terrenos ganados al mar*” es el nombre dado a la primera entrada al territorio como tal, enuncio mis primeros encuentros con algunos barrios de bajamar y con Oscar y Mariela dos de mis guías en estos territorios. “Buscando caminos posibles” da cuenta de la segunda vez que viajé con ese objetivo a Buenaventura, allí describo

los procesos de investigación, herramientas y todas las disposiciones necesarias para poder encontrar un camino posible en estos barrios sin salir perjudicada. Finalmente “Volviendo al territorio” describo el momento en cual buscaba desenredar y dar lugar a mis preocupaciones en ese último viaje a Buenaventura y entrada a bajamar. Cada apartado cuenta como y qué aprendí siendo y estando en estos territorios.

Por primera vez en los *Terrenos Ganados al Mar*:

Dos años después de esta visita a Buenaventura tuve que comenzar con el aparatoso trabajo de indagar un tema de investigación, esta situación es un poco abrumadora porque la mayoría de estudiantes queremos encontrar un tema de “pertinencia investigativa”, “interesante”, algo “innovador”, y pues a fin de cuentas según lo que he entendido de la antropología, es que hasta el hecho más cotidiano o fugaz es de “pertinencia investigativa”, es “interesante” e “innovador”, en la medida que nadie va a ver eso con los mismos lentes y percepciones, y que de allí ya hay algo innovador o puede surgir alguna reflexión importante.

En todo caso, llegué a la conclusión de “investigar” sobre esas fronteras invisibles que afectaban la construcción de territorio de las mujeres de bajamar. Fronteras invisibles porque, de acuerdo con el estado del arte, esta situación estuvo muy latente en Buenaventura durante una época cruda en esta región del Pacífico, la gente no podía ir a otro barrio sin avisar o sin ser conocido, debían transitar a horas precisas, y saber bien por dónde se metían.

Decidí que iba a trabajar con las mujeres porque además que me comprometen mucho y me interesan sus experiencias en otros territorios ajenos a los que yo habito, aquí en Buenaventura hablar de afectaciones a las mujeres⁵ no es algo arbitrario o como dirían algunos, por cumplir con la cuota de género o porque es el tema políticamente correcto de moda, todo lo contrario.

⁵ No digo “nosotras” a pesar de que soy mujer y de que también me atraviesan muchas experiencias, por el rol de género que se ha establecido en la sociedad para las mujeres. En Buenaventura el ser mujer tiene otros matices, las atraviesan situaciones particulares que deben ser situadas y diferenciadas.

Durante las épocas⁶ donde el panorama de violencia en Buenaventura fue más aterrador, ciertas mujeres fueron blanco de ataques. Escuchar, ver o enterarse que alguna había sido encontrada en un estero empalada, y/o que había sido abusada sexualmente o amenazada, era muy común; sin embargo, estas noticias no fueron de gran interés nacional, sólo circulaban dentro de la ciudad y de manera muy clandestina.

Ahora, elegí trabajar en los barrios bajamar por qué, en primer lugar, el barrio del acontecimiento mencionado es bajamar y porque sin duda alguna, estos territorios tienen una configuración particular al lado del mar que los hace estar en amenaza latente tanto física, como social, política y económica. Para adelantar un poco el panorama que trabajo en el siguiente capítulo, en estos barrios se han asentado grupos armados desde distintas caras, hacen de allí sus rutas de escape al mar, controlan el tráfico de droga, armas, personas quién entra y quién sale. Además, estos terrenos también hacen parte de la zona de interés de expansión de los proyectos portuarios; entonces, por la presencia de estas dos entidades tan fuertes los *Terrenos ganados al mar*, se han convertido en territorios en disputa.

De esta manera, encontré en los informes del Centro de Memoria Histórica (AÑO), en los de la ACNUR (AÑO) y demás fuentes de información, el lugar y la población a “investigar”. Ahora bien, decir “las mujeres” es ponerlas a todas en una misma bolsa, sin distinguir sus condiciones económicas, roles en la sociedad, relaciones sociales, su raza, edad, su habitar en los barrios y demás. Por eso, terminando ese semestre y después de haber sido aprobado el proyecto, fui de nuevo a campo para aclarar ese “sujeto de investigación”, en diciembre del 2017.

⁶ Según las entrevistas y demás información recolectada, los años más duros fue a partir de 1998 hasta más o menos 2005, sin embargo, a partir del 2013 vuelven a revivirse todas las imágenes de guerra y violencia cuando se destapa el escándalo de las casas de pique.

El único propósito de esta primera entrada a campo era tantear terreno, pues no tenía ningún contacto; mi hermana ya no estaba trabajando allá y no conocía a nadie que nos pudiera acoger. Digo “nos” porque mi amiga y compañera Laura Marín me acompañó durante dos semanas por el Valle del Cauca. Primero estuvimos una semana en Cali en el tercer Encuentro Latinoamericano de Mujeres ELLA. Las dos, con propuestas de investigación vinculadas a las mujeres, vimos ese espacio propicio para alimentar nuestra información; además, iba con la segunda intención de conocer a alguna mujer de Buenaventura para que nos alojara o ubicara bien en la ciudad, pero no sucedió.

Aquí, la primera lección aprendida, no siempre me van a hospedar o uno tiene que entrenarse en ese saber pedir permiso y acogida. Nosotras estábamos convencidas que era cuestión de decir *-Ay mira que estoy haciendo mi tesis en Buenaventura y no tenemos donde quedarnos-* y ahí esperar el ofrecimiento, pero no sucedió. Algo que si logramos fue obtener un folleto de la fundación Fundescodes, este tenía una lista de las fundaciones y ONGs que están en esa ciudad.

De esta manera llegamos a Oscar, un miembro de la fundación CEPAC el Centro de Pastoral Afrocolombiana, que lleva años trabajando con las comunidades de Buenaventura con el apoyo y respaldo eclesial. Por esa época se estaban terminando las novenas de aguinaldos, por lo que el trabajo “comunitario” que estaba haciendo CEPAC eran las “novenas itinerantes afro”⁷.

⁷ Su nombre responde a esas intenciones de la fundación por llegar a varios barrios de la ciudad y resignificar algunos símbolos bíblicos en los que los negros y las mujeres se ven excluidos, entre los villancicos y las oraciones hacían un llamado hacia la igualdad y respeto hacia las mujeres, las responsabilidades compartidas entre madres y padres, y hacia la importancia de la abuela de Dios. También salían referencias de las canoas y ríos por los que llegó el niño Jesús acompañados de

Moverse en Buenaventura a altas horas de la noche no es nada recomendable; además, allá el transporte público es compartido con los taxistas, por lo que, si uno no pide una “carrera”⁸ en el taxi, durante el trayecto se puede subir cualquier persona.

Nosotras, por razones de presupuesto, siempre fuimos en taxis compartidos y tratábamos de parecer muy conocedoras de la zona como para no levantar sospechas y no “dar papaya”⁹; aquí me quiero detener para decir que realmente coger transporte fue un tema allá. Buenaventura no ha dejado de ser una zona de riesgo donde al que este “mal parqueado” o “dando visaje” lo “pican”; por eso cada vez que cogía un taxi, ésta y las otras veces que regresé, trataba de estar segura de a dónde iba y en dónde pedir parada.

La última novena fue en Juanchaco, una playa que está a 50 minutos en lancha de Buenaventura. Con Laura, tomamos la lancha bien temprano para aprovechar el mar e irnos caminando a “La Barra”, otra de las playas cercanas, para volver quemadas y con ese particular olor a hierro del Pacífico colombiano. En la tarde, más o menos a las cuatro, nos pusimos a beber degustaciones de Biche y Pipilongo en el local de la señora Marina mientras escuchábamos sus historias, y esperábamos a los de CEPAC para preparar la novena.

El disponerse y entender que uno poco o nada sabe de lo que la gente hace y cómo lo hace, y que lo que queda es intentar ayudar o al menos no estorbar, fue otra gran lección. Esa noche después de la novena, volvimos a donde la señora Marina con los integrantes de

ángeles negros. Los instrumentos que acompañaban los villancicos eran los guasá, marimba y cununos.

⁸ Tener uso exclusivo del taxi y pagar la carrera completa según los precios establecidos.

⁹ Como decimos cuando justificamos que por inocencia o descuido propio damos la oportunidad a que alguien ejerza un acto en nuestra contra

CEPAC, seguimos tomando biche y escuchando las historias de cómo las iglesias evangélicas se han tomado, Juanchaco dejando a los pocos católicos participar.

A pesar de que de alguna manera mi amiga y yo sabíamos que debíamos acoplarnos a sus dinámicas y disponernos, esto no siempre resultó, pues en mi caso no siempre fui consciente de que la disposición no sólo implica acoplarse, sino que también en el marco de una “investigación”, todos los sentidos deberían estar dispuestos a cualquier conversación, situación o imagen. Por eso, confieso que este acercamiento fue bastante mediocre en estos términos, prescindí en varias ocasiones del diario de campo y me liberé de esa responsabilidad y a veces vergüenza de consignarlo todo en frente de la gente.

Me dediqué fue a buscar respuestas y no preguntas, estas ya las creía claras y aprobadas; por eso después de ver que algunas eran viables y otras más difíciles de preguntar, pero acertadas al contexto, pensé que lo planteado en el proyecto era posible; además, había cumplido el objetivo de hacer contactos y de dejar una puerta abierta para la próxima visita a Buenaventura. Entonces mi disposición estuvo sujeta a “hacer” lo que Oscar, Pilar o Mariela mi pidieran, a comerme todo lo que me sirvieran o a dormir en cualquier lugar en el que Laura y yo no incomodáramos.

Para este momento aún seguía pensando que la investigación y la antropología, en ese marco, eran algo invasivas e incómodas para la gente, que el preguntar y estar escarbando en los temas que salen a flote tenía que hacerse de la manera más sutil y espontánea que fuera posible. Ahora pienso que en ese campo no le di lugar al oficio con el que elegí acercarme a la gente; la pena de preguntar, anotar en el cuaderno de campo y el no querer invadir no permitieron que desenredara algunas dudas o hipótesis que debía abandonar.

Lo que me importaba era aprovechar el tiempo allá e intentar tejer algún vínculo con quienes desde un principio me acogieron y estuvieron en disposición de guiarme por los barrios de bajamar. Esa novena en Juanchaco se convirtió en un recuerdo muy conmovedor para mí, pues terminó en una fiesta con marimbas y cununos en la que los que no estaban cantando “*ven, ven, ven, ven hasta Juanchaco Jesús ven, ven*”, estaban bailando y gozando al son de los currulaos que acompañaban esos cantos. Laura y yo resultamos descalzas bailando junto a ellas tratando de seguir los pasos que nos estaban enseñando; sentí la mirada de Pilar con mucha más confianza hacia nosotras, comprometida a mandarnos a Bogotá con algo de ritmo y con un poco de sabor a Pacífico.

Esa noche en Juanchaco dormimos en la casa de Rocío, otra integrante de la fundación. Nos acomodaron en un cuarto junto a Pilar; al otro día acompañamos al puerto a los que debían salir temprano a Buenaventura. Nosotras (Laura y yo), nos quedamos hablando con Pilar hasta casi las cuatro de la tarde hasta que llegó el turno de las últimas lanchas que salían hacia la ciudad. Mientras la gente embarcaba nosotras nos íbamos despidiendo a lo lejos de Rocío, Saray y Camilo, sus dos hijos. Por un momento me dirijo a Laura y veo caer por su mejilla varias lágrimas, y en ese momento me puse a llorar.

Los paisajes del Pacífico en los que el mar y las montañas se encuentran pueden ser muy melancólicos cuando están acompañados de ese tono grisáceo tan característico de las zonas lluviosas y con alta humedad. Estar en Buenaventura es oler a pescado, a hierro; es soportar condiciones climáticas que te hacen olvidar de la escasez de agua, es lamentar que el mar se ha contaminado o que tu casa se derrumbó por una fuerte tormenta, como le sucedió a Rocío a principios del 2019.

El llanto en ese momento pudo ser resultado de esa sensibilidad que despierta el paisaje, también por los escenarios imaginados de violencia y desplazamiento que relataba Rocío en la mañana, cuando tomábamos caldo de pescado en el desayuno; o también, pudo haber sido por la frustración que causa tener el privilegio de no tener que estar negociando diariamente tu vida, mientras que otras personas sí tienen que hacerlo, y que, en medio de este sistema los cambios, soluciones y garantías no son nada alentadores.



Foto tomada por Laura Marín, Juanchaco, 2017

Buscando caminos posibles:

Volví a la Universidad con ganas de continuar con la tesis. Como es de suponerse, lo que seguía después de este primer campo era esbozar una metodología de investigación; lo que me preocupaba en ese momento eran todas esas circunstancias que habían llevado a una aparente configuración de fronteras invisibles en bajamar las cuales no están oficialmente estipuladas, pero son reconocidas socialmente y por eso hacen del tránsito de los jóvenes, mujeres y de la comunidad, en general, un caminar consciente y condicionado. Allá, en Buenaventura, les dicen barreras invisibles y si bien las veces que entramos a los barrios la gente se percataba de saber quiénes éramos o quienes nos acompañaban, estas no eran evidentes hasta que se preguntaba por ellas; decían que ya no había esas barreras o no en todos los barrios, pero que sí había que andar con cuidado y por barrios donde lo conozcan a uno.

Entonces, con la metodología planteada buscaba identificar a esos actores que regulan y controlan el territorio, explicar cómo se apropian de los Terrenos ganados al mar a la luz de sus relaciones, tensiones e intereses creando fronteras invisibles.

Por esto, en septiembre del 2018 viajé nuevamente a Buenaventura, estuve hospedada durante tres semanas en un hotel del centro de la ciudad, el acercamiento y participación en las actividades diarias de las mujeres con quienes pretendía trabajar no fueron tan agudas debido a que hospedarme con alguna de ellas tampoco fue posible esta vez.

Los acercamientos fueron en términos de las entrevistas que había estructurado, los ejercicios de mapeos, árboles de los sueños o conversaciones durante las actividades comunitarias a las que asistí con el fin de reconocer también el papel colectivo de ellas en

escenarios donde se producen y validan las necesidades, urgencias e intereses de la comunidad de Buenaventura.

Las entrevistas fueron un gran instrumento para llegar a cierta información ya que en algunos escenarios le otorgaron carácter a mi quehacer allá. Si bien mi observación estaba condicionada al tiempo que yo estuviese haciendo la entrevista o conversando con cada una de las personas, las primeras entrevistas fueron muy útiles a la hora de descubrir las preguntas claves y generar un poco de confianza y confidencialidad con la gente. Evidentemente, preguntar por quienes los y las controlan, amenazan o restringen es ponerlas en una situación riesgosa, pues allá “las paredes escuchan”. Entonces, al presentarme como estudiante del Externado, con un consentimiento informado y con las preguntas impresas, les dio un poco de seguridad para hablar sin tanta precaución.

Lo paradójico de esta técnica es que al tiempo que les otorgó seguridad también limitó la conversación. Por ejemplo, Victoria, habitante del barrio Santa Fé, quería tener claro lo que yo quería preguntar. A penas le pasé la hoja con las preguntas guía, les echó un ojo y comenzamos a hablar. Ni ella ni yo no nos ceñimos a las preguntas y mucho menos a su orden.

Según lo que ella me contaba, yo hacía las preguntas que me interesaban, algunas desviaban un poco el tema del conflicto con el puerto TCBUEN o con los grupos armados y se iban más a la construcción de los *Terrenos ganados al mar*. Esas las respondía guardando medida y evitando dar nombres, pero se extendía bastante. En cambio, cuando le preguntaba sobre cosas del pasado, su vida familiar, relaciones vecinales o situaciones personales se descolocaba un poco, no esperaba que esa información fuera importante o que tuviera que ver con el tema de investigación. Las respondía sin reproche, pero sin muchos detalles a

menos que yo la animara a describir los acontecimientos. Victoria no pensaba que su historia de vida me fuera a interesar, sino únicamente su relación o información con el conflicto que se vive en su barrio por ser bajamar y estar de frente a uno de los puertos.

Con las otras mujeres que entrevisté sucedió algo similar, la sensación que daban las preguntas era problemática, pues sus respuestas estaban condicionadas por la definición del tema a tratar. Rosa y Ana, de los barrios Mira Mar y Viento libre respectivamente, se limitaron en un principio a acortar sus respuestas a lo preguntado; además, la incomodidad de estar en sus mismos barrios hablando de esos temas, les restringía sus reflexiones sobre las experiencias siendo mujeres en bajamar.

La entrevista con Ana en un momento fue un poco incómoda, pues cuando llegamos al tema de los constantes desplazamientos con su familia por algunos barrios de la ciudad e incluso a otras zonas del Valle, a ella se le quebró la voz, quiso mencionar el motivo de las amenazas y las perturbadoras imágenes que presenciaban en el barrio; sin embargo, llegó el momento en el que prefirió callar para no llorar y se lo agradezco. En ese momento comprendí que mi “marco interpretativo” estaba subordinado a las experiencias de las mujeres en el conflicto y que con mis preguntas estaba dándole más sentido a lo que tenía que ver con ellas y la violencia, por lo que Ana se sentía en la responsabilidad de contarme con detalle su experiencia en esos términos. En ese momento me sentí algo morbosa e intrusiva, me cuestioné la necesidad de saber con detalle esos acontecimientos y de mi capacidad de sostener una conversación tan sensible que iba a desembocar en llanto.

Esta situación se repitió en otras entrevistas pues, cuando preguntaba por términos específicos como fronteras invisibles, control territorial y experiencias de las mujeres en medio de estas categorías, “las informantes” respondían lo que yo quería oír, por lo que a la

hora de sistematizar las entrevistas no lograba comprender cuáles eran esas particularidades y afectaciones de ser mujer habitante de bajamar y cómo se veía afectado su territorio y su libertad a causa de esas fronteras invisibles que restringían su paso.

Por ejemplo cuando le presenté mi proyecto de tesis a Johan, el presidente de la Junta de Acción Comunal de Mira Mar, se sorprendió; para él, las personas afectadas por la expansión portuaria, por los despojos, por las compras (injustas) de los terrenos y por la presencia de los grupos armados, ha sido la comunidad en general; pero sobre todo, los y las líderes, quienes son los que reciben las amenazas directas por “alborotar” a la gente. Sin embargo, a causa de la entrevista y del foco central del proyecto de tesis, Johan empezó a cuestionarse sobre los roles y afectaciones que han sufrido las mujeres en los territorios y de qué manera han sido blanco de ataques.

“Las mujeres si son como las más afectadas, siempre las ven como las más débiles, las más desprotegidas, aunque se ha modificado un poco la situación, ya no es como antes. ¿Quiénes están más pendientes de los niños? Las madres, ellas son como las que están pendiente de todo y las que tienen como esa preocupación. Este territorio [el barrio Mira Mar] está relleno por manos de mujeres, en algunos sectores ellas son las que saben. En el conflicto, cuando afecta al hombre, la mujer también es afectada, porque es el hijo, es el esposo, es el hermano; entonces es una afectada indirecta la mujer, o cuando ellas cometen algún error las obligan a que tengan intimidad con alguno de ellos. Digamos, pelearon dos mujeres por cualquier razón, a veces tienen que pagar multa y si no tienen plata entonces les toca resolver, y a muchas les ha tocado hacer eso. Pero a todos les ponen castigos.” (Johan, comunicación personal, 17 de septiembre de 2018)

Con términos parecidos, Victoria, Rosa y don Jacinto; otras de las personas entrevistadas, me hicieron entender que las mujeres eran las “más” afectadas porque cuando atacan al hombre con el que conviven, o a sus hijos, ellas son las que sufren, las que viven el duelo y tienen que salir a “dar la cara”. Para mí en un principio estos argumentos no fueron contundentes, pensé: -es toda la comunidad la que está en riesgo, no sólo las mujeres, en la mayoría de veces ellas son las que quedan y les toca sufrir sus muertos -, por eso, lo que yo quería oír eran esas historias donde los cuerpos de las mujeres y sus roles en la sociedad son afectados para poder controlar el territorio, poder despojar, provocar desplazamientos y regular lo que puede o no hacer la gente, buscaba historias que contaran un daño directo y evidente dónde sólo por ser mujeres estaban en riesgo.

En medio de mi frustración por no encontrar esas historias no me di cuenta de que aquí había una posibilidad de comprensión sobre cómo se ha ido constituyendo la comunidad y en donde recaen las responsabilidades afectivas, formadoras y emocionales de muchas de las familias en Buenaventura. Aquí como en la mayoría de territorios que están atravesados por el patriarcado, las labores afectivas y el trabajo emocional se han construido como una responsabilidad que recae exclusivamente en las mujeres, son ellas las cuidadoras, las que velan por el bienestar de cada miembro de su hogar, las que están pendientes del mercado, de los deberes domésticos, del placer de sus parejas y también, de velar por la tranquilidad del hogar, evitar la riña y el conflicto.

Teresa Torns (2008) habla de cómo la contribución femenina al cuidado y reproducción de la vida humana se ha “ninguneado” y naturalizado a tal punto que tanto el trabajo doméstico (compras, el mercado, la limpieza y la preparación de alimentos) como el trabajo emocional, afectivo y de cuidado recae en la figura femenina; sobre todo, esta

naturalización ha sido reproducida a través de la estrecha relación del capitalismo y la estructura patriarcal, pues la existencia de la división sexual del trabajo supone que el peso del trabajo femenino ésta en “la reproducción y mantenimiento de las personas del núcleo hogarfamilia” quedando así apartadas de la producción mercantil y del salario.

Ahora bien, la autora dice que este rol no se trata únicamente de un espacio físico y simbólico del hogar, sino de la familia y del cuidado emocional de sus integrantes. Entonces en esta estructura patriarcal de la que tampoco se salva Buenaventura, los hombres por lo general son los proveedores y las mujeres las que deben hacerse cargo de la “gerencia” doméstica y emocional del hogar; sin embargo, en el contexto de esta región, el empobrecimiento hace que varios miembros del núcleo familiar trabajen, incluidas las mujeres. Esto supone una carga emocional, económica y física para ellas que está repartida de manera desigual. Además, como dice Arlie Russel Hochschild, citada en (Arango, 2010) socióloga estadounidense, quien por primera vez acuñó el concepto de “trabajo emocional” este es también es el acto de “inducir o suprimir sentimientos o emociones para mantener la armonía percibida que produce un estado emocional y mental placentero para otros”. (Siete Polas, 2019)

En bajamar, las mujeres a parte de llevar su propio duelo deben encargarse del de los demás; además, si el que muere es su marido, o quién lleva el dinero al hogar, las mujeres quedan con la total responsabilidad económica y afectiva del hogar. Para asumir esta responsabilidad, muchas terminan envueltas en situaciones fuera del marco de lo legal, o se juntan con algún miembro de las fuerzas armadas o en negocios informales de ventas por catálogo, haciendo rifas, vendiendo empanadas en los barrios o trabajando en espacios en los

que no son tan esperadas, como las infraestructuras portuarias, con tal de tener esa garantía económica.

Ahora otro aspecto que se le suma a sus cargas y responsabilidades es que teniendo en cuenta el contexto de Buenaventura siempre han sido las mujeres, es decir las madres, las hermanas, hijas o parejas de esos hombres asesinados quienes dan la cara; salen a reclamar, a poner la denuncia o a buscar el cuerpo, razón por la cual quedan expuestas y “marcadas”.

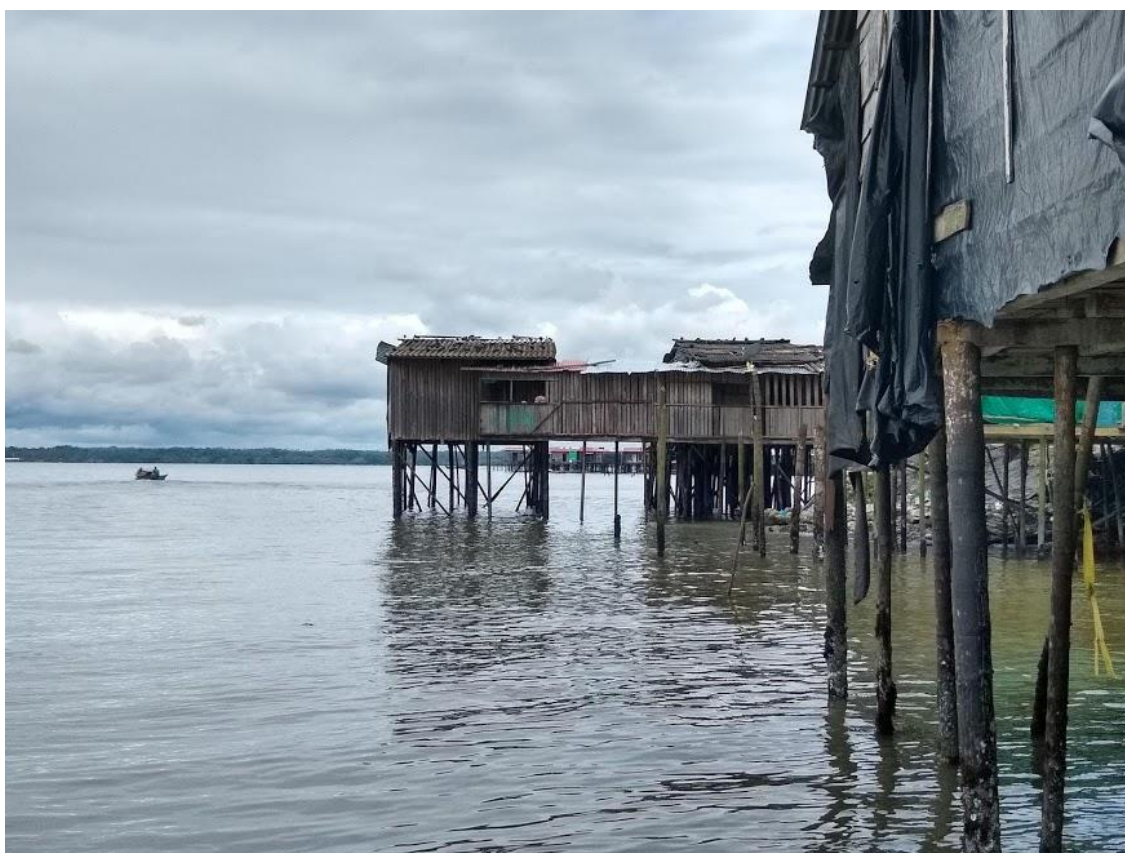
Esa segunda vez en Buenaventura duró tres semanas de septiembre del 2018, en la cual realicé nueve entrevistas, a tres hombres y seis mujeres de diferentes barrios de Buenaventura (algunos de bajamar, otros con problemas de tenencia de la tierra y otros que sin ser bajamar han sufrido también el conflicto). A cada una de estas personas llegué por efecto de bola de nieve o por contacto en los ejercicios de cartografía que hice con los jóvenes del grupo de baile “Arambé” de CEPAC o por los árboles de los sueños que hice con las señoras de la clase de modistería y lencería también de la fundación.

Una de mis preocupaciones constantes en este campo era el grado de participación que yo estaba teniendo en las actividades cotidianas de las personas con quienes interactué, pues si lo que pretendía era reconocer las experiencias de ser mujer en bajamar en medio de las conflictividades que allí se presentan, consideraba que no lo iba a lograr si mi único acercamiento eran las entrevistas; me faltaba vivir la experiencia, estar en su lugar, y realizar las negociaciones cotidianas que ellas realizan para poder ser en sus territorios.

Por ejemplo, cuando fui al barrio Viento libre, Ana me recibió a una cuadra antes de cruzar la entrada a su calle “Las piedras cantan”. A medida que íbamos llegando a su casa ella me presentaba con las personas que estuvieran ahí. Me llevo a la casa de su tío, su abuela

y, finalmente, nos quedamos en frente de su casa conversando. Lo que me pudo contar lo hizo con mesura, sin mencionar nombres o lugares específicos, decía “ellos” o “allí”, además ya me había advertido que no nos podíamos quedar allá hasta muy tarde, porque por la noche ya empezaban con la preguntadera y ella no sabía bien cómo explicar quién era yo.

Después de conversar, me hizo un recorrido por la calle, fuimos hasta uno de los esteros del barrio, me contó las historias de los pescadores que regresan viendo criaturas de mar de las que nadie en la ciencia habla, dijo que, entre los vecinos, la gran mayoría tienen “potrillos”, pero que ahora es muy difícil salir a pescar pues el puerto que se encuentra al lado no les permite acercarse; además, tienen el agua muy contaminada. Entonces, muchos usan las lanchas o como allá las llaman: potrillos, para irse más adentro del Pacífico a pescar, recolectar o ir de paseo a otros ríos y playas que el turismo aún no conoce.



Estero en la calle: “Las Piedras Cantan”, Barrio Viento libre. septiembre de 2018.

Este barrio es un terreno ganado al mar ubicado en la comuna 4 del distrito de Buenaventura. La calle “Las piedras cantan” fue el escenario de las casas allanadas por el ejército por las constantes denuncias de tortura y violencia de los habitantes, estas eran conocidas como las “casas de piques”. Ana cuenta que por los años 2013 y 2014 se oía la gente gritar y pedir auxilio, y que lo único que podía hacer ella, era permanecer en su casa sin hacer nada. Al día siguiente, la gente iba a buscar los cuerpos por los esteros y a reconocer a quienes habían sido los torturados; esto lo hacían de manera disimulada y sin hacer reproches. Ana veía que a los muertos los velaban casi que, a escondidas, *“era doloroso porque aquí los funerales duran toda la noche, con comida, juegos y por esos años no era así”*. (Ana, comunicación personal, 19 de septiembre de 2018)



Cuerpo arrojado por el mar en las “piedras cantan”. Ilustración por Isabel Silva (14 de febrero, 2020).

Según me alcanzó a mencionar, antes de que se le quebrara la voz, muchas veces se sabía que violaban a algunas mujeres que estaban con “malas compañías”, que estaban de “novias” de alguno del bando contrario o que salían a denunciar el asesinato o desaparición del esposo, hijo/ hija o hermano/ hermana, aunque también atentaban en contra de las que no tenían nada que ver, para Ana, algunas de sus amigas las acosaron por lindas y por eso la mayoría de ellas migraron hacia otros lugares del Valle.

Por un tiempo, Ana, su familia y la comunidad en general, se acoplaron a esta amenaza constante mediante el cumplimiento de las “medidas cautelares”: los únicos que estaban afuera después de las 6 de la tarde eran “ellos”, “prestando cuarto”, a veces pasaban papeles advirtiéndoles que iban a hacer limpieza, por lo que al que vieran afuera era porque en “algo” andaba; después estas medidas cautelares no eran respetadas por ellos y ya no era posible vivir allí, por esto ella junto a su familia decidieron irse por casi cinco años a Restrepo, Valle del Cauca y volvieron a “Las Piedras” hasta ese año (2018), porque todo se había calmado un poco.

Lo último que supe de ella fue por un mensaje de Whatsapp; me escribió que otra vez habían amenazado a “alguien” de su familia, no nombró a quién, pero ya no iba a estar en Buenaventura y que “la cosa se puso muy caliente”. Después de eso no pudimos hablar más, cambió su número de teléfono y perdí todo contacto con ella.

Durante varios años, los *Terrenos ganados al mar* han sido el escenario de disputa de diferentes fuerzas armadas; antes, por los atentados de las FARC, y después hacia el 2013 por las disputas entre “los Urabeños” y “la Empresa”, por el control del tráfico de drogas en la región. A raíz de las constantes denuncias y del reclamo popular por la normalización del

orden público, Buenaventura se convirtió en un foco para la prensa nacional. Regularmente salían las noticias de los homicidios, torturas, desapariciones y desplazamientos; sin embargo, según cuentan, las cifras reales y la magnitud de la violencia y del terror generalizado que se vivió en esta época no alcanzó a llegar al interior de Colombia.

A la capital llegaban las noticias de que el presidente de turno estaba atendiendo la crisis humanitaria, pero en los Terrenos ganados al mar, el temor llevó a muchas familias a buscar asilo en otros barrios. Ni Ana, ni muchas de las personas de los barrios bajamar, podían esperar al proceder estatal para que la situación se normalizara y por eso desde el 2013, se presenta un crecimiento en la tasa de desplazamiento de Buenaventura (Secretaría distrital de Salud, 2015).

Evidentemente, el quedarme en un hotel condicionó significativamente mi experiencia, mientras las personas me contaban sus vidas y lo que tuvieron que lidiar por años para estar dónde están, a mí solo me quedaba imaginar lo que es vivir en un panorama de constante disputa. La experiencia de vivir en Viento Libre, Santa Fé, La Inmaculada o cualquier barrio bajamar siendo mujer no la viví, lo que sí viví o logré sentir con mi cuerpo, fue el miedo de entrar a terrenos desconocidos en donde cualquier persona ajena levanta sospechas y si es una mujer es “morboseada” o acosada.

El llegar a los barrios fue un asunto que me generaba mucho miedo y que complicó un poco las cosas para mi trabajo de campo, desde tomar el taxi, hasta llegar a los barrios y esperar a la persona que iba a entrevistar para que me recogiera en el punto acordado me causaba temor; por eso, decidí llegar a varios barrios en compañía de Carlos, el taxista de confianza del SJR; él esperaba a que yo entrara a la casa de la persona con la que iba a conversar y horas más tarde pasaba a recogerme. Me dio la impresión de que en algunos

barrios la gente debía hacer evidente que yo estaba allí con ellos, que tenía gente conocida y por eso nos poníamos a caminar un rato por el barrio mientras me presentaban con algunos amigos y vecinos.

Además de las entrevistas, el ejercicio de cartografía social y el taller de árboles de los sueños en las instalaciones del Centro de Pastoral Afrocolombiana. También acompañé al SJR a dos actividades comunitarias, una en el barrio Mira Mar, con niños y jóvenes, y la otra en el barrio La Cima en una actividad intergeneracional donde se discutieron varios temas del barrio frente a los despojos, Allí conocí a don Jacinto, un señor de unos 60 años, amigo íntimo de uno de los líderes sociales asesinados en el último año.

Con don Jacinto entendí que en Buenaventura los líderes sociales son la mayoría de la población, si no es que son todas las personas que les ha tocado contra de los puertos, del Estado o de los actores armados para poder defender su vida y permanencia en el territorio y esto ya los convierte en líderes o al menos en personas que “alborotan” a la comunidad.

El trabajo de cartografía social lo desarrollé con los chicos y chicas pertenecientes al grupo de baile Arambé. Durante esta actividad se organizaron en grupos y plasmaron cuatro barrios bajamar a la luz de las convenciones que había establecido. Aquí el objetivo era reconocer el contexto social y geográfico del territorio, entender cómo se mueven y se apropian cada uno de los territorios.

Quienes realizaron la cartografía del “Espacio Humanitario Puente Nayero” del barrio La Playita reconocieron como espacios importantes la estación de policía y la caseta comunal. A pesar de que este es un espacio protegido por la comisión intereclesial dicen que después del portón es más inseguro y tienen que movilizarse bajo su propia responsabilidad,

mientras que si están adentro están protegidos por las medidas cautelares del barrio, por lo que tienen que salir y entrar por el portón durante un horario establecido para que no corran peligro.

La mayoría de personas que viven en el Puente Nayero vienen desplazados del río Naya, esto hizo que el espacio se convirtiera en un foco de agresiones y violencia paramilitar, las operaciones paramilitares fueron muy reiterativas por los lados del Río Naya, allí mucha gente estaba a la espera de las titulaciones de tierras y demás derechos de propiedad como resultado de la Ley 70. Por ello, cuando llegaron los paramilitares, fueron muchos los que se opusieron a dejar sus tierras, quienes sobrevivieron a las violaciones de estos grupos armados llegaron desplazados a Buenaventura a ubicarse a estos barrios.

Haber llegado a la ciudad no significó una garantía de vida; en cambio, esto produjo una serie de persecuciones y amenazas constantes a la gente desplazada, los reprimían y torturaban para que no fueran a denunciar, ni se declararan desplazados. Por eso, la Comisión Intereclesial llegó al barrio para crear un espacio humanitario con ciertas reglas y así evitar tantos asesinatos y violencias.



El otro barrio que plasmaron los y las participantes fue el barrio Lleras. Los espacios que reconocieron como importantes fueron la droguería, por la falta de un puesto de salud, y la caseta comunal. Los límites están en la calle “La Leche” una calle de conflicto, por la que no pueden entrar personas que no sean conocidas y también en lo posible evitar la calle 12 y la ruñidera.

En este barrio, el proyecto portuario TCBUEN donó 200 hectáreas para poder construir parqueaderos de contenedores, esto ha traído mucho conflicto en la zona ya que los actores armados comenzaron a cobrar vacunas a los trabajadores portuarios y demás habitantes del barrio.



Las personas que dibujaron a Santa Fé otro de los barrios, declararon que TCBUEN es el núcleo de toda la problemática en ese territorio, cuando comenzaron a pedir terrenos y prohibir la pesca, mucha gente se mostró en contra de la expansión del puerto y al tiempo llegaron los grupos armados del las FARC y grupos paramilitares a obligar a la gente a vender sus terrenos con el fin de que el puerto se expandiera o para que ellos pudieran asentarse dentro del territorio.

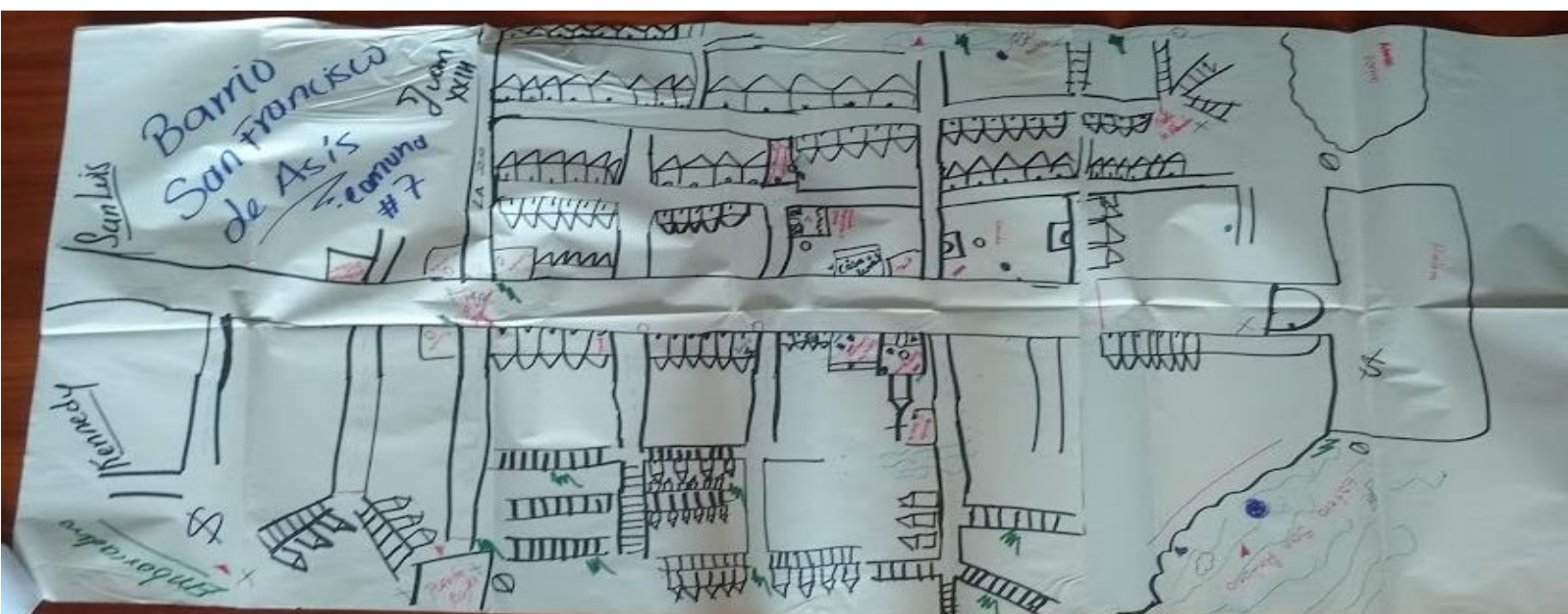
Para la fecha en la que realizaron estos mapas, algunos habitantes de Santa Fé se veían afectados, a muchos pescadores les han disparado para que no salgan con sus potrillos cerca del puerto y por los lados donde ahora están los grupos paramilitares nadie puede ir, están como “cercados”.



Según los y las participantes que plasmaron al barrio San Francisco de Asis contaron que éste aún vive una fuerte situación de conflicto; en la “Puerta Roja” que es donde está el embarcadero, hay presencia de actores armados que están pendientes de cobrar peajes; la calle la Plancha, que está cerca de “El Caguán”, es una zona muy peligrosa donde castigan a

la gente, y “Cuatro Esquinas” es el punto donde los actores armados controlan la entrada y salida del barrio.

Con estos ejercicios logré reconocer quiénes controlan las dinámicas territoriales en esos barrios y cómo la comunidad también se apropia y las transforma; ahora bien, gracias a las cartografías sociales alimentadas con el ejercicio de observación etnográfica, las



entrevistas y conversaciones, pude dar cuenta que la concepción de fronteras invisibles no es una situación que afecte únicamente a las mujeres de Buenaventura; cuando el conflicto entre los grupos armados, los agentes portuarios y la comunidad estaba en su punto más agudo, “las barreras invisibles” operaban para cualquiera que pasara a otro barrio sin ser esperado, las balas no distinguían sexo, bando o edad.

Por estos motivos el objetivo de la investigación cambió de rumbo, ya no le encontraba sentido a buscar dónde hay barreras invisibles y cómo afectan la construcción de territorio de las mujeres, siendo que éstas afectan a todos los habitantes del barrio. En las

cartografías se reconocieron puntos donde los que controlan el barrio cambian de rostro, puntos donde se cobra peaje-, y se reporta la gente para entrar y salir. Después de cierta hora en la noche es problemático entrar a los barrios; algunas de las personas que estudian de noche o llegan de trabajar entrada la noche les queda más complicado moverse sin arriesgarse en sus territorios. Sin embargo, Natalia dice que aquí toda la gente es conocida, y ya saben cómo es que se mueve la gente. Entonces, *“uno no va a ir a un barrio que no es el mío a las 12 de la noche, es diferente llegar al barrio donde uno vive tarde, que a otro”*. (Natalia, comunicación personal, 19 de julio de 2019)

Ahora bien, mi interés seguía dirigido hacia las experiencias de ser mujer en medio de este conflicto y de las mediaciones qué deben hacer a diario con los puertos que las quieren sacar, con los actores armados y sus exigencias, con los roles que cumplen en la sociedad, con su papel político y social y también en sus cotidianidades. Me interesaba también saber sus posiciones ante los despojos, la compra de terrenos, su relación con el territorio pues en la gran mayoría *los Terrenos ganados al mar* están construido a manos de mujeres; ver también, qué pasó con sus cuerpos cuando eran o son convertidas en un “botín de guerra”, cuándo por ser mujer, niña, o jovencita se levanta una bandera verde en ciertos sitios y se transgreden sus cuerpos.

El trato hacia las mujeres en medio de estas conflictividades sí ha sido discriminado al de los hombres. No son pocos los casos de violaciones, torturas y exhibición de los cuerpos desmembrados de las mujeres; aquí, ellas figuran como un medio para atemorizar y callar; meterse con ellas es meterse, también, con lo que han construido las familias de Buenaventura, es dañar a la persona que forma, cuida y vela por el bienestar social y de sus hijos. Por eso, el objetivo de analizar las formas de regulación social y control territorial, que

afectan la construcción de territorio de las mujeres habitantes de los “Terrenos ganados al mar” en Buenaventura, se convirtió en la nueva razón de la investigación.

Volviendo al territorio

El tercer “campo” fue en julio de 2019, estuve ocho días hospedada en el barrio El Firme en la casa de Pilar, a quien conocí en CEPAC desde esa vez que llegué a Buenaventura con mi amiga Laura. Como iba a ser mi último trabajo de campo estaba decidida a hospedarme con algunas de las mujeres con quienes había conversado, sentía que a mi trabajo le faltaba observación y entender mejor el ritmo de la gente en Buenaventura, sobre todo el de las mujeres.

Estaba dispuesta a quedarme hasta cuando la plata se me acabara, pero sólo me quedé ocho días. En muchas ocasiones me he quedado en casas ajenas por más de una semana e inclusive meses, por eso pensaba que el hecho de quedarme en la casa de Pilar no significaba un problema para mí.

Apenas llegué, me recibió doña Marina, su madre y Sandra su hija. Después de un viaje de 12 horas en bus me urgía bañarme, me llevaron al patio de ropas que está en la parte trasera de la casa y da al frente de otras casas que quedan hacia abajo, me mostraron los baldes que eran para bañarse y cocinar, los baldes para lavar la loza y los recipientes que tenían el agua para beber. Hasta ese momento pensaba que lo único tedioso iba a ser bañarme el pelo crespo y enredado con los baldes, tratando de esconder mi cuerpo de la gente de las otras casas ubicándome detrás de la puerta del baño.

Cuando llegó Pilar me mostró el cuarto donde dormiría, yo sabía que íbamos a dormir juntas en la misma cama, pero no sabía que en el mismo cuarto que un tío de ella. En un

inicio esto me pareció un poco incómodo, pero no tenía otra opción más que agradecer que me hubieran recibido; además, Pilar dijo que su tío estaba enfermo y que se la pasaba acostado todo el día.



La casa de Pilar. Ilustración de Isabel Silva, 14 de febrero de 2020

Esa misma noche fuimos la Señora Marina, Sandra, Pilar y yo al velorio de una vecina, los velorios de las personas que mueren por causas “ajenas” al conflicto duran hasta ya muy entrado el amanecer, acompañan al cuerpo con arrullos, rezos, partidas de parqués y dominó, o se quedan contando historias sobre la persona difunta.

Hacia las dos de la mañana Sandra y sus primos me dejaron en la casa para que descansara, el hecho de quedarme sola con el señor en el mismo cuarto no me parecía nada agradable; sin embargo, caí rendida en la cama. Había pasado algo más de una hora cuándo por unos ruidos extraños me desperté y vi a William el tío, intentando abrir el toldillo de la cama en la que yo estaba durmiendo, pegué un grito y el hombre salió disparado del cuarto y no volvió sino hasta las dos horas. Yo después de eso no volví a dormir, me quedé con el celular en la mano, con el número de Pilar listo para llamarla.

Después de ese hecho, mi propósito del día siguiente era averiguar de qué estaba enfermo y así saber cómo iba a ser mi proceder en la casa. Ese miércoles, 17 de julio mucha gente entraba y salía de la casa; en principio, no entendía quien vivía allí, quienes eran familia y quienes eran vecinos. En todo caso, lo que más curiosidad me resultaba es que nunca me presentaron con nadie, me veían en la sala, me saludaban y ya está, tampoco me daban mucho pie para preguntarles quienes eran o qué relación tenían con Pilar.

Así fueron los ocho días, mucha gente entraba y conversaba con doña Marina un largo rato, luego, como me veían ahí en la sala casi todo el tiempo, dirigían la conversación hacia mí, pero hablábamos de temas genéricos, sobre las fiestas patronales, lo picado que estaba el mar y los desastres que a principios de este año había causado en Juanchaco. En esa casa sólo hablé de temas personales cuando estaba a solas con doña Marina y cuando conversaba o hacia las entrevistas con Pilar.

Por las tardes, después de ayudar en algo con el almuerzo, me iba para el centro de la ciudad, a la parte gomela de la que había huido con el fin inmiscuirme un poco más en la cotidianidad de la gente; esto resulta contradictorio pero realmente la presencia del tío William me perturbaba. El señor que “nunca se levantaba de la cama sino solo a comer” se la pasaba en la sala siempre mirándome. Me sentía acosada pero no decía nada porque ya me habían advertido que estaba enfermo, haciéndome con las manos el habitual gesto “infantil” para decir que alguien está loco y que no le pusiera atención. Entonces, no quería molestar o sentir que me estaba tomando todo personal.

Las conversaciones con Pilar las tenía en las noches, ella salía muy temprano a trabajar y llegaba hacia las siete u ocho de la noche; entonces, para no perder tiempo en mi ilusión de hacer cuatro historias de vida, durante el día transcribía o hacía llamadas a ver con

quién me podía ver. Gerardo, un sociólogo que trabaja en la fundación SJR, me hizo el puente con María una mujer del barrio Mira Mar. Ella por su actividad comunitaria y los diferentes trabajos que le han salido me expresó que no podría colaborarme con la historia de vida, pero gracias a ella conocí a Natalia, una chica que vive en La Inmaculada y que, según María, su historia de vida iba ser de gran pertinencia para mi tesis.

Llegué a La Inmaculada con Carlos, el taxista que me llevaba a los barrios que tenían fama de ser muy calientes. La conversación con Natalia giró en torno a la llegada de TCBUEN al territorio; La Inmaculada y Santa Fé antes eran casi que un solo barrio, los dividía el monte, que la mayoría utilizaba para cosechar, sembrar arroz, cebolla y tomate; tenían matas de coco y animales para abastecerse o comercializar. Ahora literalmente no tienen nada, lo poco que le quedó a La inmaculada de monte es de un par de vecinos, pues les pusieron de frente al puerto marítimo de TCBUEN. Para Natalia y varias de las personas con las que hablé y viven en barrios con condiciones similares, la presencia de TCBUEN es amenazante, *“ellos tienen un límite, si pasamos nos disparan con tiros al aire para sacarnos de allá”*. Entonces además de que las actividades tradicionales de recolección y siembra se vieron frustradas, también su bienestar y comodidad: *“casi todas las noches las grúas hacen unos ruidos impresionantes, no dejan dormir; más de uno aquí ya sufre de alta tensión y apenas llegaron a montar el puerto varios niños se reventaron los oídos”* (Natalia, comunicación personal, 19 de julio de 2019).

Mucha gente cree, incluso personas que no viven en La Inmaculada, que estas acciones las hacen a propósito para aburrir a la gente y hacer que se vaya. Sin embargo, el problema no radica en que el puerto quiera las tierras y la gente no se quiera ir, sino que no les dan lo que la tierra vale, *“no están teniendo en cuenta nuestras costumbres y lo que vamos*

a perder, el trabajo para adecuar nuestra vivienda acá, lo ven como tierra que no valieran, como si dijeran que lo sembrado ya no vale nada, como si antes tuviéramos que agradecer, dice Natalia.

El territorio en los Terrenos ganados al mar significa toda esa historia de desplazamiento, despojo y apropiación, como he venido diciendo; gran parte de la población que habita allí ha llegado a causa del desplazamiento forzado, los han despojado de sus tierras y llegan a construir a bajamar. Esa construcción significó todo un esfuerzo colectivo por ganarle tierra al mar o abrir caminos en el monte, “*la tierra no estaba así*”, dicen las personas entrevistadas cuando se refieren a todo el trabajo y tiempo dedicado a arreglar la tierra para que la pudieran habitar; así mismo este territorio, no es solo la tierra que pisan, sino también el lugar donde han configurado su vida y experiencias.



Vista desde el centro cultural del barrio La Inmaculada, Julio de 2019.

Aquí se puede ver el muro que separa el puerto marítimo de TCBuen y el barrio, del otro lado está Santa Fé

Cuando comenzamos a hablar sobre el habitar en el barrio, Natalia nunca mencionó sobre el panorama de violencia que se vive allí; antes de salir hacia La Inmaculada, doña Marina y el sacerdote del barrio El Firme que estaba allí, en la casa de Pilar, me dijeron que

era un barrio donde el conflicto seguía latente, que la gente que entraba debía ser conocida porque “*si hay noticias de violencia en Buenaventura son de ese barrio*” según Mauro el sacerdote.

El único problema que se reconocía en el discurso de Natalia era la llegada del puerto; de resto, La Inmaculada era un gran lugar para vivir, y de nuevo empecé a ser eso que tanto critiqué, estaba llevándola a hablar de algo que evidentemente ella quería obviar, mencionó que había estado fuera de Buenaventura durante siete años por que la habían amenazado y no se podía devolver hasta que esa gente se fue del barrio.

Durante este campo no entrevisté a nadie más que a Pilar y a Natalia, entendí que para poder hacer historias de vida necesitaría más tiempo en terreno y por supuesto haber tenido más confianza con la gente, porque nuevamente, hablando con Natalia, volví a la reflexión sobre la necesidad de estas historias en mi tesis, sobre la necesidad de saber por qué y cómo las amenazaron, torturaron o de qué manera se vieron afectadas por el conflicto, por la disputa territorial o por las acciones portuarias.

Pues si bien, encontrar y contar estas historias era uno de mis objetivos de tesis aprobados, fue estando en campo y enfrentándome a las personas que habían tenido experiencias violentas en el conflicto que entendí mi papel, y que al tocar ciertos temas profundos, íntimos y personales, iba abrir una herida que aún no se ha sanado del todo; o falta algo para su reparación (que efectúen las denuncias, penalizaciones, indemnizaciones...) y que por mi rol o mi formación no iba a poder estar en la capacidad de, al menos, no dejar la herida abierta.

En el camino que pretendo construir como antropóloga, el ejercicio de autocrítica y de cuestionamiento debe ser constante, casi que a diario uno debe revisarse los conceptos que aún no se han botado, los prejuicios e hipótesis creadas acerca del campo en cuestión; revisar si aún no se han recogido los conceptos de la gente o si no se han entendido sus ritmos; pues somos resultado de la academia y llegamos a campo, con unas nociones que buscamos reafirmar, confirmar o refutar. Aquí la discusión no la quiero llevar hacia si llegar al campo sin saber nada y ser completamente ingenua de lo que allí sucede, o llegar creyendo que uno ya ha realizado las pesquisas adecuadas y ha averiguado todas fuentes de información posibles, por lo que sólo faltaría ir a campo a ver cómo se comportan estas nociones, hacerlas caber, o hacerlas decir.

Más bien lo que busco es discutir esa metodología planteada para abordar una investigación, en mi experiencia una metodología que dista mucho de ser estática, pero si un poco terca. El adaptarme a la gente, el intentar encontrar sus ritmos, soltar algunos de los tiempos y herramientas que tenía planteadas no fue un gran problema, pero debo reconocer que la idea sobre una investigación seria, que valiera la pena y no terminara siendo sólo un requisito de grado gobernó; esa ambición por querer contar historias del conflicto armado en Colombia, historias sobre mujeres, sobre gente negra, desplazada y discriminada durante años, era porque consideraba que si no tocaba alguno de estos asuntos o a esta población, la investigación iba a ser irrelevante.

Entonces, para este último campo, como ya lo había mencionado, pretendía realizar cuatro historias de vida de mujeres que han sido tocadas directamente por el panorama de violencia en la ciudad de Buenaventura, sobre todo en los *Terrenos ganados al mar*, pensaba completarlas en al menos cuatro semanas, que fueran construidas a partir de conversaciones,

entrevistas, un ejercicio de mapeo y árboles de los sueños. Para realizar esto, habría sido necesario mucho tiempo en Buenaventura y haberme hospedado en la casa de cada una de las mujeres con las que pretendía trabajar.

Pero en el camino se me presentaron varios problemas; uno, había logrado contactarme sólo con Pilar, las otras mujeres que había conocido ya no vivían en Buenaventura, lo último que supe es que Rosa se había ido hacia los lados del Chocó donde tiene familia y Ana se fue para Restrepo Valle, nuevamente. Victoria no volvió a contestar mis llamadas y fue imposible volver a contactarla. Esto implicaba volver a conocer gente, pero por las ocupaciones tanto de Pilar como de Oscar y Mariela, sólo logre hablar con Natalia, del barrio la Inmaculada.

La historia de vida con Natalia estuvo muy limitada por el espacio donde nos reunimos las dos veces que nos vimos y por el hecho que ella no me conocía y no se sentía en la total confianza de contarme su vida. Era evidente cuando se saltaba partes, cuando evitaba nombrar ciertas personas o cuando cambiaba el tema; entonces, el segundo problema fue ese, el llegar de improvisto a la zona, a pesar de que no era mi primera vez en Buenaventura, sí era mi primera vez con ella, nunca me había visto trabajando en algún evento de la comunidad o cualquier espacio que situara mi rol allá. La gente no va a hablar de un asunto que aún está latente y que aún no se ha reparado con cualquiera, y menos si, al hablar, la vida de alguien corre peligro; además exponernos por esta tesis no tenía ningún sentido. Por eso, cuando entendí esta situación, decidí intentar hacer solamente la historia de vida con Pilar, escuchar lo que quería resaltar, estar atenta a lo que no quería decir, buscar con prudencia preguntas y sobre todo oír su historia y lo que quería contar.

Otra de las complicaciones que se me presentaron fue la estadía, como dije estaba cómoda en la casa de Pilar, podía cocinar, hablar con la familia que estuviera durante el día, distraerme con los nietos pequeños o adelantar transcripciones; sin embargo, cuando entraba la noche y Pilar aún no llegaba del trabajo o salía después de “haberme ayudado con la tesis”, empezaba a sentir un poco de temor de estar sola con William. Durante los ocho días me acostaba y me levantaba al ritmo de Pilar, hacia las doce de la noche ella iba a “buscar cama” y a las 6 a.m. en punto se iba a trabajar. Desde esa hora yo permanecía en la cama atenta y esperando a que doña Marina y Sandra se despertaran, para poder prender las luces de la sala, pues las paredes que separan cada cuarto de la casa no alcanzan a tocar el techo por lo que la luz se disipa por toda la casa cuando es prendida en uno de los espacios.

Pensaba estar así dos semanas más, pero entró aquí otra negociación que yo debía hacer en campo. William no era muy tomado en cuenta en la casa, su presencia no incomodaba a nadie sólo a mí, por eso no consideraba correcto decirle a Sandra, la hija de Pilar, que durmiera conmigo el viernes que Pilar salió a un cumpleaños. O decirle a doña Marina que el tío muchas veces mientras yo dormía, en la mañana se levantaba y se quedaba mirándome. No quería incomodar, no quería tomarme nada personal y quería aguantar, no me permitía la idea de irme estando tan “cómoda” y teniéndolo todo.

Sin embargo, el domingo 21 de julio, el día que iba poder dormir hasta tarde porque Pilar iba a descansar, William en la mañana hizo algo que me saco corriendo de la casa, ese mismo día salí a buscar hotel al centro, volví al mismo hotel de siempre y me instalé esa noche, agradeciéndole a Doña Marina, Pilar y Sandra todas las atenciones y molestias causadas, que me tenía que ir porque una de las mujeres me había ofrecido hospedaje en otro barrio; entonces podía aprovechar a realizar otro ejercicio como el que había hecho con Pilar.

Estuve dos días más en Buenaventura, conversando con Natalia, fuimos a los juegos panamericanos en Buenaventura, en el coliseo, y muy temprano en la mañana del miércoles 24 de julio, ya estaba nuevamente en mi casa.

Esta no ha sido la primera vez que me siento directamente acosada, ni Buenaventura es el único lugar del mundo donde me ha sucedido algo por el estilo; a juzgar por las estadísticas, podría decir que lamentablemente he sido la menos acosada dentro de la media de mujeres en Colombia. Pero si fue una razón de peso y suficiente para no “aguantar” más, ni para seguir sintiéndome incómoda; además, con la paranoia que genera vivir en la capital, logré imaginarme y situar algunas de esas historias dónde “el enemigo” está a la vuelta de la esquina, cruzando la calle o en la misma casa.

No estoy diciendo que el tío de Pilar fuera mi enemigo o que tuviera algo en mi contra, yo reconocí su situación y demás, pero decidí irme porque tenía la posibilidad, sé que muchas personas en situaciones aún más incómodas o riesgosas no tienen otra opción más que quedarse. Muchas mujeres en Buenaventura murieron a manos de sus parejas, como lo caracteriza Danny Ramírez en su tesis de maestría *Feminicidios en las economías criminales de Buenaventura: Una perspectiva desde el Territorio y las relaciones de Género*, otras fueron torturadas obligadas a huir, a dejar sus tierras. Sin bien muchas de las actuaciones en contra de las mujeres tienen que ver con el conflicto que se vive en Buenaventura a causa de su posición geográfica, su configuración histórica, la disputa territorial y las dinámicas portuarias, también están atravesadas por ese sistema donde las mujeres somos la propiedad, el objeto sexual o la carne de cañón, el blanco de ataque, el motivo para atacar la honra, la familia y la comunidad en general.

Un sistema que, aún en un panorama de continua violencia en donde una bala, en lo superficial, no discrimina edad, sexo o creencias y puede atacar a cualquiera, las mujeres sienten un temor particular, un temor sobre su cuerpo, sobre el de sus hijas, un temor a verse “mal parqueadas”, por lo que pueden llegar a ser señaladas de andar en malas mañas o denunciando. Y claro, los hombres también sienten miedo de salir y verse mal parqueados, de que los maten, o de verse envueltos en las dinámicas de narcotráfico en el puerto y de tener que dar la cara por ser los “negros y los pobres” cuando los cojen, como me dijo Andrés, unos de los muchachos de Santa Fé con quien hablé.

Pero como me lo explicaron, las mujeres son las que salen a buscar a su muerto, son las que salen a denunciar la violación de su hija, son las que dan la cara, las ven como las más débiles, más si están solas son más vulnerables y es muy difícil que se hagan respetar, y que si una “se hace respetar” debe tener respaldo. Como Victoria, cuando salió a reclamar la ubicación del cuerpo de su hermano, que si no fuera porque era querida y bien conocida en varios espacios de Buenaventura, nadie la hubiera respetado.

El hecho de quedarme con Pilar y su familia me dio una nueva perspectiva del habitar en la ciudad, me dio la oportunidad de observar de una manera más cercana su vida y cotidianidad. Mi participación no fue en el sentido en el que expone Rosana Guber, “de aprender a realizar ciertas actividades y comportarse como uno más” (Guber,2001), a Pilar no la seguía hasta el trabajo. Las dinámicas en la casa durante el día, estaban en manos de doña Marina, ella hacía un poco de oficio, el almuerzo y recibía visitas en la sala. Sandra y los otros dos tíos de Pilar se la pasaban todo el día en sala viendo televisión, almorzaban y hasta la noche se iban a sus respectivas casas. Entonces mi participación, las tardes que no salía, era estar con ellos en la sala, hablando o tomando notas.

La supuesta “disyuntiva positivista” que dice que “*cuanto más participa menos observa y cuanto más observa menos participa, [es una] paradoja que contrapone ambas actividades, confronta dos formas de acceso a la información, una externa, la otra interna*”(Guber, 2001), pierde peso cuando la observación misma es participante, “*Se participa para observar y se observa para participar, involucramiento y observación no son opuestos, sino partes del mismo proceso de conocimiento social. La observación no es del todo neutral o externa pues incide en los sujetos observados, la participación nunca es total a menos que se adopte como cotidianidad*” (Guber,2001).

Concuerdo con la autora sobre todo en esa última frase, la observación no es neutral ni la participación alcanza a ser total. Sin la observación, no sería posible una participación prudente donde se reconozcan los espacios, actividades y tiempos en los que se es bienvenida y en los momentos en los que no. Así mismo, mientras se participa de una actividad, se observan ciertas dinámicas; por ejemplo, el sábado mientras ayudaba a Pilar y a la señora Marina a limpiar el techo que se había llenado de tierra y cemento por la obra de la casa de al lado, pude observar que las labores domésticas sólo estaban en manos de ellas dos, todos los demás, es decir, Catalino, William, y Sandra, estaban cada uno en sus espacios, o por ejemplo si no me hubiera hospedado allá nunca hubiera comprendido lo que significa la escasez de agua y la contradicción que eso significa en un territorio como Buenaventura, que cuerpos de agua tiene de sobra.

Por eso, no podría decir que la observación y la participación son dos partes diferentes de un mismo proceso, y que a veces una antecede a la otra; son el proceso mismo, se observa y se participa al tiempo, pues el silencio y la escucha que implica una observación, también es tomar posición; es decir, también es participar, y cuando se pregunta de manera directa o

el involucramiento es más intenso, se está haciendo una lectura del momento y se decide intervenir.

Ahora bien, lo anterior sería en un escenario ideal en el cual hay una conciencia plena mía como investigadora; sin embargo, debo reconocer que no siempre estuve atenta como para estar decidiendo cómo sería mi paso a seguir, dejé pasar algunas situaciones y seguramente tampoco fui prudente en otras. También hubo espacio a la espontaneidad y la confianza donde temas o momentos que no estaban previstos salieron en medio de conversaciones; por esa razón, concuerdo de nuevo con Rosana Guber, la participación nunca es total a menos que se adopte como cotidianidad.

Parte de este observar y participar fue la escritura en el diario de campo. Como había dicho al principio del capítulo, librarme de la vergüenza de estarlo consignando todo en frente de la gente fue un proceso. En las primeras experiencias de campo que tuve en la carrera, el ejercicio de escritura fue romantizado, tratado de clásico y hasta intrusivo con la vida cotidiana de la gente, cuando alguno de los compañeros más juiciosos y dispuestos al campo sacaban su cuaderno al frente de la(s) persona(s) informante(s), el aire de vergüenza ajena se sentía en todos los otros que preferíamos grabar la entrevista o la historia que estuviese contando.

Cuando fuimos avanzando en semestres, la lección de consignar en el diario de campo fue aprendida por la mayoría; en la clase de “técnicas de investigación” se desató el debate sobre lo que significa un diario de campo para quién investiga y lo que significa para la gente del lugar del campo; ciertas personas decían que sin el diario no había reflexividad y sin esa reflexividad no habría un buen análisis de las situaciones y mucho menos un discernimiento de los prejuicios, preconceptos, hipótesis o estereotipos del investigador o investigadora;

otros coincidíamos en que si bien el diario de campo es una herramienta esencial para trabajar en esta coherencia y reflexividad, no se podía negar que en medio de una conversación también ese elemento podía viciar el hilo o la “espontaneidad” de la misma.

Después de mucho tiempo vine a entender la utilidad y necesidad del diario de campo, sobre todo la utilidad; llegaba al hotel cansada por alguna actividad, una entrevista o por el calor tan asfixiante de esa ciudad, pero lo primero que debía hacer antes de darme una ducha era consignar estas reflexiones de campo, porque antes de que acabara de escribir la primera ya se me habían escapado algunas de mis preocupaciones, preguntas o reflexiones.

En este último de campo no solté el cuaderno, y siempre que podía anotaba lo que se me ocurría así al parecer no tuviera que ver con Buenaventura. No me avergonzaba sacar el cuaderno, porque esta vez ya no iba a tantear terreno, y a hacerme la que no estaba buscando nada, tampoco iba a librar de cualquier vicio o restricción de la espontaneidad una conversación. Esta vez ya había aprendido que el diario de campo hace parte de mi trabajo, que la antropología es un oficio, y por tanto el diario es una de sus herramientas de trabajo, que sacarlo en medio de una conversación hace parte del respeto que le tengo a lo que hago y también hacia lo que me cuenta la gente, porque hago evidente que “eso” que están diciendo está siendo consignado, está generando pensamientos particulares en mí y así, también, les estoy dando la posibilidad de decidir si quieren continuar con lo enunciado, reparar o evitar trascender en ese aspecto.

Estar escribiendo todo el tiempo es nuestro quehacer, y el diario de campo le da ese lugar, donde lo que se escribe después del proceso de sistematización, análisis y producción viene de algún lado, y en el diario están nuestras “capturas”, percepciones e imaginarios creados sobre el campo.

Tengo escrito en el diario de campo el día 21 de julio: “*Buenaventura es un cielo roto*”, no sé realmente si ésta es una expresión coloquial allá o si hace parte de un pensamiento azaroso de Catalino, el caso es que de los ocho días que me quedé allá, al menos durante seis noches hubo tormenta.

El ruido de la lluvia que caía sobre las tejas de metal era ensordecedor, un día me desperté pensando que eran tiroteos, la brusquedad del agua enmudecía a los miembros de la casa; yo, por un momento, pensé que el techo se nos iba a venir encima mientras dormíamos, hacía mucho frío en las noches, lo cual daba un poco de alivio cuando se pensaba en el calor del otro día.

En Buenaventura la relación con el agua es paradójica, allá no hay que fijarse mucho si el cielo está despejado porque casi todos los días llueve y la gente en general disfruta del aguacero, salen en días de jolgorio a bañarse en las calles, tienen el mar ahí mismo y además pasan varios canales y ríos.

Ahora, digo que es paradójico porque la escasez de agua es uno de los grandes problemas por los que la gente de allá lidia a diario y por lo que reclaman constantemente. A pesar de que por ahí hay “recurso” hídrico de sobra, tienen que esperar cada dos días a que les llegue agua potable a sus casas, pero ni así, durante los ocho días que estuve no cayó agua, si no fuera porque Pilar y doña Marina tienen en el patio de atrás varios baldes llenos, no habría posibilidad de cocinar y mantenerse aseado todos los días. Pilar me dijo que cuando a alguna vecina le llega agua, avisa a todos para que llenen sus baldes. Esta agua la utilizan para cocinar, lavar loza y bañarse, para todo lo demás está la lluvia, qué si no fuera porque el cielo en Buenaventura esta roto, hacer aseo, lavar ropa o cualquier actividad que implique agua sería imposible.

Pilar tiene en su casa una alberca para recoger el agua lluvia, en el techo hay un hueco pequeño tapado con una tela pesada roja que recoge la tierra, mugre y demás cosas que vengan con la lluvia y la filtra, lo demás cae en la alberca. Es contradictorio que Buenaventura, una ciudad puerto, al lado del mar y con al menos cinco ríos que la recorren tenga esta escasez. Ser una ciudad puerto la condena entre otras cosas a una costa sucia, contaminada y peligrosa por la afluencia de barcos, lanchas y demás navegables de la región. Los ríos que están por ahí, están contaminados como el Dagua, qué por la ambición de la minería a gran escala le han causado un daño irreversible.



Parte trasera de la casa de **Pilar**, donde están los baldes de agua potable y la alberca que recoge el agua lluvia.

Capítulo 2: La gente de Buenaventura necesita que le quiten los pies de la cabeza

“(…) el agua, egoísta y necia, se niega: dejará a la sed morir de sed, la dejará morir con su nombre escrito en la boca”

Sandra Uribe Pérez

Construyendo el puerto y desbaratando la ciudad

A Buenaventura se le debe mirar con ojos ambiciosos, sedientos de todo lo que se ha configurado como susceptible de ser extraído; cada porción de tierra, cada cuenca, cada salida y entrada al mar, cada cuerpo funciona para construir el desarrollo. Éste se materializó en la cimentación de un puerto que diera vía a los mares del Pacífico y por supuesto también que permitiera la conexión con el Atlántico; irónicamente este desarrollo fue mezquino para la ciudad que se fue configurando a su alrededor, negó a las personas que lo hicieron posible y las ha dejado morir con el sabor amargo de su nombre escrito en la boca. ¿Una Buenaventura para quiénes?

Según Aprile la comunidad asentada nunca ha sido la preocupación en esta región del país, sino el proyecto portuario y su papel articulador con el comercio internacional, “Nada resulta más aleatorio que buscar sin pistas, una fundación que no tuvo lugar e indagar una ciudad que no existió, ni jurídicamente ni físicamente (SIC); sin decretos ni muros” (Gniset, 2002).

Si bien uno de los propósitos de este capítulo es ubicar la problemática que viven las mujeres en los Terrenos ganados al mar mediante la contextualización histórica y geográfica del territorio, no pretendo analizar de manera precisa la historia del puerto y de la ciudad, para esto varios autores como Gilma Mosquera y Jacques Aprile Gniset, han generado toda

una literatura sobre la génesis de esta ciudad, por lo tanto, lo que convoca en este momento es dar cuenta de las circunstancias, contextos e intereses que fueron consolidando lo que actualmente es Buenaventura para algunas mujeres habitantes de los Terrenos ganados al mar.¹⁰

Durante los tiempos de la conquista y la colonia, el puerto de Buenaventura era el único en el país sobre el mar del sur, la Gobernación de Popayán dependía de éste para la conexión con Panamá y España; así mismo, la presencia de las minas en el Chocó, hicieron del puerto un “lugar de paso” y control obligado.

Adentrándose por el río San Juan se transportaba el oro dirigido a las cajas reales de Cali y Popayán; también se enviaban las provisiones de carne, tabaco, aguardiente y miel para alimentar a las gentes de las minas.

Tiempo después los grandes “navegables” fueron requiriendo nuevas técnicas y espacios, por lo que el puerto se trasladó de los ríos Dagua, Anchicayá y Raposo a la zona de la bahía, la parte occidental de la Isla Cascajal, en Buenaventura (Díaz, 2015).

Ahora bien, aunque el puerto fue y sigue siendo el principal contenedor de mercancías y dinero de la región, este se sostuvo por muchos años gracias al ferrocarril del Pacífico. Esta



¹⁰ Los terrenos ganados al mar o barrios Bajamar como se les conocen institucionalmente son “el lugar” de análisis en el presente trabajo; por lo tanto, el concepto será desarrollado a lo largo del capítulo.

estructura también fue importante en la consolidación de un sistema de transporte y comunicación para el comercio, se creó durante la mitad del siglo XIX y el siglo XX, pero debido a las complejidades geográficas y sociales retardaron su progreso y también el del puerto; fue entonces, hasta 1903 con la separación de Panamá, que el Puerto de Buenaventura se consolidó como el puerto nacional del Pacífico, convirtiéndose en un “*foco de presión comercial para el país*” (Moreno, 2013).

Treinta años después construyen el muelle Rengifo, por allí se importaba la maquinaria para los ingenios azucareros que estaban en pleno apogeo en el Valle del Cauca, pues con la llegada de los liberales a la presidencia se inicia un nuevo proyecto político que causó grandes transformaciones sobre todo en el campo económico, este proyecto fue el modelo de “*industrialización por sustitución de importaciones*” que pretendía un “*desarrollo desde adentro*” para permitir la inserción de Colombia a la economía mundial, esto mediante la importación de maquinaria como también la exportación y comercio de agrocombustibles como el azúcar.

Ahora bien, Moreno explica que estas intenciones económicas respondían a una coyuntura global que estaba influenciando radicalmente las políticas y medidas tomadas al interior del país; lo ocurrido después de la segunda guerra mundial, es decir, la confrontación entre La Unión Soviética y Estados Unidos, desató un fuerte ejercicio militar, por parte de este último, con el objetivo de contener los aires comunistas de la Unión Soviética, en algunos países de América Latina y África.

En ese escenario, la ubicación de América Latina favoreció los intereses geopolíticos de Estados Unidos y su naciente necesidad de fortalecer su industria de guerra y control de

las políticas internas. Por ello, una de las estrategias de esta nación para mantener a Colombia como aliada fueron las misiones del Banco Internacional o las realizadas por CEPAL¹¹.

En estas se definió a Colombia como una “nación periférica” caracterizada por una economía basada en la producción de materias primas; entonces, para lograr el pretendido intercambio comercial con el exterior, el Estado colombiano debía intervenir en todos los sectores productivos, pero sobre todo en el agrícola.

Los cultivos de “pancoger” (plátano, cacao, frijol, yuca) fueron sustituidos por productos agropecuarios que sirvieran como insumos industriales y a su vez respondieran a las necesidades de fortalecimiento industrial que requería Estados Unidos y otras naciones europeas para sufrir La Guerra Fría e importar la maquinaria para América Latina. (Moreno, 2013)

En la región del Valle del Cauca, la integración económica se dio principalmente mediante la producción de café, leche y caña de azúcar. Por su parte, Buenaventura sólo servía en esta relación de producción como el medio de comercialización, pues los suelos en esta región del Pacífico tienen un bajo nivel de fertilidad, son tierras de selva tropical y por eso no son aptas para los cultivos agroindustriales.

Por eso, en medio de este proyecto modernizador colombiano surge, en 1959, Colpuertos, en la ciudad de Buenaventura; la estratégica posición del puerto reducía considerablemente los costos del transporte y el tiempo para las exportaciones e importaciones, lo que favoreció a la producción del país, sobre todo a la ciudad de Cali en el avance de su producción azucarera y desarrollo no sólo en materia económica, sino también

¹¹ Comisión Económica para América Latina y el Caribe

a nivel social y educativo, pues el surgimiento de la Universidad del Valle y de la Corporación Autónoma Regional del Cauca se dio con el fin de tener laboratorios de investigación de nuevos productos, alimentos y técnicas para el tratamiento del agua y los suelos (Moreno, 2013).

En todo caso, Colpuertos comenzó a representar la principal fuente de financiación de toda la infraestructura portuaria, esto atrajo a mucha gente que migró desde la parte rural del municipio de Buenaventura o de otros lugares del Pacífico a la ciudad. Quienes llegaron tenían altas expectativas frente a una buena remuneración, a una gran demanda de mano de obra y por la promesa de otros beneficios que luego se hicieron imposibles para toda población que estaba trabajando en “Puertos de Colombia”, es decir, Colpuertos.

Según Díaz (2015), esta migración fue generando una población flotante¹² y desempleada; varios gremios de empresarios se vieron afectados por los altos costos en las tarifas de los servicios prestados por la empresa; el reconocimiento del trabajo de la gente que derivaba sus ingresos del puerto o de las actividades complementarias se hizo insostenible, todo esto desató indignaciones en los trabajadores, por lo que distintas organizaciones sindicales comenzaron a reclamar pagos justos; no obstante, **don Jacinto** cuenta cómo en 1965 comenzaron los despidos de trabajadores:

[...]comencé a trabajar en Puertos de Colombia como adicional y hoy me duele porque le decían a uno que le pagaban seguridad social y nunca la pagaron. Puertos de Colombia se acabó en el 93-94 cuando fue Gaviria presidente, y ahí lo privatizaron.

¹² Los estudios urbanos definen la población flotante como la ocupación transitoria de la ciudad, por parte de multitudes, esto hace repensar a los estudios urbanos la planeación del espacio, la infraestructura o equipamiento para ofrecer los servicios necesarios (Panaia,2010).

Y ahora es Sociedad Portuaria. Yo hace 20 años que me retire, porque no pagaban y ponían a la gente a aguantar hambre, y yo con las injusticias no voy. Logré hacer que me pagaran y con esa plata monté un puesto de helados. (Don Jacinto, comunicación personal, 18 de septiembre, 2018)

Hacia los años sesenta y setenta este modelo de “desarrollo desde adentro” comenzó a quebrantarse, las empresas que se le habían creado para este propósito fueron agotando sus recursos y por tanto debían ahorrar en número de empleados. Años más tarde con la elección de César Gaviria como presidente en los 90, la situación se hizo más crítica. Las decisiones de su mandato significaron, entre otras cosas, un agotamiento en la producción nacional, por lo tanto, el presidente propuso liquidar Colpuertos y crear Sociedades Portuarias; con esta acción, más de 2.500 trabajadores quedaron sin empleo. (Arboleda, 2004, pág. 125)

Don Jacinto, un habitante del barrio La Cima, que lleva más de 20 años defendiendo los derechos de las personas en Buenaventura, comenzó con la defensa al derecho a la salud después de salir de Colpuertos. Mediante su trabajo en Ensanar, se enfrentó a una cruda realidad, *“la gente se estaba muriendo por falta de un carnet o porque les ponían trabas en el hospital”*.

El sistema de salud de Buenaventura era y sigue siendo mísero; no hay infraestructura ni condiciones adecuadas para atender urgencias; don Jacinto se dedicó a *regalar su tiempo* y a conseguirle carnets de sisben a todo el mundo. Aquel trabajo le permitió acercarse a barrios en duras condiciones que además de no tener acceso a la salud, tampoco tenían educación o viviendas en buen estado; sin embargo, hacia el año 2002 tuvo que dejar este proceso para enfrentarse a los que lo quieren sacar de su territorio.

La Cima es un barrio que se construyó “*abriendo camino*” hasta arriba de la montaña, o, más bien, fue una calle del barrio El Bosque, un territorio levantado por “*colonos pobladores*”, es decir, la gente que fue llegando, derrocando, construyendo y sembrando, haciendo propio este espacio de la montaña. Don Jacinto cuenta que la defensa y lucha por no “*dejarse sacar*” fue desde que un empresario de Sociedades Portuarias llegara a reclamar la propiedad de más de 40 hectáreas, cubriendo todo lo que comprende La Cima.

Pueden ser muchas las razones por las que un empresario demuestre interés sobre estas tierras, pero lo que él y otros miembros de la comunidad aseguran, es que estos terrenos pueden servir a la expansión portuaria como parqueaderos o espacios para los contenedores de carga, por lo que su despojo se hace necesario.

La liquidación de Colpuertos dejó un porcentaje de población flotante aún más alarmante de lo que había generado su construcción, la mayoría de familias quedaron sin sustento, ahora los desempleados comenzaron a buscar oficio en “*otros campos*” y las mujeres, según don Jacinto, empezaron a involucrarse en la prostitución y los hombres en el tráfico ilegal.

Con la privatización del puerto llegaron nuevos empresarios y trabajadores portuarios que desplazaron a la comunidad que se había asentado allí o como lo diría Achille Mbembe (2016), los convirtieron en “*nómadas del trabajo*”, en negros que ya no eran necesarios para el desarrollo portuario y dejaron de ser “*explotados por el capital*”. Y esa comenzó a ser una de las tragedias que antecede la situación actual de Buenaventura: El desempleo y “*los oficios otros*” que comenzaron a operar allí.

Situación Política y social de Buenaventura desde una historia reciente

Hasta ahora vemos que la imagen más visible de Buenaventura desde el principio es un puerto que por su posición “geoestratégica” juega en doble vía según las intenciones de los diferentes actores que se ven involucrados en sus dinámicas. Díaz (2015) manifiesta que este doble rol es “marginal y estructural”; marginal, porque la costa pacífica está del lado occidental de la cordillera, posición que la aleja aún más del interior del país; además, las precarias vías de acceso o de formas de comunicación adecuadas hacen de Buenaventura una ciudad al margen de las decisiones y de los beneficios que asegura el desarrollo. Y es estructural en la medida en que la posición geográfica de la región sólo ha servido a los intereses de conexión con el exterior,

[...] no es la ciudad que se conecta con el país, si no el puerto el que se comunica con los grandes centros de consumo [...] es la metrópoli regional, punto de referencia para el comercio y conexión hacia otras poblaciones del Pacífico (Díaz, 2015, pág. 76)

Mapa 3. Buenaventura, puerto marítimo internacional sobre el océano Pacífico



Fuente: Centro Nacional de Memoria Histórica.
Buenaventura: un puerto sin comunidad. Bogotá, CNMH, 2015.

Ahora, lo que sucede al interior de la ciudad es otra cosa. Con la construcción de la Avenida Simón Bolívar la comunicación de los habitantes cambió. Esta vía que atraviesa toda la ciudad, permite el acceso directo a la zona portuaria y además conecta las dos zonas que constituyen la ciudad, la insular o también llamada Isla Cascajal y la zona Continental; alrededor de esta vía se fueron asentando las poblaciones que llegaban a través de los ríos a la parte urbana de Buenaventura, las razones de su desplazamiento son muchas, unas responden a la demanda de trabajo, otras, a los efectos del conflicto armado y otras a la necesidad “probar suerte” en nuevas tierras.

Por los lados del río Naya, del Raposo o del Río Dagua vivía gran parte de la gente que llegó a sumar población a Buenaventura; su comunicación y formas de vivir el territorio distaban mucho de las dinámicas urbanas pues, aunque cada lado de la cordillera está densamente cubierto por un inmenso sistema arbóreo del cual nacen o recorren cuerpos de agua; esto no siempre ha significado marginalización o necesidad de una vía recta y directa para conectar. Aquí los ríos y montañas son los caminos de familias que han generado relaciones fuertes de parentesco que permiten el alimento, la tierra, y el intercambio.

Los ríos, quebradas, manglares, selvas y el monte son en esta parte del Pacífico colombiano las vías principales de las gentes y de los “productos” con los que interactúan (entiéndase por estos el agua, los animales de mar, madera, yerbas, plantas, etc.), hay quienes llaman a estos caminos como una “red de comunicaciones del litoral” en la cual hay un lenguaje entre el agua y/o la selva y los seres que los transitan; se requiere un conocimiento detallado de las dinámicas del mar, del transcurso de los ríos y quebradas, de la influencia de la lluvia, de las condiciones climáticas, y demás aspectos al “momento” de la caza, de la faena, o de la recolección de madera, frutos o vegetales.

Todo esto, cuenta Johan, que era lo que se hacía hace mucho tiempo “por el río Naya”, “la mano cambiada” era lo que permitía el intercambio de productos; por ejemplo, unos ofrecían pescado por madera; tiempo después empezaron a llegar cosas desde la ciudad de Buenaventura, llegaban productos que, por lo general, sólo se conseguían allá y se intercambiaban. Johan, desde que salió del Naya en el 2001 no ha vuelto; sin embargo, asegura que mucha gente sigue yendo a la parte rural y traen cosas de allá para acá.

Si bien el presente trabajo de investigación no está encaminado a desarrollar un análisis detallado de las prácticas de intercambio, de cacería y pesca dentro de esta región, o de la relación que han tejido con los ríos y el mar, considero que para entender estas relaciones también resulta importante saber cuáles eran esas prácticas de la gente antes de llegar a habitar los terrenos urbanizados, porqué lo hicieron de esa manera, y los motivos por los cuales han hecho de ese lugar geográfico su territorio.



Foto propia tomada en la calle “las piedras cantan” en el barrio Viento Libre, septiembre del 2018.

Odile Hoffman (2002) habla de comunidades riverseñas, es decir, personas que han configurado alrededor de los ríos su espacio y comunicación con los otros; el “universo de los ríos” se constituye en relación con la vida social que permite este sistema; las prácticas de intercambio, de caza, pesca o recolección dependen de las relaciones y de los ríos.

Por ejemplo, la gente que fue migrando de lo rural hacia la Buenaventura urbana e hicieron de este su entorno vital, el lugar dónde se establecieron y continuaron con esas prácticas rurales, configurando lo que se conoce como campo-poblado:

Es decir “gentes que vienen de las costas, y venimos a poblar la ciudad, todo esto que usted ve alrededor, la papachina, el plátano, la yuca, el coco, que los ombligados, que la partería, todo eso no estaba antes y la gente del campo trajo todo eso después, la gente de acá comenzó con la minería, la agricultura, la pesca. Por eso los que estamos

acá somos colonos pobladores o hijos de colonos pobladores.” (Don Jacinto, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

Los colonos pobladores fueron entonces las personas que se quedaron en Buenaventura continuando con esas prácticas tejidas en las zonas rurales y aunque estas no siempre signifiquen volver a asentarse al lado del agua, responden a esas intenciones de conservar las relaciones parentales que se habían gestado antes; don Jacinto cuenta que él llegó a La Cima por un tío y con él llegaron, también, su madre y hermana, cada una a construir su vivienda, colonizando y poblando, pero todos como familia en una misma cuadra.

Llegaron a hacer lo que también hacían allá, *el trueque o mano cambiada*, a cortar madera, ya fuera para abrir monte y hacer sus viviendas o de polineros (cargar la madera y venderla); sin embargo, respondiendo al cambio que significó poblar bajamar, mucha gente actualmente está trabajando ocasionalmente en los puertos, vendiendo chances o haciendo rifas.

Entonces, esta noción de ribereño no es común encontrarla en la gente, lo que los mueve en estos momentos no es el universo de los ríos, sino la urgencia de permanecer en unos territorios que se le han ido ganando al mar o a la montaña, rellenado o abriendo caminos. Por lo que, como bien lo desarrolla Hoffman, esta configuración socio-espacial de “dispositivo fluvial ribereño” responde también a un “ideal típico” de las comunidades negras rurales del Pacífico, que están muy definidas en lo constitucional y legislativo, pero que en la vida práctica no operan o no tienen el alcance de defensa y derechos sobre los territorios.

Con la ley 70 nacen las “comunidades negras”, bajo esta categoría las poblaciones rurales y ribereñas del Pacífico colombiano comienzan a ver los frutos de sus reivindicaciones históricas, se les otorga el derecho de reclamar títulos colectivos sobre sus territorios ancestrales que hasta 1991 fueron denominados terrenos baldíos por el Estado. No obstante, estas categorías de “rurales, ribereños y del Pacífico” no responden a las condiciones de toda la población negra, sólo un porcentaje vive en esta región del país y pocos en las zonas rurales o ribereñas (Hoffman, 2002) . Por lo que éstas características son lo bastante fijas como para desatar polémicas frente al imaginario homogéneo de la gente negra y como para desarrollar conflictos internos entre comunidades que empiezan a disputarse la propiedad de un mismo territorio.

Ahora bien, el concepto de comunidad negra abordado por la Corte constitucional en la sentencia T-422 de 1996, determino que:

“[...] una comunidad negra **existe independientemente de una base territorial urbana o rural determinada** (...) la población afrocolombiana está compuesta por hombres y mujeres con una marcada ascendencia (lingüística, étnica y cultural) africana. Los y las afrocolombianos (as) son algunos de los descendientes africanos y africanas (...) que llegaron al continente en calidad de esclavos.

“(...) **La población afrocolombiana incluye una gran diversidad cultural y regional**, que incluye a la población afrodescendiente de los valles interandinos, de las costas atlántica y pacífica, las zonas del pie de monte caucano y la zona insular caribeña. Además de las comunidades afrocolombianas palenqueras y raizales”(Ministerio de Cultura república de Colombia).

Aunque con esta sentencia se desestima el “ideal típico” de estas poblaciones y se reconoce su diversidad, en la práctica parecen operar las nociones estáticas de lo que significa ser perteneciente a una comunidad negra, en donde la propiedad de la tierra en este caso, se otorga por el carácter étnico de los reclamantes, por lo que algunas comunidades de Buenaventura se han organizado para reunir todos los elementos que les permitan gozar de estos derechos sobre las tierras que habitan, buscan definirse como una comunidad negra, que es descrita en lo institucional como un

conjunto de familias de ascendencia afrocolombiana, que poseen una cultura propia, comparten una historia y tienen sus propias tradiciones y costumbres dentro de la relación campo-poblado, que revelan y conservan conciencia de identidad que los distinguen de otros grupos étnicos” desarrollando además “prácticas tradicionales de producción”. (Ley N° 70,1993)

Pero, entonces, estas definiciones se vuelven problemáticas en la vida práctica de la gente por varios aspectos; en primer lugar, como lo denotó Hoffman, no toda la población negra está enmarcada en lo que se supone son las comunidades negras sujetas de esta ley, o sea no todas son “rurales, ribereñas del Pacífico”. En segunda media, porque establece unas características con una “dimensión cultural” específica que no asume los estados, cambios y condiciones que actualmente está viviendo la gente negra; no es claro el lugar de las nuevas prácticas productivas fuera de las técnicas tradicionales agrícolas, de minería, de caza, pesca o de recolección de productos naturales. Y en este sentido precisa una “carga étnica” sobre lo que es ser una persona negra y sujeta de los derechos que enuncia la ley en Colombia.

Parte del problema en Buenaventura no es sólo la propiedad de la tierra, sino la garantía de que puedan construir territorio; es decir, que allí puedan desarrollar las prácticas

que les permiten la vida, que se puedan mover libremente y tengan garantizado al menos lo mínimo esencial, y esto pasa por el derecho de tener tierra y poder construir territorio. Por eso, a pesar de esta ley y sus limitaciones, mucha gente se ha tenido que armar de argumentos para que no los saquen de las tierras que tienen habitadas.

Este es el caso de los “Terrenos ganados al mar” en Buenaventura. A estas tierras se les conoce institucionalmente como “barrios bajamar”, terrenos que *“se encuentran cubiertos por la máxima mar y quedan descubiertos cuando está baja”* (artículo 167 del Decreto Ley 2324 de 1984).

Esta situación ha sido aprovechada por gentes de Buenaventura, que con escombros y sedimentos han rellenado el suelo y han construido allí sus viviendas.

En Buenaventura la mayoría de barrios han sido constituidos de esta manera; incluso varios han tenido intervención estatal para mejorar sus condiciones. Por ejemplo, por la calle “Las Piedras Cantan” del barrio Viento Libre estuve caminando toda una mañana. Apenas se cruza la entrada al barrio el suelo deja de ser pavimentando, la calle que parece de barro ha sido parte del relleno informal de los vecinos de hace años y también del alcalde, que gracias a la acción comunitaria, comenzó a llevar relleno a este barrio construido sobre la marea. Antes de ese relleno había puentes de madera, tan endebles que un paso en falso era mortal, según **Ana**, *“muchos niños murieron ahogados porque el mar sube muy alto, o se caían entre los huecos del puente”*.

Estos terrenos se han ido ganando ancestralmente al mar, y muchos han sido los recursos empleados para esta actividad que no consiste en reunir escombros y basuras y ya.

Por ejemplo, Victoria cuenta que desde que tenía como unos siete años comenzó a ayudarlo a su mamá con el relleno o a echar balastro:

[...]nos poníamos, botas, guantes e íbamos acumulando los costales y como eran casas palafíticas, en los horcones de la casa le colocábamos tablas hasta el piso de la casa. Luego después para que no hubiera ninguna epidemia, ninguna infección, echamos aserrín, y después barro y encima del barro le echábamos balastro (piedra, arena) y ya, ahí algunas personas fueron construyendo su casa de materiales, y poniendo negocios (...) (Victoria, comunicación personal, 20 septiembre de 2018)



Foto propia tomada en el malecón Bahía de la Cruz, Buenaventura 2017

Duraban varios días relleno y construyendo, después tardaron varios años para conocer los ritmos y dinámicas que una construcción así requiere; por eso, para la

construcción tanto de los puentes, calles rellenas o nuevas casas tenían en cuenta las temporadas del mar, cuando el agua sube hasta los puentes o calles rellenas le llaman *la puja* y cuando el agua sube, pero no tanto es *la quebrada*. En su mayoría, construyeron en tiempo de quebrada, pero pensando siempre en la puja e imaginando hasta donde podía tocar el mar los largos palos sobre los que construyeron las casas.

El habitar en estos barrios podría relatarse a partir de varios momentos, apenas se comenzó a poblar la línea costera por las gentes provenientes de río, los *Terrenos ganados al mar* eran casi una extensión de los otros territorios del municipio de Buenaventura. Como se ha venido diciendo, la gente de Anchicaya, Raposo o López de Micay, por nombrar algunos de los pueblos y veredas, seguían reproduciendo las prácticas del campo, además entraron a compartir con los antiguos pobladores de la Buenaventura urbana en las fiestas y ceremonias celebradas en la ciudad.

Un espacio recurrente para el encuentro fueron las calles, aquí la gente salía y aún sale a bañarse con el aguacero, a compartir comidas y celebraciones entre los vecinos, realizar reuniones comunitarias y por supuesto para celebrar las fiestas patronales de “San Buenaventura”; más o menos así era el escenario de la ciudad, sobre todo en las épocas de feria y gozo, cuenta Deisy la prima de Pilar cuando estábamos en la sala hablando y lamentando que ese año (2019) no se celebraron las fiestas patronales por razones de orden público.

El escenario de los *Terrenos ganados al mar* cambió radicalmente con la llegada de los grupos armados, primero las FARC y después de los paramilitares, que coincidieron con la llegada de TCBUEN a bajamar, razón por la cual es muy común oír que los portuarios contrataron con los paramilitares para proteger y asegurar el desarrollo del puerto.

Con la llegada de estos tres actores la cotidianidad en la ciudad de Buenaventura en general cambió radicalmente. Aquí la noción de seguridad se transformó, para algunas personas era muy problemático entrar a su propio barrio. En bajar, las balaceras eran parte de lo que ocurría durante el día, comenzaron a marcarse ciertos sitios prohibidos, lugares donde torturaban a los “sapos”. Además, las personas debían decidir bien por dónde transitaban, en especial las mujeres y los jóvenes que debían cuidar su andar y con quienes se relacionaba para no quedar fichados.

Para varias mujeres de bajar esta ha sido una lucha también con su cuerpo, ya sea porque ellas mismas decidan interactuar por medio de este vehículo con quienes representan una amenaza para ellas o sus familias, o también con el que salen a denunciar, a buscar cuerpos, a buscar pistas o a reclamar y por esta vía quedar expuestas; sin embargo, en Buenaventura también está otra situación, en la que los actores que afectan la construcción de su territorio utilizan sus cuerpos como una forma de acción en contra de la comunidad.

Aunque para el momento esta reflexión sobre el cuerpo resulta pertinente, me parece imprescindible ahondar en esta noción en el siguiente capítulo, buscando que también sea la oportunidad de revisar esas distorsiones que puede haber entre las subjetividades de las mujeres frente a sus cuerpos, y las pretensiones de estos por parte de quienes atentan contra ellas; también para hablar sobre lo que resisten y lo que hacen desde sus cuerpos, siendo mujeres racializadas y puestas en condiciones de desigualdad, en un lugar absolutamente hostil y violento.

Evidentemente, este trabajo de investigación recae en esa preocupación por reconocer eso que se hace con las mujeres, lo que se hace con sus cuerpos y, por supuesto, lo que ellas hacen para construir territorio. Aquí se intenta denunciar las afectaciones a ciertas mujeres

de bajar; toda la documentación, revisión de noticias y todo ese trabajo de archivo que me permitió acercarme a este tema; pues, como lo expuse en el anterior capítulo, llegar a estas historias implicaba un trabajo emocional responsable y acertado, el cual no me sentía en la posición de asumir; así mismo mi condición de estudiante, en algunos casos investigadora, y de mujer ajena al territorio me situaban muy lejos de las realidades de las mujeres con las que compartí.

Las conversaciones y demás acercamientos me permitían comprender algunas de sus situaciones y las dinámicas a las que estaban inmersas, podía imaginar los escenarios narrados, pero lo cierto es que yo no habité ninguno de estos barrios, y las experiencias relatadas no las compartí en ningún caso, el acercamiento fue por medio de las entrevistas, las actividades que acompañé en diferentes momentos y por la búsqueda de fuentes y bibliografías que dibujaran un poco el panorama de bajar.

La casa de Pilar, el lugar donde me hospedé la última vez, queda en el barrio El Firme, que no es ganado al mar, pero aun así, tiene ciertos rezagos de la violencia que sobrevivieron en una época. Todas las tiendas que alcancé a contar en el barrio, unas seis, están cercadas con una reja grande de techo a piso, hay una calle por dónde es mejor no cruzar, porque se sabe que venden droga y por ahí se reúnen los jóvenes a “meter vicio”. Además, como lo resalté en el primer capítulo, la prudencia y el no meterse en asuntos ajenos, dejó a una comunidad silenciada, que no pregunta mucho, y prefiere no mostrar curiosidad por los otros.

Ahora, volviendo a los barrios de bajar, lugar donde se ubicaban la mayoría de escenas del crimen en la ciudad, también presentan un cambio abrupto en la cotidianidad; las operaciones estos tres actores (instituciones del estado, agentes portuarios y actores armados), que, aunque diferentes y con intereses encontrados, lograron establecer un control

social y territorial en la zona, que atrajo a una nueva entidad que llegar a ejercer otro tipo de territorialidad en las zonas, la iglesia.

Por ejemplo, en el barrio La Playita, la comisión intereclesial creó el “Espacio humanitario puente Nayero” para establecer medidas de protección y aseguramiento en esta zona de conflicto; sin embargo, la presencia de la iglesia, y de las distintas fundaciones que buscan la protección de los derechos humanos en Buenaventura, no ha sido suficiente como para mermar la amenaza latente de vivir allí.

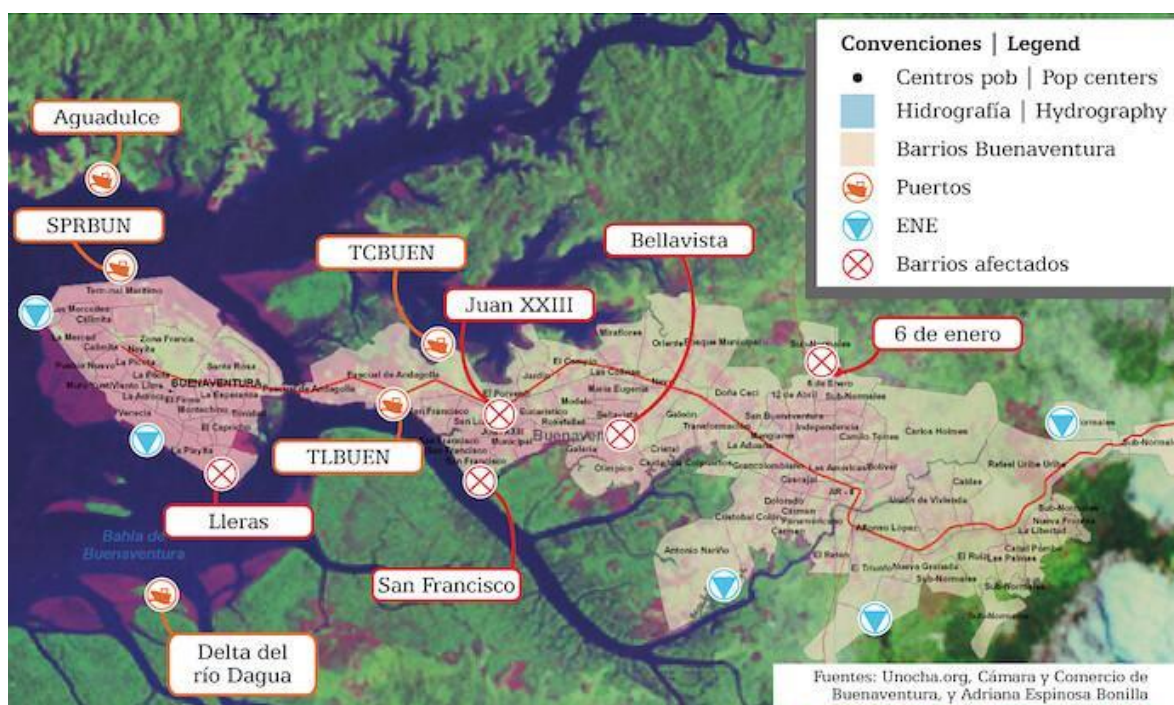
Los actores portuarios e instituciones públicas han adelantado procesos desde hace años para potencializar la plataforma portuaria. Entonces, en este contexto la ocupación de estos terrenos resulta ilegal, según el proyecto de ordenamiento territorial de la ciudad.

El Decreto de ley 2324 de 1984, define a este territorio como “Bienes de Uso Público” y en consecuencia a las personas que viven allí no se les otorga títulos de propiedad; según la Dirección General Marítima, DIMAR los Bienes de uso público son *“una extensión de terreno o espacio territorial cuyo dominio pertenece a la república y su uso o aprovechamiento pertenece a todos los habitantes de un territorio”* (Ministerio de Defensa nacional: dirección nacional marítima , 2013).

Son intransferibles a los particulares y su uso depende de concesiones, permisos o licencias otorgadas por la DIMAR como representante de la nación. Por lo tanto, según esta medida, ni el alcalde puede disponer de estos bienes, ni tampoco los habitantes de “bajamar”. Entonces, por su calidad de terrenos baldíos, los habitantes de estos barrios figuran como ilegales e invasores, situación que ha provocado problemas de inseguridad, despojo y también en torno a su tenencia y aprovechamiento. No hay claridad en la condición legal de

los terrenos, lo que hace que la inversión pública allí puede ser carente o nula; así mismo, ésta condición de uso público ha causado conflictos entre la DIMAR y las comunidades, pues éstas argumentan que se les debe reconocer el proceso de “recuperación de tierras al mar” que desde hace más de cincuenta años vienen transformando significativamente la morfología de la ciudad, en especial de la isla” (Gobernación de Buenaventura, 2014).

Detrás de todas estas denominaciones hay unas fuertes intensiones de despojo y apropiación. Como es obvio, los *Terrenos ganados al mar* están por toda la línea costera de la ciudad; entonces, los que se encuentran en la Isla Cascajal se cruzan de frente con los megaproyectos portuarios, que llegan a ser al menos cinco en esta parte de la ciudad: Sociedad Portuaria Regional de Buenaventura, Terminal de Contenedores de Buenaventura S.A (TCBUEN) Grupo Portuario S.A, Sociedad Portuaria de Cementeras Asociadas S.A (CEMAS) y Puerto de Agua Dulce.



Fuente: Mayora, S Dinámicas del desplazamiento forzado de comunidades afrodescendientes en buenaventura: corredores estratégicos entre la legalidad y la ilegalidad. [Mapa]. Recuperado de <https://www.arcoiris.com.co/2017/06/buenaventura-corredores-estrategicos-entre-la-legalidad-y-la-ilegalidad/>

Sus actividades y concesiones son supervisadas por el Ministerio de Transporte, y todas las actividades marítimas están bajo el manejo de la DIMAR, Dirección General Marítima, del Ministerio de Defensa. El suelo de expansión de los puertos que estén por fuera de la línea costera requiere planes parciales y licencias ambientales; así mismo, la infraestructura portuaria requiere licencias de construcción y licencias ambientales otorgadas por la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales; sin embargo, las consideraciones para otorgar estas licencias no son lo suficientemente estrictas como para ser negadas. (Gómez, 2017).

Aun así, para los actores portuarios, los habitantes de bajamar significan un tropiezo para las intenciones de expansión y ampliación de la infraestructura en toda esa línea costera, “invaden” una parte de la isla que siempre ha sido pensada para el desarrollo portuario y no para la gente que ha ido construyendo ciudad. Entonces, en este escenario tanto los habitantes de “los Terrenos ganados al mar” como los agentes portuarios comienzan a buscar una serie de argumentos o estrategias para poder obtener derecho sobre los terrenos y llevar acabo sus necesidades e intereses.

Algunos de los argumentos recogidos tienen que ver con el carácter geográfico y técnico de los suelos, por ejemplo, es común la referencia a los terrenos bajamar como *“rellenos tecnificados resultado de la ampliación del puerto en la parte norte de la isla y rellenos informales, poco tecnificados, resultado de la expansión de la vivienda sobre terrenos de bajamar rellenos con escombros”* (Díaz, 2015, pág. 55). Desde esta postura

“científica” se explica que durante la marea estos suelos son inundables y por lo tanto no urbanizables, susceptibles al fenómeno de licuación del suelo, por lo que vivir ahí resulta un riesgo para los habitantes.

Si bien este puede ser un argumento real y preocupante para las gentes de los Terrenos ganados al mar, estas afirmaciones poco favorecen los derechos de permanencia y mejora del territorio y en cambio, fortalecen las presiones que hay detrás de estos terrenos que gracias al relleno “tecnificado” pueden servir a los proyectos de expansión portuaria. Así mismo y reconociendo una de las críticas más comunes al Plan de Ordenamiento Territorial de Buenaventura, la situación de estos terrenos no es clara, pues se habla de la reubicación de la gente hacia territorios urbanizables, aunque, en concreto, no se sabe a cuáles ni en qué condiciones.

Además, muchos habitantes de estas zonas afirman que más que un problema técnico o topográfico, que ya muchos barrios tienen manejado, es un asunto de despojo y control de estos territorios que también sirven como corredores de tráfico y escape para “los otros” es decir, miembros de las FARC o Paramilitares, que tienen bastante injerencia en la zona.

Lo que sí resulta claro es que el territorio que es hoy Buenaventura no sólo es geográfico o económico, que si bien fue pensando como un punto estratégico para el comercio, el intercambio y el tráfico de todo tipo de mercancías desde los tiempos de la colonia hasta hoy; también es un territorio socialmente constituido; con el desarrollo del puerto fue inevitable el desarrollo de una ciudad que se fue configurando alrededor y a su servicio. El poblamiento y las costumbres de la gente que fueron llegando, transformaron la morfología y el sentido del lugar, es decir, las experiencias e interacciones colectivas de los

y las bonaverences, le imprimieron al espacio una *carga emocional*, un *espíritu* que va mucho más allá de la mera *localización* o su *funcionalidad* (Ramos de Robles; Feria Cuevas, 2016).

Entonces, una mirada hacia este lugar no se reduce hacia la localización geográfica sino hacía una localización social y “ontológica”, en donde los conceptos como “*afiliación, identidad, pertenencia, apego, vínculos, experiencias, todos ellos en, desde, dentro y hacia el lugar habitado*” (Ramos de Robles; Feria Cuevas, 2016) cobran una especial importancia teórica, y sobre todo práctica en los “Terrenos ganados al mar” en Buenaventura.

Pero para los “agentes del capital”, para esas personas que su rostro no parece otro sino el puerto, no hay una comunidad, aquí no se reconoce, no hay un sentido de lugar, sino un lugar que le otorga sentido al capital y por eso las ganancias no se quedan aquí, donde aparentemente no hay gente, sino que va hacia donde puedan ser realmente aprovechadas.

Indicadores ciudad de Buenaventura

Actividad portuaria

- Sociedad Portuaria de Buenaventura (Sprbun)
- Terminal de Contenedores de Buenaventura (TCBuen)
- Grupo Portuario
- Sociedad Portuaria Industrial de Agua Dulce (SPIA)
- Sociedad portuaria de cementeras asociadas S. A (CEMAS)

Los puertos mueven el

60 %

Del comercio exterior colombiano



En 2017 movilizaron

4'054.160

toneladas

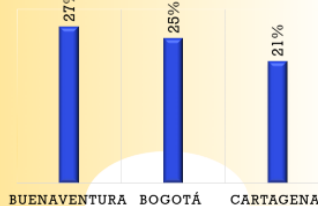


900

Trabajadores nativos laboran ocasionalmente en el los proyectos portuarios

Según el DANE a 2016, la ciudad posee **407.539** habitantes

RECAUDO POR ADUANAS



Necesidades Básicas insatisfechas



1 No hay un hospital de tercer nivel. No hay capacidad de atención optima



2 De la población Sólo tienen AGUA Durante 8 horas al día



3 De la población no cuenta con servicios de alcantarillado

Entre 2010 y 2014 al menos **68** mujeres fueron asesinadas

Se registran **283** víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado

Fuentes de información:

Elaboración propia con información de

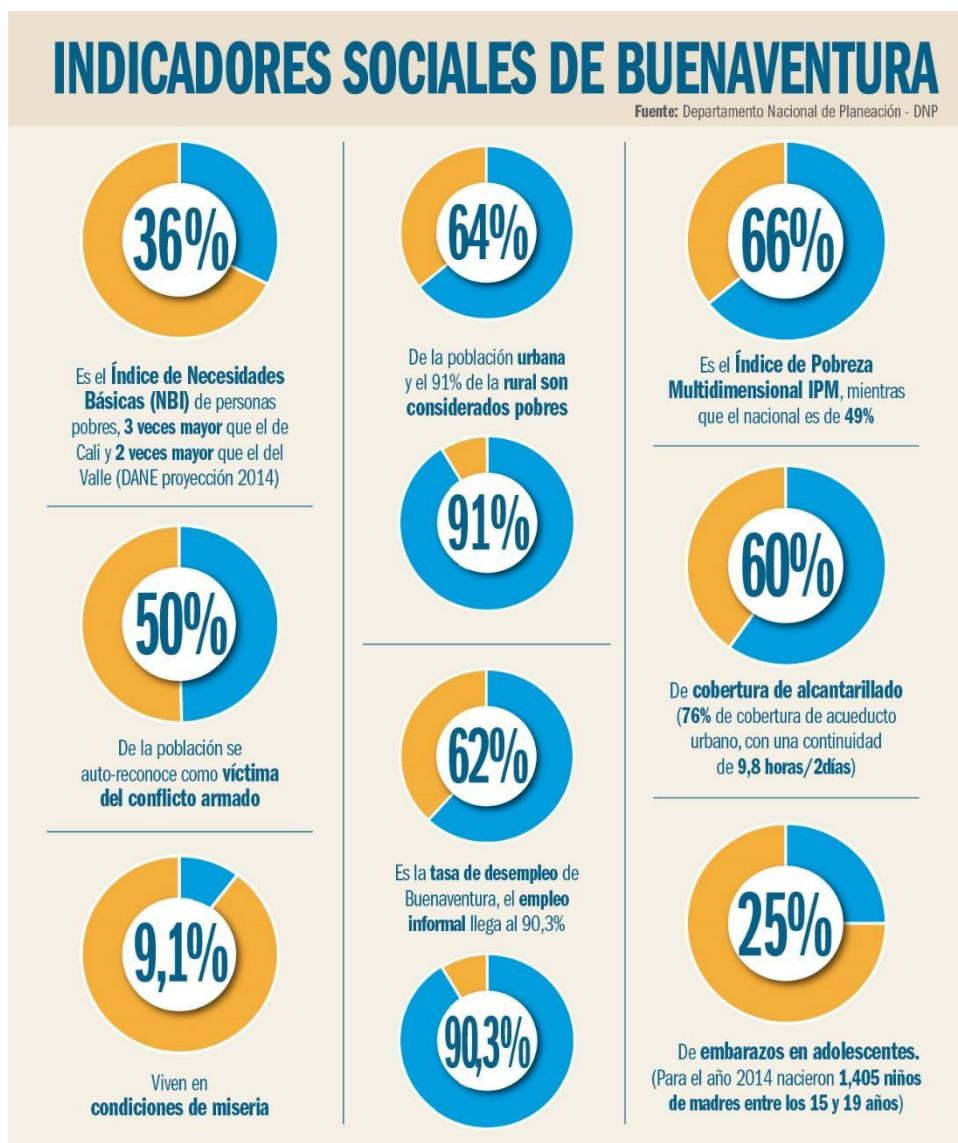
*Indicadores del DANE

*<https://www.elspectador.com/economia/la-triste-paradoja-del-puerto-de-buenaventura-articulo-727663>

*Indicadores de la DIAN

*Indicadores DPN

*<https://www.semana.com/nacion/articulo/buenaventura-cifras-de-pobreza-desempleo-inseguridad/526149>



Fuentes de información:

Imagen del DNP, Departamento Nacional de Planeación.
<https://www.dnp.gov.co/Paginas/Buenaventura,-la-puerta-de-entrada-al-Pacífico,-comienza-a-diseñar-su-desarrollo-a-20-años.aspx>

Las cifras representadas en las anteriores imágenes demuestran la evidente contradicción que se vive en la ciudad, pues mientras los puertos movilizan una cantidad de toneladas a diario, el 64% de la población es pobre y no se ve beneficiada por el significativo flujo de dinero e inversiones que provienen de la plataforma portuaria; así mismo vemos que a pesar de lo extensa, esta plataforma tampoco recoge a un gran número de la población que está desempleada.

Los indicadores del DNP demuestran que la mitad de la población del municipio se reconoce como víctima del conflicto armado en Colombia, ya sea por desplazamiento, violencia sexual, tortura y demás amenazas. Un alto porcentaje de la gente habita actualmente en Buenaventura y sobre todo en los “Terrenos Ganado al Mar”. Han llegado huyendo de la violencia vivida al otro lado del río a causa de los enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares¹³; aquí es la comunidad la que queda en medio y que no tiene más opciones sino huir o enlistarse en las filas de alguno de estos grupos.

El caso de Johan es uno de las muchas y repetidas historias de quienes nacieron en el río Naya y llegaron en situación de desplazamiento forzado a la cabecera municipal, “*decían que eso [el río Naya] era zona de la guerrilla y que luego se metieron los paramilitares...*”. Por eso, Johan llegó a Buenaventura en el año 2001, luego de nueve años en la ciudad tuvo otro hecho victimizante con la guerrilla de las FARC; entonces, de desplazamiento en desplazamiento, llegó al barrio Mira Mar con esa necesidad de pertenecer a un consejo comunitario para la gente de río que habitaba en Buenaventura. Junto con la participación de hombres y mujeres del barrio, comenzaron con el proceso de gestar el consejo comunitario; sin embargo, éste proceso se ha visto frustrado por el hecho de que el barrio Mira Mar es un terreno ganado al mar, y bajo esa situación han tenido problemas con la DIMAR y con otras instituciones distritales que no permiten que construyan su territorio.

“Una de las situaciones aquí, es que quieren desalojarnos, no permiten que nos expandamos, ni que lo sigamos rellenando. Lo que pretenden es la expansión portuaria, para la zona logística, nosotros contra viento y marea seguimos rellenando

¹³ Cuando hablo de otros actores me refiero a miembros de estos dos grupos, la gente que entreviste pocas veces se refería a estos actores como paramilitares o guerrilla, decían “ellos”, “otros actores”.

y de aquí no nos van a sacar a menos que utilicen sus mecanismos violentos, que mandan grupos al margen de la ley a atemorizar a la gente. Por ejemplo, yo estoy amenazado y no sé de dónde vienen esas amenazas, pero las amenazas están ahí.” (Johan, comunicación personal, 17 de septiembre de 2018)

Y es por estas razones que la comunidad asentada en los Terrenos ganados al mar o en los barrios que están cerca de las actividades complementarias al puerto deben construir unas herramientas para reclamar derechos sobre los territorios. Parte de estos argumentos conversan con las características de la ley 70 sobre las comunidades negras en el proceso de otorgar terrenos.

Don Jacinto cuenta cómo, detrás de las reclamaciones insostenibles con las que quieren sacar a los y las habitantes de La Cima, lo que hay es un “juego político” entre los miembros del Estado y el empresario que se dice dueño del terreno de la Cima, que a pesar de que no es de bajamar ni es terreno baldío, si hace parte de los territorios que han sido trabajados y construidos por la gente en las zonas más montañosas y selváticas de la ciudad. Entonces fueron los colonos pobladores quienes se dedicaron a ganarle esa tierra a la montaña o abrirle camino al monte y que fuera posible habitarlo.

Las personas organizadas en La Cima dicen que los argumentos que los legitiman como propietarios (as) y vecinos de este barrio tienen que ver con el tiempo que llevan habitando en el lugar, tiempo que hasta la llegada del “empresario” no habían tenido ningún problema en torno a la propiedad de las tierras. El hecho de que tengan servicios públicos también es un punto a favor de la comunidad, la cual advierte que si no hubieran sido reconocidos nunca habrían tenido acceso a los servicios. Según don Jacinto las pruebas presentadas por parte del señor Jairo Salamadra son inconsistentes dado que los tiempos y

hectáreas que reclama de su propiedad no corresponden a las fechas en las cuales esas tierras aún no habían sido pobladas.

Esta situación de despojo en Buenaventura y sobre todo en los barrios cercanos a los puertos ha desatado una serie de problemáticas y eventos traumáticos que desestabilizan a la población; sin embargo, esta situación no es nueva en la zona urbana pues es necesario recordar que muchas de las personas y familias que están luchando por terrenos en bajamar llegaron huyendo del conflicto armado en las zonas rurales. Aquí, los enfrentamientos entre diferentes actores armados causaron un desplazamiento masivo en el Pacífico Colombiano, engrosando de manera significativa, pero por supuesto no representativa, la lista de víctimas de desplazamiento forzado.

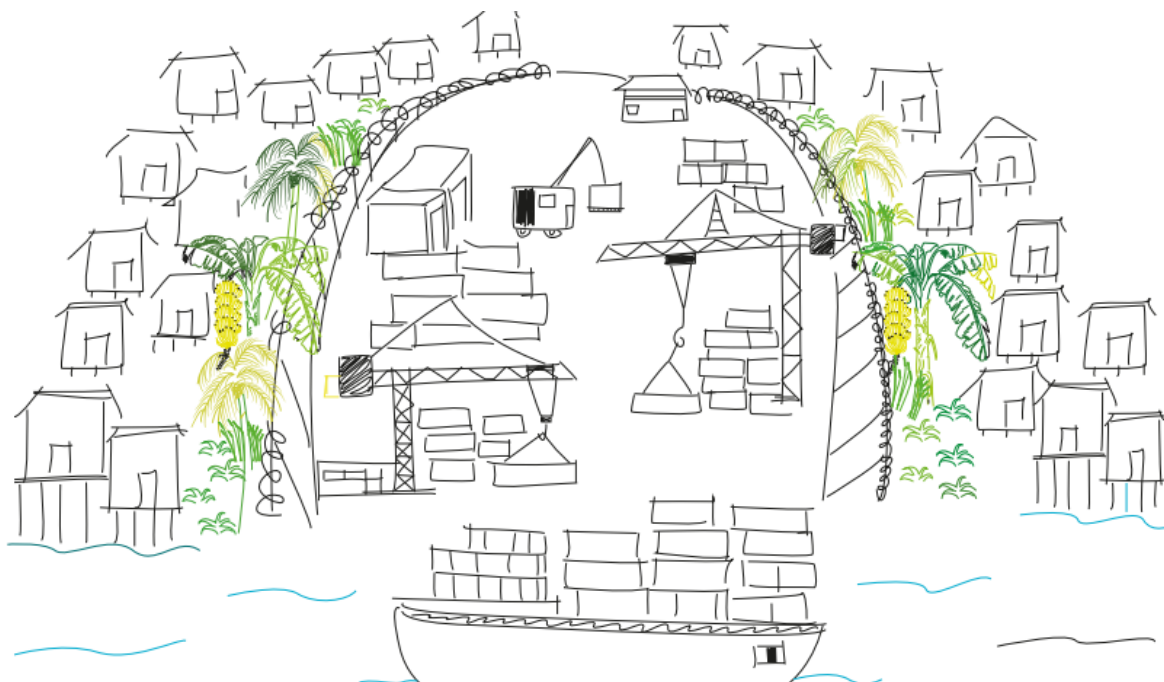
Digo que no es representativa debido a que la mayoría de la gente salió de sus tierras a Buenaventura “en busca de nuevas oportunidades”, nunca denunciaron ni se declararon desplazadas por temor a ser fichados (as). Pero si es significativa ya que, a pesar de las cifras vacías, las masacres y eventos de desplazamiento que se registran no dejan de cuestionar las consecuencias de un conflicto de tal magnitud.

Los grupos armados no han sido los únicos que han transformado las dinámicas de los lugares que se han visto afectados por los conflictos de intereses en Buenaventura, pues los actores portuarios y pequeños empresarios también tienen unas fuertes intenciones sobre los *Terrenos ganados al mar*, los proyectos de expansión requieren el espacio ocupado en estos barrios para que sirvan de parqueaderos, en este sentido los barrios cercanos están teniendo desde hace varios años una lucha en desventaja por el territorio. Victoria, del barrio Santa Fé, dice que la llegada de los actores armados a la zona responde a que eran necesarios para los empresarios y portuarios. La disputa que han tenido los habitantes del barrio con el

proyecto portuario de TCBUEN, ha sido precisamente por esta “desterritorialización”, con la cual, según Andrés, los desarraigan completamente del territorio. En este desarraigo no sólo los sacan del territorio, sino que también el territorio lo sacan de sus cuerpos:

“(…) no es tanto lo que tiene construido sino la historia de ese terreno, digamos, vale su ombligo, digamos que yo nací aquí, todo ese tema de tu raíz, de tu sentimiento, te desarraigan por completo, aquí ya no nos sacan del territorio, pero, digamos, también quieren sacarte todo ese territorio de tu cuerpo, porque el territorio soy yo también entonces aquí está mi ombligo, compran mi casa y asientan un mega proyecto encima de mi cuerpo, entonces se perdió mi ombligo y me sacaron de mi territorio, y el territorio también lo sacaron de mí y uno queda como a la deriva, en el momento que yo quiera regresar a mi raíz, decirle a mis hijos que ésta es mi raíz, que aquí está enterrado mi ombligo cuando mi cuerpo necesite de ese territorio, porque el cuerpo también te dice, tu cuerpo te pide volver porque estés donde este porque uno siempre quiere volver a su lugar de origen, pero hay un momento que es como crucial que tu raíz te llama , tu cuerpo siente la necesidad de volver así sea por un día pero volver, yo estoy ombligado hacia el barrio donde yo nací.

(…) Tu cuerpo te pide volver porque, digamos, yo viviendo en Bogotá no puedo disfrutar la lluvia como la disfruto acá, mi cuerpo siente cuando necesita que me caiga la lluvia, exige correr en la lluvia, exige la compañía de otros seres que no están acá, que yo venga, que llegue por dónde está mi ombligo que por ahí hay una palma de pipa, tomar una pipa tomar agua. Mi cuerpo me lo exige” (Andrés, comunicación personal, 21 de septiembre de 2018).



Desterritorialización de los Terrenos ganados al mar / Desterritorialización en Bajamar.
Ilustración por Isabel (14 de febrero, 2020) .

Es por estas razones y muchas otras, que Buenaventura presenta hoy una de las mayores desigualdades socio-económicas del país, “los pobladores que viven a kilómetros de la zona portuaria son en su mayoría pobres y el “despojo” de sus tierras se hace “necesario” según los intereses de acumulación de tierras para la expansión del puerto” (Meza), además, la figura de Distrito Especial, Industrial, Portuario, Biodiverso y Ecoturístico de Colombia no corresponde con la realidad de los y las bonaverenses, aquí la autonomía y la posibilidad para tomar decisiones depende de los intereses del Estado y también de la economía global, que terminan beneficiando más a otras regiones del país, que al Pacífico mismo.

Aquí las contradicciones son muchas, la mayor parte de este territorio está dispuesto para la conservación del ecosistema de esta selva tropical, pero al mismo tiempo estos son suelos que sirven para la explotación minera, marítima y para la estructura portuaria. Pero poco se

está teniendo en cuenta los cambios que ha tenido este territorio, a quienes lo han “construido” y han abierto caminos o le han “ganado” tierra al mar.

Retomando un poco las palabras de Hoffman sobre las poblaciones ribereñas; con los “Terrenos ganados al mar” nació una nueva configuración social, geográfica y política en el Pacífico, las gentes que han constituido su vida y sus prácticas a lo largo de la zona costera de la ciudad lo han hecho en territorios que se encuentran al margen de la norma, de lo legal, del desarrollo y por esa línea se encuentran también en la margen de la sociedad nacional.

De todo este recorrido histórico y vivencial me llevo una conclusión clara, y es que si bien la gente de Buenaventura ha sido invisibilizada en el “desarrollo” de la ciudad, las mujeres lo han sido en mayor medida, aquí ellas son “el tercer Estado dentro del tercer Estado”¹⁴ es decir que, en la lucha de los y las bonaverenses por no dejarse sacar, por *hacerse notar* y porque se les respete la vida es una y es colectiva, pero lo que sucede con “ciertas mujeres” en el espacio público y privado está consumando otra lucha que las afecta directamente a ellas.

¹⁴ Acuñando a la teórica feminista española Celia Amorós En los albores del feminismo, hacia la época de la Revolución Francesa, las mujeres se apropiaron de los términos utilizados por los revolucionarios para reclamarle al Rey la “triada de los ideales ilustrados”: libertad, igualdad, fraternidad. En este panorama las mujeres los interpelaron en tanto que como maridos o compañeros también gozaban de los privilegios del rey, los llamaron “aristócratas de sus hogares” y ellas “el Tercer Estado dentro del Tercer Estado”, es decir que dentro de las pretensiones de restaurar la lógica estamental que los estaba vulnerando, las mujeres estaban excluidas y al mismo tiempo estaban viéndose vulneradas por sus compañeros tanto en el espacio público como en el privado.

Incluso resulta difícil encontrarnos con “las mujeres” en la construcción de esta ciudad negada por el capital. En los años 30 y 40 cuando comenzó la migración hacia Buenaventura, que fue principalmente masculina, los hombres fueron a construir con sus manos lo que hoy es un puerto en expansión. Sin embargo, el papel de las mujeres fue muy importante para esa sociedad, eran las “reproductoras” y el sostén de las familias, también las encargadas del cuidado personal y sexual de los hombres. Mientras tanto ellos eran los designados para la proveer el dinero. Por esto, muchas mujeres debían relacionarse con los hombres para obtener este sustento, “debían marcar territorio” y así defender sus ingresos económicos.¹⁵

¹⁵ (Torres,2017)

Capítulo 3: Son negras, son pobres, son habitantes de los Terrenos ganados al mar

Decir que *“el conflicto armado en Colombia tiene cuerpo de mujer”* deja de ser una metáfora recurrente que se usa para hablar de quienes han sobrevivido y sufrido la guerra, a tener un sentido práctico y literal; con el cuerpo de las mujeres se transa, se negocia, se atemoriza y controla. Con sus cuerpos las mujeres de Buenaventura también han hecho pactos, han logrado sobrevivir y sostener a la familia, han sorteado el conflicto y se han podido escapar de este para entrar en otro igual de hostil: el desplazamiento y el panorama que queda después de ser viuda, víctima de violencia física, despojada o quizás todas las anteriores en un mismo perfil.

El querer indagar por las formas de vivir el conflicto y las maneras en que las mujeres se han visto afectadas por el hecho de vivir en Bajamar, no resulta ser sólo una interpelación personal sobre mis posibilidades de ser mujer en territorios que no habito, sino que pasa a ser una deuda en términos de reconocimiento, apoyo y reparación con estas víctimas que han experimentado la guerra de manera cruda y directa, sin ser ellas las dueñas o artífices directas.

Las mujeres y su papel en esta historia han sido relegados al espacio reproductivo, se les ha negado su aporte a la construcción de ciudad, y sobre todo de sujetas políticas y soberanas de sus cuerpos y sus decisiones. Quedaron en medio de una disputa por la pertenencia de los Terrenos ganados al mar. Sin embargo, quedar en medio no ha significado un papel pasivo que las reduce a ser receptoras de balas y amenazas, sino que estar en medio

también ha significado el tomar posición y actuar según la conveniencia y posibilidades de acción.

Como vimos en el anterior capítulo, los actores que han significado de manera evidente en la vida de las mujeres de Bajamar han sido las fuerzas armadas, ya sean los paramilitares o de lo que fueron las FARC en su momento, pues después de haberse establecido en el territorio los grupos armados buscaron formar alianzas, complicidad o control sobre la población para así asegurar el cumplimiento de sus intereses; aquí, el sujeto protagonista para formar esas relaciones fueron las mujeres, sobre todo las niñas, “*muchos armados llegaban como tenderos, ponían una tienda y comenzaban a fiarle a la mamá de las niñas*” (Victoria, 2018). De esta manera iban ganando confianza para después pedirles que se fueran a vivir con ellos. Según Victoria, muchas madres accedían porque tenían problemas de dinero o porque ya sabían que era un paramilitar o un guerrillero y a esas peticiones no se podían negar.

Muchas fueron las mujeres que terminaron aliadas con los actores armados, ya fuera o por que las “*seducían*” o por que entraban matando “*sapos*” y se quedaban con “sus” mujeres. Cuando alguna se negaba o no “*les botaba corriente*”, los miembros de los grupos armados procedían a mandarle un “mensaje aleccionador” a la comunidad, es decir dejar claro quiénes mandaban y eran dueños de esas tierras.

Por lo tanto, el hecho de buscar entablar relaciones con las mujeres de Bajamar respondía a una necesidad de “activar un mecanismo de despojo” en la comunidad, buscar su desplazamiento y así poder responder sin obstáculos a las operaciones de control del tráfico ilegal en los esteros. Así mismo, no podemos dejar de lado al otro actor “antagonista”. Se dice recurrentemente que muchas de estas actuaciones estaban comandadas desde los

trabajadores portuarios, quienes buscaban el despojo de estas tierras para tener la posibilidad de expandir las infraestructuras portuarias.

Ahora estas maneras sutiles de involucrase y mimetizarse con la comunidad, también estuvieron acompañadas de estas estrategias de instrumentalización de los cuerpos femeninos, que tal vez de forma insistente he reiterado a lo largo de este texto.

El cuerpo visto como centro de lucha y resistencia ha hecho parte de innumerables posiciones teóricas que van desde el campo médico y de la salud física, hasta lo psicológico, lo social y lo político, no obstante, para efectos de este trabajo lo que me interesa resaltar acá son esas nociones de cuerpo social y cuerpo político que se han hecho muy populares sobre todo en las posturas feministas

Hacia finales del siglo XX el feminismo realizó una gran revelación frente a lo que significaba el cuerpo político desde sus posturas: el cuerpo reproductivo, noción con la cual evidencian la separación entre “sexualidad” y “reproducción”, reivindican el derecho al placer sexual y a la legitimación de las mujeres de tener derechos a decidir sobre su cuerpo (Esteban, 2004).

A consecuencia de esta revelación, surge otra preocupación del feminismo, y es la de argumentar la soberanía y decisión que nosotras tenemos sobre nuestro cuerpo y que nadie más tiene. Se proponía un análisis en torno al “cuerpo como agente” donde en casos de violación de ese derecho soberano, las mujeres no quedaban únicamente como víctimas, sino seres activos y capaces de volver a reconstruir nociones, límites y significados sobre sus cuerpos y desde ellos. “El cuerpo es entendido como el lugar de la vivencia, el deseo, la

reflexión, la resistencia, la contestación, y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales.” (Esteban, 2004, pág. 37).

Y eso es lo que sucede precisamente en bajamar, las mujeres deben cumplir o adaptarse a las diferentes posibilidades y circunstancias del territorio, relacionándose desde sus cuerpos de maneras muy específicas; a veces sólo desde la experiencia y el deseo, otras desde la contestación, pero al tiempo desde la defensa de la vida, como es el caso de aquellas que terminaron emparejadas con alguno de los “actores” “enemigos” para asegurar sus posibilidades de existencia o incluso las de su comunidad.

La autora Mari Luz Esteban los llama itinerarios corporales: “procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales, concretas y que damos toda centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas como prácticas corporales (...) [estos] deben abarcar un periodo de tiempo suficientemente amplio para que pueda observarse la diversidad de vivencias y contextos, así como para evidenciar los cambios” (Esteban, 2004, pág. 37).

Por lo que en contextos muy particulares las mujeres deben asumir diferentes posturas; incluso, varias al tiempo, según el escenario que estén enfrentando, se convierte en “la mujer” que se espera o que le “permite” posibilidades de ser y habitar ciertos espacios.

Ahora bien, ¿Por qué hablar sólo de los cuerpos de las mujeres y de sus experiencias en el conflicto, siendo que éstas no han sido las únicas víctimas? Si nos remitimos a los reportes oficiales, los daños asociados a los hombres tienen que ver con homicidios, desaparición y tortura, generalmente no quedan sus cuerpos, mientras que los de las mujeres sí, los daños ocasionados a ellas tienen que ver con delitos sexuales, torturas,

desplazamientos, despojo y una serie de afectaciones que trascienden lo físico e incluso psicológico, que pasa por una injusticia en la defensa por sobrevivir en otros espacios geográficos.

Se habla del cuerpo de las mujeres dado que aquí puede haber un atentado constante y repetido hacia los mismos cuerpos. Entonces, mientras los hombres intentan salvar sus vidas del homicidio, la desaparición y la tortura, las mujeres quedan vivas intentando huir o resistir para que no sean nuevamente victimizadas.

En Buenaventura las mujeres han sido objeto de despojo, control de la población y apropiación del territorio. El hecho de atentar contra la mujer y sobre todo dañar su cuerpo les ha servido a los actores armados para amenazar a la población, mandar el mensaje de que están bajo sus reglas o para buscar la propiedad de cierto territorio; generalmente, después de un acto de violencia sexual, por ejemplo, la mujer, su familia y la gente ligada a ella se desplazan para no ser nuevamente violentadas.

Ahora bien, el atentar contra las mujeres para demostrar el dominio de un territorio no es un asunto exclusivo de los paramilitares o guerrilleros; mucho menos, es una situación que ha pasado únicamente en Buenaventura. Se podría decir que desde las guerras civiles en el siglo XIX las confrontaciones entre los “ejércitos de hombres” dejaban a las mujeres como unas de las principales víctimas pues, como argumenta Meertens (1995), la muerte de la mujer del enemigo significaba destruir esa figura generadora de vida y, por lo tanto, destruir a los potenciales enemigos; en caso de violencia sexual el mensaje simbólico recae en transgredir la honra familiar ya fuera para torturar al marido o al padre.

Esta cosificación detrás del cuerpo de las mujeres debe analizarse de acuerdo con los contextos en los cuales se evidencia, pues muchas veces atentar en contra de la voluntad de una mujer y pasar por encima sus decisiones en torno a su cuerpo o asesinarlas, puede significar, como ya se dijo, la intención de dejar un mensaje directo para el contrincante.

En el caso de las mujeres negras, la apropiación de sus cuerpos esclavizados se ha dado de manera tan arraigada e histórica, que exigirle a una mujer negra una “complacencia sexual” se percibe como algo natural y parte de sus obligaciones y no como una situación en donde estén transgrediendo su voluntad, o con el objetivo de vengarse o aleccionar a la comunidad. Para algunos, las mujeres de Buenaventura, sobre todo las niñas en los sectores periféricos, simplemente están ahí disponibles para la satisfacción personal o para reafirmar la superioridad patriarcal y racial sobre la mujer.

Estas “reminiscencias” del periodo colonial, en donde los negros y negras se veían como objetos disponibles para el trabajo o la apropiación sexual, están tan vivas en el imaginario social que no permiten reflexionar en torno a las actuaciones ejercidas en contra de las mujeres en los *Terrenos ganados al mar* en Buenaventura. Se legitiman estas prácticas mediante el terror y la amenaza, pues en el caso de los intereses encontrados en Bajamar, si un actor armado decidía que cierta mujer o niña iba a ser “su mujer” así iba a ser por encima de quien fuera y sin importar cuantos cuerpos cayeran para evitarlo.

Toca llenarse de fortaleza para narrar la atrocidad y el modo como se ensañan contra las mujeres, toca como dicen nuestras viejas hacer de tripas corazón para sonreír, arreglarnos, salir a las calles y hasta para enamorarnos ya que podemos estar durmiendo con el enemigo; toca llenarnos de amor y mucha inteligencia para confrontar los chistes sexistas en los vehículos de servicio públicos, **en las esquinas**

y hasta en los actos lúdicos culturales donde recrean de forma tan natural el patrón de violencia extrema ya establecido contra las mujeres; ***no me digas nada porque te pico, no se ponga de buena chistosa que la van a picar, mujeres pórtense bien que están picando mujeres. Chistecitos como estos se escuchan a Diario.***

(Observatorio Pacífico y Territorio, 2016)

Los cuerpos que “no importan”

Ana iba llegando ya bien entrada la madrugada a su barrio, había estado por los lados de *Juancho* (el barrio Juan XXIII) en casa de una amiga durante toda la tarde, como sabía que por la noche no debía llegar a su barrio prefirió esperar hasta el otro día para volver. El único error que cometió ella fue no avisarles a sus hermanos, quienes por esos días eran sus responsables, que esa noche no iba a llegar a casa y que no la esperaran despiertos.

Durante los primeros meses de ese año, unos “paras” habían estado mandando panfletos en los que se alertaba a la comunidad que se aproximaba una limpieza social, y al que vieran por ahí “vagando” en la noche lo iban a coger, no importaba si en medio de eso “caían” inocentes. Por eso, Ana y sus hermanos tenían unas reglas específicas en su casa, además de las que los “otros” ya habían establecido en el barrio.

Una de las reglas para Ana, era no juntarse con ninguno que pareciera “untado”, ni siquiera con cualquiera de sus amigas que se haya visto involucrada con alguno de ellos o que le hayan “botado corriente”. Ana pensaba que a ese paso no iba a tener amigas en el barrio o que iba a llegar el día en que la “sedujeran” también a ella y que no iba a tener más remedio que dejarse untar para que nadie resultara muerto.

El día en que Ana, por resguardar su vida y evitar quejas a sus padres por no volver a las horas adecuadas y entró de madrugada, se enteró de uno de los asesinatos más crueles a una joven del barrio Viento Libre. La gente del barrio sabía que a esta niña ya le habían “puesto el ojo”, pero tenía catorce años, por lo que todo el mundo aseguraba que no le iba a suceder nada.

Sin embargo, “los dueños de la guerra” en Buenaventura no conocen caras, ni consideran edad. La chica desapareció unos días antes, no habían reportado su ausencia por temor a recibir represalias, pero esa madrugada su cuerpo destrozado yacía colgado en un poste, toda desnuda, con signos de tortura y violación. La gente que salió y se atrevió a ver el cuerpo estaba desconcertada no podían creer que hubieran atentado de esa forma contra una niña. Con la imagen en la cabeza, Ana llegó corriendo a su casa, sus hermanos a penas la ven rompen en llanto y la miran con alivio de saber que a ella aún no la habían cogido.

Después de ese evento y por otros múltiples hechos que sucedieron en la calle “Las piedras cantan” del barrio Viento Libre, Ana, junto a sus hermanos y sus padres, decidieron irse para Restrepo Valle, dejar su casa y probar destino en otras tierras. Vuelven a su calle, a su barrio cinco años después, y vuelve a recordar estas historias entre lágrimas.

Esta chica de catorce años, a quien vamos a llamar “Clara”, tan sólo marcó el inicio de una serie de asesinatos y tortura en Las Piedras Cantan. Antes de eso ya se oían las balaceras y la gente ya cuidaba su andar para que no les cogieran mal parqueados; Sin embargo, el asesinato de Clara y, sobre todo, la manera de expresar el hecho ante la comunidad dejó un mensaje evidente de quiénes eran los que mandaban.

Tanto Donny Meertens como Margarita Rico han enunciado que las mujeres en medio de la guerra “no son víctimas por añadidura” sino por el contrario hacen parte de la estrategia de amenaza y ataque; en el caso de Buenaventura, dice Rico (2014), que atacar directamente a alguna mujer sobre todo si es madre, abuela o una mujer que cumple un rol destacado en el territorio que habita, es una de las armas más fuertes para desestabilizar a la comunidad. Asesinar, torturar, violar o desaparecer a la persona encargada de la crianza, de la transmisión de las costumbres y sobre todo la experticia que traen los años vividos, tiene como consecuencia el terror de la gente para no movilizarse, no denunciar, no enfrentar y por último ir “huyendo” poco a poco.

Sin embargo, Clara era una niña de catorce años, no tenía a su cargo una familia ni tampoco estaba luchando por una titulación de tierras o resistiéndose al despojo. Casos como los de Clara son comunes de encontrar en las noticias, las jóvenes eran y siguen siendo altamente vulneradas en Buenaventura. Milena Sinesterra, de la fundación Taller abierto, dice que desde la construcción de la “Vía alterna-interna” (una carretera que conecta a Buga y Buenaventura para facilitar el acceso al puerto) se han registrado varios casos de violación sexual a mujeres jóvenes por parte de los muleros que atraviesan varios barrios antes de llegar al puerto; estos hombres llegan de todas partes del país y no necesariamente tienen vínculos directos con algún proyecto portuario, la ciudad es un territorio de transito para ellos.

Entonces, aunque el contexto de estas violaciones y el delito cometido en contra de Clara son muy distintos, en los dos escenarios se devela una estructura profunda en las actuaciones de los hombres, que a veces no tienen que ver con la guerra, venganza o despojo, sino por lo que Rita Segato nombra “el mandato de masculinidad”.

En el caso de las violaciones sexuales es claro que la agresión se ejecuta por medios sexuales; sin embargo, Segato argumenta que “*la finalidad de la misma no es de orden de lo sexual sino del orden del poder*”. Es decir no es por un acto libidinal que se traduce en complacer un deseo sexual que se violenta, sino por un mandato de “pares masculinos” para probar pertenencia al grupo, o para demostrar que se puede aniquilar la voluntad y control de la víctima sobre su propio cuerpo.

Al ver que los autores de estos delitos no sólo son los actores armados sino también un hombre cualquiera, que “*aprovecha*” una situación para violar sexualmente a una mujer, se puede decir, entonces, que estos actos no hacen parte únicamente de “enfermos” “pervertidos”, “desviados individuales” o “agentes del terror”, sino que demuestran una estructura simbólica profunda, de apropiación y depredación del cuerpo de las mujeres por parte de un colectivo masculino que debe demostrar su poder y capacidad de suprimir, para probar su masculinidad (Segato, 2016).

Entonces, el sólo hecho de ser mujer y de ocupar una posición vulnerada en Bajamar (por ser negras y empobrecidas) ya supone un riesgo, ya están en amenaza de violación sexual y agresión física, moral y psicológica, no sólo para la que es directamente agredida sino para su círculo social, en cual se va generando un temor por ciertos lugares y van socavando las relaciones de solidaridad que había entre la comunidad.

Aun así, el riesgo que tienen las mujeres por ser mujeres no sólo opera en Buenaventura; es evidente que ser mujer en este país, como en otras partes del mundo, significa aceptar una serie de retos y desafíos que ponen en peligro nuestra vida e integridad. La violencia doméstica es un escenario común en gran parte de los hogares colombianos, todavía se lucha por la equidad laboral y las posibilidades de decidir sobre el cuerpo y la

vida. El futuro propio o colectivo implica muchas veces resistir, aguantar, callar o actuar en favor “del opresor”; en este país los cuerpos femeninos o feminizados siguen siendo objeto de control, aún en escenarios donde algunas otras opresiones parecen superadas o que nunca han operado.

La opresión de clase y de raza son dos de las situaciones que atraviesan a las mujeres de Bajamar, pues mientras hay quienes pueden librarse del lugar marginal que otorgan los *Terrenos ganados al mar*, las mujeres que allí habitan deben quedarse y aguantar. Además hay una opresión económica en términos de que muchas, hasta hace unos años, no tenían independencia en este aspecto, eran pocas las posibilidades de trabajar o de ganar dinero suficiente, lo que las puso en la posición de dependencia hacia sus parejas, como dice Rosa del barrio Mira Mar: *“es muy distinto que usted se mantenga sola y también tenga esa autoridad en la casa, a que el marido la mantenga y que justo sea uno bien jodido.”*

Además de verse involucradas en un panorama altamente vulnerado con respecto a la garantía de servicios básicos, salud o seguridad, tampoco tienen altas probabilidades de conseguir un empleo estable y que las “saque” del empobrecimiento sistemático de Buenaventura; quedan condenadas al involucramiento con actores armados, o con hombres que les garantizan al menos lo básico, o también a los programas de ayuda de las fundaciones sociales que están presentes en el territorio.

Entonces, en medio de esta situación, muchas mujeres de Buenaventura no sólo están en riesgo por este “mandato de masculinidad” o por que no tengan los privilegios de clase y raza para reclamar; en Buenaventura y sobre todo en estos terrenos de constante disputa y apropiación territorial, las mujeres tienen otros riesgos asociados al contexto en el que habitan a diario, muchas han servido para las operaciones de tráfico de armas y drogas en el

Pacífico, han sido “informantes”, prostitutas y prostitutas, compañeras sexuales y los demás roles que podían representar para los actores que contralan el tráfico ilegal.

Aunque todo el tiempo hago referencia a los actores armados como personas ajenas al territorio, es importante aclarar que, después de instalados y verse dentro de las actividades de la población, tanto los paramilitares como los miembros de las FARC, empezaron a incluir en sus filas a gran parte de la población; en medio del desempleo y de las pocas posibilidades de trabajar en la pesca, o en los puertos muchos fueron entrando al conflicto como actores. Entonces mientras los hombres en medio de la guerra intentaban sobrevivir, no ser desaparecidos, o cumplir con las exigencias de algún bando las mujeres que quedan en Bajamar se han intentado organizar para la defensa del territorio y demás de derechos que les son vulnerados.

Todas estas situaciones han dejado a la población en una vulnerabilidad tal que muchas veces han tenido que ser la comunidad misma la garante de la justicia, verdad, acompañamiento y demás factores que requiere una reparación justa para con las víctimas. Ahora como son las mujeres las principales sobrevivientes, han sido ellas las que han asumido ese papel en la reivindicación de los derechos y las encargadas de reconstruir el tejido social agrietado por el conflicto.

Así mismo, dado a las débiles herramientas de la institucionalidad para sanar las consecuencias que deja el conflicto, muchas mujeres ven en estos procesos organizativos una forma de superar los daños y experiencias vividas, o a causas de las acciones de despojo que han detentado los actores portuarios para obtener las tierras de bajamar; entonces los encuentros de mujeres fortalecidos, como por ejemplo la “Red de mariposas de alas nuevas” representa una red de apoyo para las mujeres que hacen parte, en la cual pueden sanar a

partir de la experiencia ajena que resulta siendo tan similar como la propia, convirtiéndose en espacios vitales para encontrar el apoyo y solidaridad que se había quebrantado y así construir los mecanismos de reclamo y exigencia ante del desplazamiento, despojo, amenaza o engaño para la actual compra injusta de los Terrenos ganados al mar.

Sin embargo, este ejercicio de liderazgo también las ha puesto en una situación vulnerable, pues además de exponerse como denunciantes o reclamantes ante las autoridades, y los actores armados, también empiezan a ser víctimas de una violencia sistemática en la cual sus denuncias no se hacen efectivas, les ponen trabas para que el testimonio quede registrado o simplemente no se concluyen por no ser consideradas víctimas y así no tener que reparar de alguna forma el daño.

En consecuencia, de todo esto, los liderazgos de las mujeres terminan siendo otro riesgo en Buenaventura, se perciben como un “atentado a la autoridad patriarcal” (Pérez,2011) pues el rol que se espera de las mujeres es el de amas de casa, sus posibilidades de participar en los espacios públicos y de usar su voz para defender sus derechos públicamente son anuladas, se considera atrevido y son señaladas de irrumpir en espacios que han sido tradicionalmente masculinos *“Se les acusa de descuidar las labores del hogar, de restar tiempo y atención a su familia por ocuparse de los asuntos de otros y de exponer a su familia a los riesgos derivados de su visibilidad pública.”* (Pérez,2011)

No obstante, teniendo en cuenta las condiciones de seguridad que se brindan a los liderazgos femeninos, el principal riesgo que tienen las mujeres de Buenaventura es la constante represión de los grupos armados, este ejercicio es una actividad muy peligrosa debido que ellas representarían un obstáculo para el control social y territorial, son víctimas de intimidación, persecución, secuestro, abuso sexual, amenaza, prohibición de transitar por

lugares específicos o de hacer una actividad en particular. (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2006).

Anteriormente, en Buenaventura las mujeres no eran vistas como lideresas o como un obstáculo para el control social, por el contrario “la mujer” en su arquetipo tradicional de cuidadora, era vista más bien como un medio para atentar en contra de la comunidad, pues como lo enuncié anteriormente, las migraciones hacia la ciudad se han dado en distintos momentos, en los últimos años la llegada de los grupos paramilitares y guerrilleros a la zona rural del municipio desató desplazamientos masivos, por lo que varias familias migraron a la ciudad, algunas de estas eran conformadas solo por mujeres pues a los hombres ya los habían matado o reclutado; otras eran bastante numerosas llegaban los nietos, abuelos, tíos y demás a conformar una familia, y por supuesto también llegaron núcleos familiares compuestos por madre, padre e hijos.

En todo caso cualquiera que fuera el tipo de familia, la gente comenzó a organizarse de tal manera de que pudieran subsistir en el territorio, los hombres eran quienes debían buscar trabajo remunerado y proveer el dinero a la familia, las mujeres en ese caso debían hacerse a cargo de la crianza, cuidado, educación de los hijos, hijas y de demás miembros de la familia, así mismo debían encargarse del trabajo doméstico y del trabajo emocional del hogar; todo esto las convirtió en una figura primordial para la comunidad, pues todo el trabajo del cuidado y sostén recaía o recae en ellas, pues no sólo son las cuidadoras de sus propios familiares, si no que por lo menos allá en los barrios Bajamar los niños y niñas están bajo cuidado de todas, muchas han dispuesto su casa como “jardín” para cuando alguna de las comadres o vecinas salían durante largas jornadas, por lo que en este contexto las mujeres aún constituyen el soporte de la reproducción, de la socialización y asumen la responsabilidad

del cuidado de los hijos y del bienestar personal y sexual de sus maridos. (defensoría del pueblo,2011).

De modo que los actores armados veían en el hecho de atentar contra una mujer una medida con la que podían atacar directamente en contra de esa estructura social construida, fueron usadas como “botín de guerra”, como premio y al tiempo como un arma en contra de la comunidad bonaverense.

Pues aunque yo no hablé con los autores de estos crímenes, sobre lo que pueden significar los cuerpos de las mujeres negras en el Pacífico colombiano, la investigadora Margarita Rico asegura que atentar contra sus cuerpos especialmente en contra de sus genitales era una forma de *“humillar al actor contrario, despojarlo de su honor, y su dignidad”* (Rico,2014) aquí el actor contrario era la comunidad que se negaba a dejar sus tierras, que impedía la comprar injusta de tierras o que por azar o imprudencia terminaba viendo algún acto delictivo. El asesinato, violación y sobre todo la exposición del cuerpo torturado de alguna mujer ante toda la comunidad cumplía un acto simbólico, con esto se expresaba el odio hacia la gente que actuaba en a favor de algún bando, con motivo de venganza o también como un mensaje de que tienen el poder para amenazar la vida de cualquiera que se atreviera a traspasar los límites impuestos por estos personajes.

Que como expresé antes, rápidamente los mismos miembros de la comunidad comenzaron a ser parte de estos grupos, pues los actores armados evidentemente aprovecharon la situación de vulnerabilidad, empobrecimiento, y desempleo para reclutar o para enamorar a las mujeres y hacerles parte de la guerra, y cómplices de sus consecuencias.

Entonces aquí vemos que el riesgo asociado al papel de cuidadoras no sólo deviene de que son convertidas en un blanco de ataque, sino que en ese papel de cuidado también hay toda una serie de desbordamientos y sentimientos por esos hijos e hijas cuidados, en donde las madres, o quienes hacen su figura, intentan todo lo posible para que no se vean involucrados e involucradas en las operaciones de algunos de estos bandos.

Como me dijo Jhoan, son ellas las que más sufren cuando alguno de sus hijos es reclutado o alguna hija termina involucrada como compañera de alguno de “ellos”, y sufren aún más cuando alguno resulta muerto o muerta. Además de llevar el duelo, y intentar recuperarse emocionalmente de la pérdida son las que generalmente salen a denunciar en caso de que decidan hacerlo, situación que las pone nuevamente en riesgo.

Cuando Ana estaba relatándome cómo dejaron el cuerpo adolescente de Clara, al cual le habían destrozado sus genitales y herido los senos, nuestros cuerpos estremecieron, y fue cuando calló, porque el paso siguiente iba a ser un llano que era claro que Ana no quería sostener, pero que tampoco se sentía cómoda de desbordar. El que la hayan violado, violentado y expuesto ante la comunidad dejó un ambiente desesperanzador para la comunidad de las piedras cantan, pero sobre todo dejó un mensaje de quienes eran los que mandaban.

Pues aunque Clara no parecía representar ese papel simbólico de líder o cuidadora, sí representaba “ese enemigo” con el que se puede demostrar el poder de muerte ante “los destinados a estar vivos”, ante las niñas que son inocentes en el conflicto, y aún no se ven partidarias de algún bando, o con una posición clara ante la pertenencia y derecho sobre los terrenos, el objetivo era dejar una marca grabada sobre su cuerpo, y el acto de exhibirlo nos

habla de esa intención de aterrorizar a la comunidad para que vieran que allí hasta las menos pensadas serían blancos de ataque.

Rita Segato, enfatiza que este tipo de actos, por lo menos en Ciudad Juárez México, no son instrumentales sino expresivos, es decir atentar en contra de las mujeres y ejercer una violencia sobre su cuerpo no es una arma más en la guerra sino es que una expresión del agresor para demostrar su poder y dominación de la soberanía sobre otros cuerpos que siempre se han considerados como territorio a colonizar, además el agresor que se apropia del cuerpo femenino en un espacio público, abierto lo hace para demostrar su capacidad de dominar y de que puede derrotar psicológica, moral y físicamente a una niña y así comprobar su masculinidad.

Las que sobrevivieron

Pilar por “la Cueva de Rolando” nunca más volvió a pasar, ya con su niña recién nacida duró varios meses encerrada en su casa; aunque a ella no habían amenazado, el terror de que la estuvieran buscando le impedía salir a la calle, y más aún si tenía que cruzar por la esquina en dónde “balearon” al papá de Sandra, su hija.

Eran las siete de la noche de 1999 cuando Pilar estaba en el trabajo esperando la llamada de su novio quien la iba a recoger, tuvo un mal presagio porque por como andaban las cosas por Buenaventura todo el mundo mantenía con cuidado y siempre reportándose. Pilar llegó a su casa hacia las 9 de la noche, uno de sus tíos le dijo que no fuera a salir porque eso le hacía mal al embarazo, fue entonces hasta pasadas las 10 de la noche que Pilar se enteró que al papá de su hija lo habían matado.

No pudo verlo, no pudo rezar por su mejora, no logró despedirse de su cuerpo sino hasta el día del funeral. *“Ese día fue horrible, Daniela, yo tenía un miedo de que me fuera a pasar algo, yo sentía que a mí me habían montado la perseguidora por si denunciaba o me ponía a buscar culpables. Su muerte fue muy dolorosa, además que ya estaba por nacer Sandra, yo tenía mucho dolor y mucho miedo”*. (Pilar, comunicación personal, julio de 2019)

Cuidar de su bebé la ayudò a soportar la situación y a reponerse del dolor de una pérdida que no estaba anunciada, pues es cierto que en las historias que están atravesadas por el conflicto difícilmente se sabe quién es el enemigo, sin embargo, en Buenaventura cualquiera puede estar sentenciado, cualquiera levanta sospecha y muchas veces no se sabe de dónde proviene el balazo.

Pilar se sentía en amenaza constante porque además de la vulnerabilidad de estar condenada a una balacera, a mirar algo indebido o a estar en un lugar indeseable, temía que, en su papel de víctima o de familiar de la víctima estuviera en un lugar más peligroso. Pues como he venido diciendo ser víctima puede desatar en los “victimarios” una necesidad de silenciar. Sin embargo, Pilar con el apoyo de su familia y de los vecinos logró reconstruir lo que imaginaba de su vida, logró habitar otra vez el espacio que le daba miedo y reconstruyó una vida que ya no vive en la pérdida, sino que pasó de ser víctima a sobreviviente.

Como Pilar son muchas las mujeres que sobreviven al conflicto en Buenaventura, está Victoria que desde que buscó y denunció el cuerpo de su hermano ha quedado marcada sufriendo además una violencia institucional en la que su denuncia no es legítima. Ana que se ha desplazado constantemente y que ha visto el horror de la inscripción de propiedad en el cuerpo joven e inocente de su vecina Clara, sobreviviente también es Natalia que para que no la mataran estuvo por fuera de Buenaventura durante siete años, también lo es Milena

abogada de la fundación Taller Abierto, en dónde ha recibido tantos casos y ha tramitado tantas denuncias que ya tiene un protocolo a seguir cuando recibe una amenaza en su contra.

Ellas son víctimas de un Estado mezquino que tiene intereses en su contra, víctimas del racismo y la segregación que viene con el habitar en Buenaventura, son víctimas de sus maridos que las agreden por hacerse respetar o porque no cumplen con lo que se espera de una mujer y por su puesto víctimas de los grupos armados, sin embargo, pasan de ser víctimas a sobrevivientes y luego se van construyendo como testigos, se convierten en agentes, y muchas veces en constructoras de paz.

Pues, así como Victoria y Milena que comienzan a ejercer liderazgo desde el trabajo comunitario y trabajando una fundación, está Pilar que durante dos años fue madre comunitaria junto a su madre, tenían más o menos 15 niños que cuidar, pero con el tiempo y a causa de la violencia estos niños se fueron desplazando hacia otros lugares del Pacífico.

Ser sobreviviente implica haber experimentado una o varias situaciones tan fuertes que hasta el hecho de nombrarlas duele, ser sobreviviente es también haberse “repuesto” de esa experiencia, no haberse dejado llevar por el dolor o el trauma, haber encontrado los medios para salir adelante y volver a construir un proyecto de vida.

Ser sobreviviente es para Pilar solo tener una historia que contar, una historia de dolor, ella es más bien una testigo y una agente que a pesar de esa historia, hoy está bien y su hija también. Para Victoria la sobrevivencia es un reto de cada día, es saberse mover por el territorio, es saber lo que me pertenece y haber aprendido a defenderlo sin poner “lo mío” en riesgo, es intentar no morir, no exponerse, pero tampoco dejarse, es vivir en bajamar. Y es que ahí está la gran diferencia, Pilar sobrevivió a una época de conflicto, donde cualquier

espacio de Buenaventura significaba un riesgo, sobrevivió a una de las épocas más brutales de la violencia en el Pacífico colombiano, ya no sigue sobreviviendo, en cambio para Victoria del barrio Santa Fé, un territorio problemático y disputado por su cercanía al puerto de TCBUEN, vivir allí es estar reclamando y defendiendo cada día el pedacito de tierra por el que se ha trabajado, es reivindicar los derechos de libertad, de trabajo y de poder tener un ambiente sano, es andar con cuidado para que los vigilantes de puerto no los espanten a balazos pensando que son ladrones y no los habitantes legítimos de lo que ellos invadieron.

No sé si la palabra correcta sea la de sobrevivientes o si lo mejor es referirse a su nombre y experiencia para darle lugar al dolor del conflicto, porque lo que sí puedo decir es que sus experiencias duelen, y siguen doliendo y que el sobrevivir y ser sobreviviente también es muy doloroso, pues además de las pérdidas que deben de sanar también viene la culpa de haber tenido la (in)fortuna de no morir, no haber impedido el ataque o de no haber actuado “a tiempo”.

A pesar que denunciar es otra experiencia traumática para las “victimas”, el sólo hecho de hablar y poder “sacar el dolor” del cuerpo ayuda a “ponerse en pie” otra vez, sirve para sanar el sentimiento de frustración de perder a alguien inocente y que haya caído en manos de la guerra injustamente, dice Victoria que incluso sirve para perdonar. Por lo que, aunque el lenguaje parece fallar constantemente al hablar del dolor, y da la sensación de nunca poder atinar en las palabras adecuadas para describir las sensaciones de dolor, otras veces parece ubicarlo, darle un hogar seguro donde se espera pueda ser conducido a la reparación y reconocimiento.

Cuando se habla de dolor no se puede dejar de lado a Veena Das, quien con destreza gramática, léxica y por supuesto analítica demuestra lo difícil que es hablar de una

experiencia de dolor, pero lo más difícil es darle lugar en el lenguaje, y como el dolor en su tránsito del cuerpo al verbo pierde todo ese contenido inefable que sólo puede entender quien lo experimenta; pero que a pesar de lo que se pierde también da la posibilidad de deshacerse de lo agobiante que es el hecho de contener el dolor.

En este movimiento entre cuerpos, la frase “tengo dolor” se convierte en el conducto a través del cual puedo salir de una privacidad inexpresable y de la sofocación de mi dolor. Esto no significa que yo sea comprendida. Wittgenstein utiliza el camino de la gramática filosófica para decir que esta no es una afirmación indicativa, aun cuando tenga la apariencia formal de una. Es el comienzo de un juego de lenguaje. El dolor, en esta interpretación, no es algo inexpresable que destruya la comunicación o señale la salida de la propia existencia en el lenguaje. Por el contrario, hace una pretensión que pide reconocimiento, reconocimiento que puede otorgarse o negarse. En cualquier caso, no es una afirmación referencial que sencillamente apunte a un objeto interno. (Das, 2008)

En mis experiencias en campo sólo logré hablar con algunas mujeres que para la fecha aún vivían en Buenaventura, aquí pude notar que hablar de denunciar el hecho así fuera públicamente, ante la institución responsable de estos casos, o entre la familia sirve para dar lugar y canalizar el dolor, sin embargo, el trabajo de cuidado también resulta un acto de sanación y resiliencia.

En este acto también hay una expresión revolucionaria de no revictimizarse o no dar la posibilidad de experimentar otro dolor igual, en el cuidado de su hija, Pilar encontró una razón para no seguir lamentando un futuro imposible con su pareja, o una Buenaventura diferente, en cambio se dedicó a cuidar de sí misma y de su hija, en esto las mujeres han

encontrado las motivaciones necesarias para no abandonarse al dolor y lograr recomponer su vida. Además, en el cuido también se está desafiando esa autoridad impuesta en los barrios de Bajamar que quiere afectar a la comunidad para propiciar su desalojo, tejieron redes de solidaridad, construyeron en colectivo herramientas de cuidado y protección, desafiando así el objetivo de los agentes de la guerra de desestabilizar a la población.

Cuidar no sólo significó hacerse cargo del trabajo emocional, doméstico y económico del hogar, también lo fueron las decisiones sobre sus cuerpos para proteger la vida de sus familiares, algunas mujeres se ligaron con el que estaba atormentando a su hija, o el que venía amenazando a la comunidad de no cooperar con las medidas impuestas. Se jugaron la vida al relacionarse con ellos porque a pesar de considerarlas como suyas, seguían representando al enemigo que se debía derrotar física, psíquica y moralmente.

Otras de las sobrevivientes, fueron las que se fueron obligadas a desplazarse, porque aunque algunas servían para las operaciones del tráfico y control, otras fueron y siguen siendo un tropiezo para la expansión portuaria, por lo que se vieron obligadas a desplazarse y a “entregar” sus tierras para servicio del “desarrollo”, pues aunque parece obvio decir detrás de esta violencia en contra de las mujeres hay una violencia sistemática para probar dominación que culmina con el despojo de tierras, lo que se busca es este “abandono” de tierras para soportar también la pretendida expansión portuaria por toda la línea costera de Buenaventura.

Entonces aquí hay otra situación que afecta moral, económica y emocionalmente a las mujeres y es el dejar sus territorios, entregárselos al Estado o a los armados para otro propósito diferente para el que fueron contruidos. Para Natalia el hecho de que TCBUEN quiera las tierras no es el problema en sí, sino que no les quieren pagar lo que se merecen por

costumbre, trabajo y esfuerzo, las ven como si las tierras no valieran, como si no las hubieran construido con las manos. *“A mí me dolería mucho porque es darle como esa facilidad, decirles como ¡cójanlas! Acá dejaríamos muchas cosas, nuestras decendencias, nuestras raíces, nuestras costumbres. No es lo mismo decir yo soy de aquí, a decir yo llegué aquí, es que, si yo me fuera para el Firme, yo no sabría nada de ese territorio, no hice nada que hoy día esté como esta, no podría contar su historia, ni sé de dónde viene ni para donde va. Pues aunque soy de Buenaventura no sé qué el trabajo que pasaron los descendientes para construir el Firme, entonces no es lo mismo porque yo acá hablo con autoridad y conozco las problemáticas de acá(...)”* (Natalia, comunicación personal, julio de 2019)

Entonces, la propiedad de la tierra tiene mucho que ver con las situaciones de las mujeres en Bajamar, pues cuando “huir” fue obligatorio para preservar la vida, los desplazados debían reconstruir todo eso que dejaron con el territorio, y ahora las personas que están luchando por quedarse en las “tierras” que han trabajado por años, estos invasores e invasoras que reclaman el derecho de habitar libremente deben enfrentarse a una institución que los y las ve como un estorbo, la ley y todas sus limitaciones no les permite legitimar a la comunidad de Bajamar como habitantes de estos terrenos, no tienen derechos sobre estos puesto que nunca fueron pensados para la gente sino para el desarrollo.

Entonces muchas mujeres de río en situación de desplazamiento llegaron a la ciudad de Buenaventura a reconstruir su territorio despojado, pero luego se enfrentan a una nueva desterritorialización, que incluso es más legítima a los ojos estatales, y quienes tienen la posibilidad de defender el derecho permanencia no sólo están buscando la propiedad de la tierra sino la garantía de que puedan construir territorio, es decir que puedan desarrollar prácticas que les permitan la vida , seguridad, libertad, soberanía y todo eso que es esencial

para vivir dignamente, por lo que no es solo tener la tierra sino poder construirse en sus territorios, y esta situación pasa en doble vía en la vida y cuerpo de las mujeres, pues ni en sus cuerpos pueden habitar libremente, en el ámbito privado también se ven coartadas y en lo público esa imposibilidad de reclamar territorio pasa por la violación de sus cuerpos, por la supresión de su voluntad.

In conclusiones:

Lo inconcluso es toda cosa que no puede darse nunca por finalizada; podríamos decir que dos más dos es igual a cuatro y punto final; dentro del entendimiento colectivo esta ecuación difícilmente sería debatida, ahora si decimos que tres más cinco por dos es igual a dieciséis, ya podríamos llegar a un tipo de debate sobre cuál sería el orden “correcto” de la operación. Las matemáticas y todo lo que de ellas derivan se entienden como un conocimiento exacto que no permite fallas, sin embargo, son debatibles o al menos en cierto punto de la historia fueron un acuerdo.

No sé en qué momento y de qué manera “los matemáticos” pactaron el orden ideal de las operaciones. Sin querer entrar en esta discusión y sin desestimar el gran conocimiento y justificación que hay detrás de este pacto, lo que me interesa anotar es que no logro encontrar nada absolutamente fijo e inmóvil como para que no implique un orden estandarizado, una base sobre la cual se construya todo lo siguiente para que nada se caiga.

Bajo este acuerdo se fueron llegando a las formulas para construir puentes con las medidas perfectas, si alguien decidiese desafiar este acuerdo, el puente eventualmente se va a caer o si por agudeza y destreza mental se logra un puente firme, su estructura sería casi que inimaginable.

Así es para algunas personas el territorio de Buenaventura, es imposible pensarlo como una ciudad que no esté al servicio del mercado, o que todos los servicios ecológicos que la atraviesan se queden allí para suplir las necesidades de la población, que no sólo habitan la ciudad, sino que también ha construido territorio en esas tierras.

Buenaventura desde su “génesis” se constituyó como un puerto, el pacto social que se gestó allí fue el de un territorio de transacción y los Terrenos ganados al mar eran simplemente las puertas de entrada y salida de la ciudad.

Es claro que allá muchas personas son excedentes, innecesarias o invasoras y que desafían el acuerdo inicial, por lo que se han creado diferentes estrategias que permiten deshacerse de estos marginales o sobrantes. En primer lugar, están las instituciones portuarias quienes les acusan de construir en tierras inhabitables, les ofrecen precios irrisorios por los terrenos o los amenazan de estar cruzando el límite de tierra para las plataformas portuarias, por lo que, con disparos, ruidos de maquinaria, celadores y bandas de seguridad impiden el paso de la población.

También están los empresarios que llegan con su equipo de abogados y académicos para argumentar la ilegalidad de los pobladores, al mismo tiempo que asesinan a quienes están al frente de la defensa de la tierra como el señor Temístocles Machado. Y por último los actores armados, estos en su momento fueron los de algún frente de las FARC, o grupos paramilitares y que hoy se suman los narcotraficantes. Las operaciones de control de estos tres agentes seguramente son bastante distintas, y tienen particulares formas de sacar o vigilar a la población, sin embargo, dentro de los relatos que recogí la referencia a estos actores siempre fue la misma: “ellos”, “los armados”, “los malos” entre más difusas fueran las fronteras para referirse de algunos de estos mucho mejor, sólo en algunas conversaciones me encontré con “los paras” o “los guerrilleros”. “Ellos” son mucho más enfáticos y directos a la hora de atacar, van mandando las listas de amenazados(as), torturando, secuestrando, desapareciendo, picando y violando.

Dentro de estas estrategias se ha reproducido otro de los acuerdos sobre los cuales se ha construido el común de la sociedad colombiana: la asimetría, la violencia, vulneración y la disparidad entre “hombres” y “mujeres”, o sea el patriarcado y todo lo que atraviesa. Allí la mujer hace parte de la guerra sobre todo como instrumento, para demandar algo o para amenazar.

Ahora bien, este “acuerdo” que es definido por Rita Segato como “el mandato de la masculinidad” permite entender esas estructuras que “legitiman” la opresión hacia las mujeres en cualquier territorio y ante todo en Buenaventura, no sólo por el escenario de la guerra sino por el hecho de ser mujeres. A primera vista se podría decir que allá a una mujer la violentan sea porque es líder, o es parte del bando enemigo, o porque denunció, buscó un cuerpo desaparecido, por venganza o para aleccionar a la comunidad, o porque se enfrentó o porque “no cedió”, las violentan miembros de la guerrilla o paramilitares y hasta ahí llegarían las formas en como la guerra toca sus cuerpos.

Pero no, el mandato de la masculinidad se refiere a esta posibilidad y necesidad del hombre de atentar contra la mujer tanto por el privilegio que goza de ser hombre y poder transitar y hablar sin riesgos por cualquier sitio, como por la constante necesidad de estar demostrando su masculinidad y que es “un verdadero hombre”. Entonces las mujeres allí no sólo se ven particularmente afectadas por la situación de conflicto de Buenaventura, o por las disputas en Bajamar por estar en territorios en los que están estorbando. También lo están por el mandato de la masculinidad, en el que un mulero quién al parecer lo único que tiene que ver con el escenario de tráfico, disputa territorial y las operaciones de mercado, es con el transporte, llega y viola a una niña. Ni la niña es un punto angular dentro de estas situaciones

problemáticas, ni el mulero tiene interés evidente sobre las tierras o sobre las operaciones del mercado.

Por lo que los guerrilleros, paramilitares, miembros de las fuerzas armadas o de instituciones estatales no son los únicos por quienes deben cuidarse, también deben hacerlo de otros hombres “cualquiera” o incluso de alguno de sus familiares. El esposo que le pega reclamando desatención del hogar; tíos o vecinos que deciden qué hacer con las tierras colectivas, o de sus parejas de las cuales dependen económicamente y les tienen que pedir permiso para todo.

En Bajamar la posibilidad de ser y estar para una mujer es muy filosa, casi que todo el tiempo tienen que estar sorteándose la vida y su tranquilidad; el espacio público resulta ser muy peligroso, se tienen que cuidar de andar mal acompañadas, cuidar sus horas de entrada y salida, de defenderse o resistirse, cuidar a sus hijas-hijos, no mirar algo indebido para no ser tratadas de sapas, además de eso no pasar por los lugares “de los hombres”, saber por dónde van, no parecer atractivas, no parecer muy chismosas...Ahora el espacio privado también les implica una serie de disposiciones y actitudes para que se sientan seguras y tranquilas. Muchas mujeres en Bajamar son “esclavas” de su familia a la que tienen que atender y donde tienen todo el peso de la responsabilidad emocional y del trabajo doméstico, deben también complacer a sus parejas, serviles a sus hijos y además de todo defender su habitar legítimo en bajamar.

En este sentido el territorio también resulta ser una inconclusión para las gentes de bajamar, pues todo el tiempo tienen que estar haciendo presencia para que sepan que hay gente en las zonas costeras y que no pasen ni construyan por encima de ellos; pues aunque hasta cierto momento, los lugares en los que vivían las comunidades negras se legitimaron

con esas intenciones de reparación y reconocimiento a las minorías, hoy no saben que hacer con ellos, no hay garantías para quienes venden sus tierras, ni tampoco para quienes deciden quedarse. En bajamar la mayoría llegaron como desplazados a construir sus viviendas en las únicas tierras libres de la ciudad: las que eran sólo monte o que estaban al lado del mar. Esto significó un gran esfuerzo físico para preparar los terrenos y levantar las casas, en las zonas de bajamar, por ejemplo, tardaron tiempo y perdieron vidas conociendo el comportamiento del mar y saber hasta que altura llegaba la marea y era viable construir.

Mientras iban arreglando la madera, iban relleno terreno con escombros y basuras, y después de haber dominado un poco la técnica comenzaron a hacer barrios más extensos que ya iban llegando a las calles de la ciudad, formaban cuadras en forma de L, y en cada una vivía gente de una misma familia; esto era esencial para poder resistir a los problemas ambientales que una construcción así significaba, pues si algo pasaba o alguna casa se inundaba, el núcleo familiar se alojaba en la casa de algún familiar.

Por eso se habla que allá la gente no habita estas tierras, sino que construyeron sus territorios, pues esta noción de construir territorio implica el reconocimiento de todo el trabajo por ganarle tierra al mar o abrirle camino al monte, *“la tierra no estaba así”* y con esto hace referencia al esfuerzo físico y también al lugar dónde han configurado su vida y sus costumbres. Aquí en la disputa territorial hay una situación que afecta moral, económica, física y emocionalmente a las mujeres de Buenaventura y es el dejar sus territorios, entregárselos al Estado o a “los armados” para otro propósito para el que fueron construidos.

Bajamar supone para muchos unos vínculos, un arraigo que no es fácil de dejar, sin embargo, frente a las mujeres la situación es un poco paradójica, pues si bien como lo dice Victoria o Natalia, ninguna quiere entregar la tierra, así como así, quedarse también está

implicando ciertos peligros para su vida e integridad. Algunas mujeres no tienen esta disposición de quedarse y dar la pelea, por ejemplo, en el ejercicio de árboles de los sueños, que realicé con el grupo de lencería y modistería en la fundación CEPAC, la mayoría de las mujeres participantes soñaban con tener su puesto de comidas o de lencería para tener algún ingreso y poderse ir de alguno de sus barrios, todas ellas eran mayores de 50 años, por que seguramente la pelea ya la han dado por años, ahora lo que buscan es la tranquilidad de vivir en un lugar seguro y porque no, la posibilidad de ser independientes económicamente.

Y eso termina siendo otra inconclusión, en algún momento mencioné que las mujeres son las que sobreviven y por ello quedan como las principales encargadas de reconstruir el tejido social, sin embargo aún no me es claro que significaría esta reconstrucción y de que manera lo están haciendo además de los procesos organizativos, pues si bien hay varios en Buenaventura, no todas las mujeres son participes o no posible organizarse para ellas, sus perspectivas sobre el futuro, sus sueños, sus anhelos y formas de sanar lo vivido merecen otro trabajo de investigación, donde ya el contexto de violencia no sea la principal temática por las que nos acercamos a ellas, sino por sus formas de haberse reconstruido y han desarrollado sus cotidianidades, preguntándonos quizás por el arquetipo de ser por siempre las cuidadoras y reproductoras sociales, para centrarnos solamente en ellas y en sus necesidades personales.

Ser mujer, negra, marginada y pobre en los Terrenos ganados al mar les ha costado la vida, por eso este trabajo pretendía darles lugar a esas negociaciones contantes para mantenerla, ahora creo que la investigación merece una nueva perspectiva en la que se pregunte por sus agencias, ideales, y preocupaciones en el ámbito más íntimo. Esto no con el fin de borrar esas intersecciones que nos condicionan y son importantes para dar los debates

actuales sobre el privilegio y los derechos, sino para realmente quitarles los pies de la cabeza, reconociéndoles sus “*infinitas*” posibilidades de existencia.

Por último, me gustaría “concluir” este apartado agradeciendo a cada una de las personas que leyeron o leerán este proyecto, por tomarse el tiempo de pensar a través de él y de problematizarlo con todas sus tensiones y vacíos. Me resultaría muy enriquecedor que este ejercicio de debate y conversación también llegue a los espacios en donde trabajé y con las personas con quienes conversé, para que así se puedan dimensionar mejor los verdaderos alcances de este trabajo de grado.

Referencias

- Amorós, C. (2002). El, feminismo y la tríada de los ideales ilustrados
- Arango, L. (2010). Género e identidad en el trabajo de cuidado. En *Trabajo, identidad y acción colectiva*. Plaza y Valdés.
- Arboleda, S. (2004). Negándose a ser desplazados: afrocolombianos en Buenaventura. En *Conflicto e (in)visibilidad, retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Cali: Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.
- Das, V. (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas : Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.
- Díaz, Á. H. (2015). *Buenaventura: Ciudad-Puerto o puerto sin ciudad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Don_Jacinto. (17 de Septiembre de 2018). (D. P. Rodríguez, Entrevistador)
- Esteban, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. . Barcelona: Ediciones Ballaterra SL.
- Gniset, J. A. (2002). *Genesis de Buenaventura : memorias del Cascajal*. Universidad del Pacífico .
- Gobernación de Buenaventura. (2014). PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL MUNICIPIO DE BUENAVENTURA.

- Gómez, K. S. (2017). *Licencias ambientales para la construcción y operación de terminales portuarias en Colombia: Caso Buenaventura Valle* . Santiago de Cali, Colombia: Universidad de San Buenaventura Colombia.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Editorial Norma.
- Hoffmann, O. (2002). Espacios y movilidad de la gente negra en el Pacífico Sur colombiano ¿hacia la construcción de una “sociedad regional”? *Estudios Afro-Asiáticos*.
- Johan. (21 de Septiembre de 2018). (D. Prias, Entrevistador)
- Mbembe, A. (2016). *Crítica a la razón negra, un ensayo sobre el racismo contemporáneo* . Ulzama: Futuro anterior.
- Meertens, D. (1995). Mujer y violencia en los conflictos rurales. *Análisis político*, (24), 36-50.
- Meza, C. A. (s.f.). *Informe sobre los territorios ganados al mar en Buenaventura y la pertinencia de la activación de la ruta étnica*. ICANH. Bogotá: ICANH.
- Ministerio de Cultura república de Colombia. (s.f.). *Caracterización comunidades negras y afrocolombianas*.
- Ministerio de Defensa nacional: dirección nacional marítima . (2013). *Ministerio de Defensa nacional: dirección nacional marítima* . Obtenido de <https://www.dimar.mil.co/content/bienes-de-uso-p%C3%BAblico>

- Moreno, C. V. (2013). *BUENAVENTURA A LA DERIVA: HISTORIA DE UN PUERTO EN CONTRAVÍA DE SU PUEBLO 1945 HASTA EL PRESENTE*. Cali: Universidad del Valle.
- Observatorio Pacífico y Territorio. (2016). *Pacífico colombiano* . Obtenido de <https://pacificocolombia.org/la-mala-aventura-de-las-mujeres-de-buenaventura/>
- Panaia, M. (2010). Algunas precisiones sobre el concepto de población flotante en el ámbito del trabajo. *Pampa: Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*.
- Ramírez Torres, D. M. *Feminicidios en las economías criminales de Buenaventura: Una perspectiva desde el Territorio y las relaciones de Género* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá)
- Ramos de Robles, Silvia Lizette, & Feria Cuevas, Yolanda. (2016). La noción de sentido de lugar: una aproximación por medio de textos narrativos y fotografías. *Innovación educativa (México, DF)*, 16(71), 83-110. Recuperado en 16 de mayo de 2019, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-26732016000200083&lng=es&tlng=es.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá.
- Rico, M. R. C. (2014). Mujer: blanco del conflicto armado en Colombia. *Analecta política*, 4(7 Jul-Dic), 301-318.
- Secretaria distrital de Salud. (2015). *Análisis de Situación de Salud Modelo de los Determinantes Sociales de Salud Distrito de Buenaventura*. Buenaventura: ALCALDÍA DISTRITAL DE BUENAVENTURA.

- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Siete Polas. (28 de agosto de 2019). SietePolas feminismos y versiones en un mundo de contradicciones . Obtenido de <https://sietepolas.com/2019/08/28/mujeres-el-proletariado-emocional/>
- TURNS, TERESA (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teóricometodológicas desde la perspectiva de género. EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales, (15), undefined-undefined. [fecha de Consulta 7 de Septiembre de 2019]. ISSN: 1139-5737. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=2971/297124045003>
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación.